
HARLEQUIN
Bianca
PRINCESAS ENAMORADAS
La princesa y el sultán
Jane Porter

La princesa y el sultán

Jane Porter

La princesa Nicolette Ducasse se negaba a que su hermana siguiera adelante con un matrimonio arreglado con el sultán Malik Roman Nuri de Baraka. Así que se presentó en el remoto país para dejarle claro que ya no había trato.

Pero Nicolette no esperaba encontrarse con que la boda ya tenía fecha, ni con que Malik era en realidad un guapísimo sultán. Cada vez le resultaba más difícil seguir haciéndose pasar por su hermana.

Por muchas sospechas que tuviera sobre su futura esposa, Malik sabía perfectamente que, si compartía cama con ella una sola vez, la boda ya no sería negociable...

Era un sultán moderno en muchos sentidos... ¡excepto en lo relacionado con su prometida!

LA PRINCESA Y EL SULTÁN, N° 1 - 20.4.05
Título original: The Sultan's Bought Bride

Prólogo

NO vas a ir —dijo la princesa Nicolette con firmeza—. Llama al sultán por teléfono y dile que no vas a pasar otra vez por la experiencia de un matrimonio concertado. ¡Eres una mujer, Chantal, no un sacrificio humano!

La sonrisa de Chantal no alcanzó sus ojos.

—Es inmensamente rico, Nic. Existe la posibilidad de que pueda comprar la libertad de Lilly, y si éste es el modo de conseguirlo...

—¡No lo es! Ni hablar. Casi no sobrevives a un matrimonio terrible. ¿Cómo puedes considerar la posibilidad de volver a casarte?

—Porque nuestro país lo necesita. Nuestra gente lo necesita. Mi hija lo necesita.

La resignación de Chantal desquiciaba a Nic. Su hermana había perdido el coraje y la determinación que solía tener. A lo largo de los dos años anteriores, la elegante princesa, la mayor de las nietas de la familia real Ducasse, había quedado prácticamente aniquilada.

—Tú también tienes necesidades. Y necesitas ser tratada con cariño y respeto. Otro matrimonio de conveniencia con otro playboy acabaría contigo definitivamente. Y ya sé que quieres ayudar a Lilly, pero tu hija necesita venir a Melio, Chantal. No necesita otro país, otra cultura, otra niñera extranjera diciéndole lo que puede y no puede hacer.

—Con esa actitud no me estás ayudando, Nic.

Nic se arrodilló ante su hermana y rodeó sus piernas con los brazos.

—En ese caso, déjame ayudar. Déjame hacer algo para variar.

Chantal arqueó una ceja y acarició el pelo rizado y rubio de su hermana.

—¿Te casarías tú con el sultán? —dijo

burlonamente—. Vamos, Nic. Tú nunca aceptarías un matrimonio de conveniencia. Además, estás muy lejos de haber sentado la cabeza. Aún tienes que correrte muchas juergas.

—No me corro juergas. Simplemente tengo citas.

Chantal rió.

—Tú no tienes citas, cariño. Tú cazas y destruyes.

—¡Haces que parezca Terminator! Pero te aseguro que no destruyo a los hombres. Simplemente, aún no he encontrado al adecuado.

—¿Y cómo vas a encontrarlo si te acuestas con todos los que no debes?

—No me acuesto con todos.

—Pero te gusta el sexo.

Nic miró a su hermana pensativamente.

—¿Y a mi hermanita mayor le parece mal?

—A tu hermanita mayor le preocupan el sida, las enfermedades venéreas, los herpes, los embarazos... —pero lo que de verdad preocupaba a Chantal era la reputación de su hermana.

—¿Ahora es cuando viene el discurso de las «chicas buenas no lo hacen»?

—Ya que mamá no está aquí...

—Cosa que en el fondo te parece bien, porque mamá tampoco era una «buena chica».

—No hables así de mamá —dijo Chantal con el ceño fruncido—. Sabes muy bien que todas necesitamos conseguir un buen partido para casarnos. Ése ha sido el plan durante cinco años —porque su reino, consistente en dos pequeñas islas del Mediterráneo, Mejia y Melio, se dividiría a finales de año. Mejia quedaría en manos de los franceses y Melio en manos de los españoles si la familia real Ducasse no lograba hacer frente a sus impuestos y a sus acuerdos comerciales.

Chantal fue la que sugirió el plan de los matrimonios de conveniencia. Si las tres princesas se casaban bien podrían salvar Melio y Mejia. De manera que Chantal fue la primera en casarse con el príncipe Armand Thibaudet de La Croix, y su matrimonio había sido una pesadilla desde el principio.

Y Nic no estaba precisamente ansiosa por casarse,

aunque ello no significaba que no estuviera dispuesta a cumplir con su parte.

—Temes que ya no pueda conseguir un buen partido, ¿verdad?

—No sé nada sobre tu reputación —dijo Chantal—, pero sé que todas tenemos la responsabilidad de cuidar de Melio. La sucesión depende de nosotras, lo mismo que la seguridad y la estabilidad del país. Nosotras somos la próxima generación.

—Nunca he evadido mis deberes. Mientras has estado fuera me he ocupado de todas tus organizaciones benéficas.

—Eso está muy bien, pero lo que necesitamos es dinero. Millones de dólares. Y has tenido dos propuestas de matrimonio, Nic.

—Hace años.

—¡Exacto! Desde entonces no has tenido ninguna porque toda la realeza europea sabe que has sido elegida por la prensa como princesa Ducasse con menos posibilidades de sentar la cabeza.

—¿Estás diciendo que tu sultán, el rey Nuri, jamás propondría matrimonio a alguien como yo?

—No lo hizo, ¿no?

Nic miró un momento a su hermana. Aunque la concienzuda y responsable Chantal quisiera ir a Baraka a reunirse con el sultán, ella no iba a permitirlo. Su hermana ya había tenido suficiente a lo largo de los años anteriores. Nadie excepto ella conocía el infierno privado de su hermana. Ni siquiera Joelle, su hermana pequeña, sabía mucho sobre lo que había sufrido Chantal en manos de su último marido.

—No hay motivo para que ninguna de nosotras se case con el sultán —dijo al cabo de un momento—. Podemos conseguir que nos ayude sin renunciar a nuestra libertad, algo que tengo en alta estima. Liberaremos a Lilly y la traeremos a casa.

—Sus abuelos nunca le dejaran ir.

—Lo harán si se les presiona adecuadamente. Lo harán si el rey Nuri insiste. Dijiste que era inmensamente poderoso.

—Y rico.

—Voy a ser yo la que vaya a pedir ayuda al rey Nuri —dijo Nic en tono decidido—. No será capaz de

decir no a su futura esposa, ¿no?

—Nic...

—Iré, me haré pasar por ti, conseguiré que se enamore de mí...

—¡Nic!

—Es un hombre, Chantal. Yo sé cómo manejar a los hombres.

—No va a salir bien. Jamás podrás hacerte pasar por mí. Tú eres rubia y yo morena...

—Me teñiré el pelo. Si me tiño de morena podría pasar por ti —Nic rió—. Llegaré y me escabulliré sin que llegue a enterarse realmente de lo que ha pasado.

—Oh, Nic, temo que puedas organizar un auténtico desastre...

—No si soy lista. Confía en mí. Puedo lograrlo. Organizaré un plan, y ya me conoces, Chantal. Cuando quiero algo, siempre gano.

Capítulo 1

EL rey Malik Roman Nuri, sultán de Baraka, aguardaba en el puerto la llegada del yate real de la familia Ducasse. Su princesa había llegado. Se preguntó qué estaría pensando. Había dejado su mundo para acudir allí. Su mundo era occidente; el de él, oriente. Debía de sentir algún temor. Él temía por ella. Acudía a un mundo muy distinto al suyo. Su vida nunca volvería a ser la misma.

En la cubierta del Royal Star, Nic ajustó en su cabeza el pañuelo negro que la cubría mientras trataba de controlar su tensión. Estaba decidida y totalmente centrada en lo que debía hacer. Su plan funcionaría. No había motivo para que no fuera así.

Una vez en Baraka, se haría pasar por Chantal y seguiría adelante con los preparativos de la boda. Cuando Chantal y Lilly estuvieran a salvo en los Estados Unidos, la boda sería cancelada. Sencillo. Posible.

Poco a poco, los impresionantes muros de Atiq, capital de Baraka, fueron tomando forma en el horizonte. La antigua fortaleza tenía muchos siglos de existencia y había sido asediada por innumerables vecinos, los griegos, los romanos, los portugueses, los turcos, los franceses...

Todo el mundo quería poseer algo. Si no una mujer, un trozo de tierra. Nic reprimió una oleada de irritación. Debía tener cuidado y controlar su genio. Debía mostrarse encantadora, no enfadada. Era fundamental que el rey Malik Nuri creyera que era Chantal, aunque no entendía por qué alguien como él había elegido a su hermana como futura esposa. Y tampoco entendía por qué su hermana se había planteado decir sí a otro donjuán.

Nic había pasado toda la semana anterior en Internet, investigando todo lo posible, y ya sabía quién era el rey Malik Roman Nuri: un atractivo pero

irremediable playboy. Las revistas de cotilleos aseguraban que el sultán era el auténtico Casanova de Arabia. Según decían había llegado a dominar el arte de la seducción y el sexo y mantenía espléndidamente a varias queridas.

Perfecto. Era un amante de primera clase y malcriaba a sus queridas. Después de la experiencia previa de Chantal, lo último que necesitaba era otro marido incapaz de mantener sus votos de fidelidad y lealtad. ¡Chantal necesitaba un hombre auténtico, no un sultán incapaz de mantener los pantalones puestos!

Según se fue acercando el barco al puerto, distinguió la muchedumbre que había allí reunida para recibirla al son de la música que interpretaba una banda local.

Dos o tres semanas, se dijo, tratando de controlar su genio. Ni un día más. Se irían a los Estados Unidos en cuanto fuera posible. Propondría al sultán una boda en la ciudad natal de su madre, una boda íntima y con pocos invitados y, una vez en Baton Rouge, la suspendería. Si manejaba bien la situación, halagaba al sultán y le ofrecía la clase de atención que ella sabía ofrecer a un hombre, todo quedaría en una simple aventura femenina. El compromiso sería de corta duración.

—¿Alteza? —el capitán del barco se acercó a Nic—. Estamos a punto de atracar.

Unos minutos después, Nic bajaba la rampa del barco al son de la música de la banda y con una lluvia de confeti cayendo sobre ella. Fue como entrar en un mundo de ensueño: la música, los colores, el sazonado olor del aire, el sonido de una lengua diferente, los rostros de la gente... Nada de lo que veía se parecía a la vida que había conocido hasta entonces.

Trató de ignorar que empezaba a sentirse nerviosa. Ella era la chica fuerte de la familia. «Céntrate», se dijo. «Busca un rostro en la multitud. Recupera el control».

Localizó un rostro notable entre la multitud. Pertenecía a un hombre, por supuesto. Siempre había sentido debilidad por el sexo opuesto, y aquel hombre despertó su interés de inmediato.

«Deslumbrante», fue el primer adjetivo que acudió a su mente. Oscuramente deslumbrante. Le gustaba su duro rostro con las gafas de sol, el pelo fuerte y negro que enmarcaba su amplia frente. Incluso le gustaba cómo le sentaba el sofisticado traje oscuro, con la camisa blanca abierta por el cuello. Parecía tranquilo, calmado, diferente a los demás. Nic trató de imaginar sus ojos. ¿Serían oscuros, dorados, marrones claros...?

Su mandíbula era poderosa, su nariz bastante larga y sus labios se curvaban ligeramente. Eran unos labios muy atractivos, que hacían pensar en besos.

El hombre se quitó de pronto las gafas y Nic se quedó ligeramente intrigada por su expresión. Era arrogante. Orgullosa. Retadora. Parecía un hombre al que le gustara una buena pelea. Interesante. Ella también sabía disfrutar de una buena pelea.

Nada la estimulaba más que un hombre peleando con ella, reteniéndola bajo su cuerpo, sujetándole las manos sobre la cama...

Mmm... había pasado demasiado tiempo. Era una pena que no estuvieran en Melio. Habría dado cualquier cosa por una noche a solas con él. Le habría gustado probar su orgullo además de saborear su intensidad. Pero ella era Chantal, se recordó, y estaba en Baraka para hablar de una boda. Consciente de los cientos de miradas centradas en ella, Nic deseó que el sultán se presentara de una vez. Un instante después, un hombre bajo y robusto se acercó a ella.

—¿Princesa Chantal Marie Ducasse?

—Sí.

—Le presento a su alteza real el rey Malik Roman Nuri, sultán de Baraka, príncipe de Atiq.

La multitud se apartó y, por un instante, Nic lamentó haberse metido en aquel lío. Luego irguió los hombros mientras el hombre del traje oscuro avanzaba hacia ella.

«No», pensó. «Él no. Cualquiera menos él».

Tragó con esfuerzo y trató de ver a través de sus gafas, que ocultaban su mirada, pero en lugar de ello miró su boca. La boca que le había hecho pensar en labios, en besar... en sexo.

—Su Excelencia —dijo el hombre pequeño a la vez que hacía una gran reverencia.

Nic sintió que las piernas le temblaban cuando el sultán se detuvo ante ella. Fue la primera en bajar la mirada para ocultar su confusión. Pero el sultán no la dejó escapar. Apoyó una mano bajo su barbilla para hacerle alzar el rostro y luego, aparentemente satisfecho, la besó en ambas mejillas.

—*Salam alikum* —dijo, en un tono de voz tan grave, que Nic tuvo que esforzarse para escucharlo.

—La paz sea contigo —tradujo el hombre bajo con otra reverencia—. Su Excelencia le da la bienvenida a su querida Baraka, la tierra de los mil sueños.

—Gracias —murmuró Nic, que aún estaba asimilando el hecho de que el sultán no hablara inglés—. ¿Podría decirle a Su Excelencia que me siento muy halagada por el recibimiento que me ha dispensado su pueblo?

El intérprete transmitió su mensaje antes de volverse de nuevo hacia ella.

—Su Excelencia piensa que estaría bien que se fueran. El coche aguarda ahí mismo —señaló una limusina rodeada de guardias uniformados.

El intérprete ocupó un asiento de la limusina mientras Nicolette y el sultán ocupaban el otro. Ninguno habló durante el breve trayecto y, aunque apenas la miró, Nic jamás se había sentido tan incómodamente consciente de nadie en su vida.

Era extraño. No reaccionaba con tal fuerza ante un hombre desde... desde...

Pero no quería entrar en aquello. Ya resultaba bastante complicado controlar sus aturdidos sentidos como para encima complicarse mezclando recuerdos de Daniel.

—Su equipaje llegará enseguida —dijo el intérprete tras unos tensos minutos—. Pero si necesita cualquier cosa, sólo tiene que pedirla.

Nic asintió y le dio las gracias.

Cuando traspasaron la verja que daba a los terrenos del palacio, Nic comprobó que éste era en realidad un fuerte modernizado. Guardias vestidos de blanco y con botas negras se inclinaron al paso del coche del sultán. En el impresionante interior, la gran cúpula dorada que cubría el vestíbulo reflejaba

la luz sobre unas paredes llenas de mosaicos, tapices y toda clase de tesoros. Maravillada, Nicolette siguió al rey hasta un elegante salón cuyo suelo de mármol estaba cubierto de mullidas alfombras rojas. El rey señaló uno de los sillones bajos que se hallaban en medio de la sala.

Nic se sentó.

—¿Le apetece algo de beber? —dijo el intérprete cuando entró una sirvienta con una bandeja de plata.

Al oler a café recién hecho, Nic pensó que nunca en su vida había necesitado tanto una bebida estimulante.

—Sí, por favor.

Aún de pie, el rey Nuri habló. Su voz era tan profunda y suave, que sus palabras sonaron como chocolate derretido.

—Su Excelencia espera que el viaje le haya ido bien —dijo el intérprete.

—Sí, gracias. Ha sido un viaje sin problemas.

—*Al-hamdu-li-llah* —contestó el rey con una pequeña sonrisa.

Nic apartó la mirada de su encantadora boca. «Recuerda sus queridas. Recuerda su reputación», se dijo.

—¿Qué significa eso? —preguntó.

—Significa «gracias a Dios». Es costumbre en nuestra tierra dar gracias a Dios por sus bendiciones.

—¿Y mi llegada es una bendición?

—Sin duda —contestó el intérprete por el rey.

Nic miró al rey con cautela. Sé creía bien preparada para aquel viaje y pensaba que su plan era perfecto, pero después de haber visto en persona al sultán ya no estaba tan segura.

El rey ocupó el sillón contiguo al de ella para beber su café y volvió a hablar. Nic contempló su precioso perfil. Era un hombre guapísimo. Y muy masculino.

—Su Excelencia quiere expresar su satisfacción por el hecho de que esté aquí. Dice que su pueblo y él llevan mucho tiempo esperando este día.

Nic apretó la taza que sostenía en la mano. El sultán se había inclinado ligeramente hacia ella y la estaba mirando como si la encontrara

absolutamente fascinante.

Menos mal que Chantal no estaba allí. El rey Nuri la habría seducido, se habría casado con ella y la habría abandonado antes de que se hubiera dado cuenta de lo que le había pasado.

—Estoy deseando hablar de mis ideas sobre la boda con Su Excelencia —dijo Nic con cuidado.

—¿Sus ideas? —dijo el intérprete.

—Sí, por supuesto. Es mi boda. Tengo ideas respecto a mi boda.

El intérprete tradujo sus palabras y las del sultán después de que hablara.

—El rey entiende que acaba de llegar y todo le parezca nuevo y desconocido, pero le pide que se fíe de él respecto a los detalles de la boda de manera que se adapten a nuestras creencias y costumbres.

—Dígale que me gustaría dejar los detalles en sus manos, pero una boda es un acontecimiento bastante personal e insisto en intervenir en la planificación.

—El rey le agradece su interés y le asegura que no tiene de qué preocuparse. Ya que todos los detalles de la boda han sido acordados, lo único que tiene que hacer durante las dos próximas semanas es relajarse y familiarizarse con nuestra vida en Baraka.

—¿Qué pasa dentro de dos semanas? —preguntó Nic, desconcertada.

—La boda, Excelencia —explicó el intérprete.

La boda ya estaba organizada y tendría lugar en dos semanas. No era posible. Tenía que haber algún problema con el idioma, se dijo Nic.

—Me temo que se me ha escapado algo. ¿Me está diciendo que ya existe fecha para la boda y que ya están resueltos todos los detalles?

—Sí.

—¿Cómo es posible? —preguntó Nic, impaciente.

—Su Excelencia ha elegido una fecha bendecida por nuestro calendario religioso y cultural.

—Pero el rey no ha consultado mi calendario —dijo Nic con firmeza a la vez que miraba directamente al sultán—. No puede decidir la fecha sin consultarme.

—Es costumbre que el rey consulte con sus asesores espirituales.

—¿El rey es muy religioso?

Aquella pregunta pareció desconcertar por un momento al intérprete.

—El rey es el rey. Él manda en Baraka...

—Y yo soy la princesa Chantal, de la familia real Ducasse —Nic hizo un esfuerzo por controlar su genio —. Le agradecería que le dijera al rey que hasta que yo no dé mi visto bueno no habrá nada definitivo.

El intérprete dudó. Era obvio que no quería traducir aquello.

—Dígaselo, por favor —insistió Nic.

—Pero Alteza...

Impaciente, Nic dejó su taza en la mesa.

—Puede que haya sido un error venir a Baraka. Había asumido que el rey Nuri era un hombre educado, civilizado...

—¿Occidental? —concluyó el rey por ella a la vez que se levantaba lánguidamente del sillón.

Nic se quedó boquiabierta. De manera que hablaba inglés... ¡Pero claro que hablaba inglés! Había leído en Internet que había estudiado en Oxford. Sin embargo, había permitido que todo se hiciera a través del intérprete. Había llevado su primer encuentro como una entrevista.

—¿Por qué hemos utilizado un intérprete? —preguntó, ladeando la cabeza. El pañuelo que llevaba se deslizó dejando al descubierto su largo pelo negro.

—He pensado que así se sentiría más cómoda —dijo el sultán, que no parecía en lo más mínimo arrepentido.

—Qué considerado —dijo Nic entre dientes, tratando de controlarse mientras se levantaba—. Debería estarle... agradecida.

El rey Nuri sonrió.

—Ha sido un placer —alzó la mano en un delicado e imperial gesto y el intérprete abandonó discretamente la sala.

Cuando se quedaron a solas, el rey estudio la fiera expresión de Nic antes de ponerse a caminar alrededor de ella con las manos a la espalda. Al parecer quería echarle un buen vistazo antes de comprarla. Como si fuera un camello en un mercado, pensó Nic, incómoda.

—¿Tengo su aprobación, rey Nuri? —preguntó en tono sarcástico.

Aquello no iba a ser precisamente unas vacaciones de dos semanas. Estaba asustada. No por Chantal, sino por sí misma. El rey Nuri tenía un plan y, como le estaban recordando los fuertes latidos de su corazón, aquel plan estaba aniquilando el suyo.

Capítulo 2

EL rey dio una vuelta más en torno a Nic antes de detenerse a unos centímetros de ella. Nic contuvo el aliento para evitar que notara cómo la afectaba.

—Eres más alta de lo que esperaba —dijo él, rompiendo el tenso silencio.

Al igual que su pelo rubio, Nic había heredado la altura de su padre, algo que le había supuesto un problema con muchos hombres.

—Usted también es alto.

El rey entrecerró los ojos pensativamente.

—También pareces un poco pálida. Pero supongo que la gente siempre parece distinta en televisión.

—Veo que está decepcionado.

—¿He dicho yo eso?

Nic sintió que su genio volvía a aflorar, algo que no entendía. Normalmente los hombres no la alteraban. Normalmente se le daba de maravilla manejarlos. Sabía cómo pensaban y cómo aliviar sus frágiles egos. Pero el sultán no parecía precisamente frágil.

Malik contempló con calma la furiosa mirada azul de Nic.

La princesa tenía pómulos y carácter, pensó, sonriente. No sabía por qué le hacía sonreír. Lo del carácter lo esperaba; a fin de cuentas era una de las bellas hermanas Ducasse. Pero sus pómulos lo intrigaban. En la princesa, los pómulos eran esculturales, arquitectónicos, algo que uno quería tocar, acariciar... Pero no sólo tenía pómulos. También tenía labios. Unos labios encantadores, carnosos, y unas cejas que parecían dos pájaros volando libres.

¿Dónde estaba el contenido rostro regio de Chantal? Aquél no era el rostro de una delicada princesa. El rostro que tenía ante sí contenía un matiz de sensualidad, de fiereza. Aquella mujer

podía ser fuerte, muy fuerte, y haría mal permitiendo que tratara de convencerlo de lo contrario. Sabía por su propia madre que las más delicadas bellezas podían ocultar el corazón de un tigre.

—¿No has traído a nadie que te acompañe? —preguntó, rompiendo la tensión reinante—. ¿Ni secretaria ni criada? ¿Nadie que se ocupe de tu calendario social?

—No lo he considerado necesario, Excelencia. He despejado por completo mi calendario para estar a su disposición.

Aquella mujer se traía algo entre manos, pensó Malik mientras contemplaba su brillante pelo negro, sujeto en una cola de caballo. Era evidente que era una mujer acostumbrada a conseguir lo que quería.

—Ya que no has traído a nadie contigo, me ocuparé de buscarte una asistente —dijo.

Nic se preguntó cómo era posible que alguien pudiera tener una voz tan profunda y sensual.

—En realidad no necesito ayuda, Excelencia.

—Tienes un calendario muy ajetreado, princesa. Hay muchas actividades planeadas y es fundamental que cuentes con ayuda para organizar tu calendario, así como tu vestuario.

—Lo cierto es que apenas he traído vestuario. Pensaba que ésta era una mera visita preliminar para conocer el país y decidir la fecha.

—La fecha ya está decidida. Ya hablamos de eso.

—No, Excelencia, nunca hemos hablado de eso. Puede que mencionara que el compromiso debía ser breve, pero no se habló de ninguna fecha —dijo Nic con firmeza.

El rey se encogió de hombros.

—De todos modos, creo que dos semanas de compromiso serán suficientes, teniendo en cuenta que ambos queremos seguir adelante con nuestras vidas.

—¿Dos semanas de compromiso? —Nic no sabía si indignarse o reír—. Es imposible preparar una boda en quince días.

—Son dos semanas a partir del sábado, lo que suponen dieciocho días.

El problema no eran los días. El problema era conseguir no casarse... al menos como pretendía el

sultán.

—Yo ya había hecho algunos arreglos preliminares por mi cuenta.

—¿En serio?

—Sí. Ya que mi madre es estadounidense, había pensado que podíamos volar a los Estados Unidos para la boda —al ver la incrédula expresión del sultán, Nic siguió hablando precipitadamente—. Esperaba casarme en la parroquia de mi madre, que está a las afueras de Baton Rouge, en Louisiana.

—Nunca he estado en Louisiana. ¿Y tú?

—Tampoco, y por eso quiero ir. Me gustaría que la familia de mi madre pudiera asistir...

—Pueden asistir a la boda aquí. Enviaré mi jet privado a recogerlos. Problema resuelto —el sultán fue hasta un escritorio, sacó algo de un cajón y regresó junto a Nic—. Tu agenda —dijo a la vez que se la entregaba—. Vas a estar bastante ocupada ayudando a planificar y preparar la boda aquí. Algunas cosas las harás sola. Otras las haremos juntos...

—Discúlpeme por ser tan torpe, rey Nuri, pero no entiendo por qué no podemos hablar sobre mis ideas para la boda.

—Por supuesto que podemos hacerlo. Creo que es necesario que incorporemos el mayor número de tus tradiciones familiares a la boda que vamos a celebrar aquí. Eso es exactamente lo que quiero que le digas a tu ayudante para planificar la boda. La conocerás esta noche. Pero para que no te sientas abrumada, tu ayudante Alea y la organizadora de la boda hablarán de tu agenda y se asegurarán de que te sientas lo más cómoda posible con tus obligaciones. Creo que te serán muy útiles.

Nic reprimió una oleada de pánico. Una organizadora de la boda. Una ayudante personal. ¿Cuánta más ayuda iba a necesitar?

—Soy perfectamente capaz de organizar las cosas por mi cuenta.

—Imagino que tienes gran experiencia organizando recepciones y actos por el estilo, pero vas a convertirte en mi esposa y, por tanto, en la reina de Baraka. No estaría bien agotarte con todos esos detalles. Sé que te gustará el personal que he

elegido.

—¡Pero no necesito a nadie!

—Claro que sí —Malik sonrió casi con benevolencia —. Eso te ayudará a superar el estrés.

—No siento ningún estrés.

La sonrisa de Malik fue aún más benevolente.

—Ya lo sentirás.

Lo cierto era que Nic ya se sentía increíblemente tensa. Si no podía salir de Baraka... si no podía llevar a su hermana y a Lilly a los Estados Unidos... si la boda seguía adelante sin una ruta de escape...

Para ocultar su preocupación abrió la agenda que le había entregado el sultán y la ojeó. Encuentro con el asistente personal, primera clase de árabe, primera sesión de prueba del vestido para la boda, selección del anillo, primera fiesta de compromiso... Y así seguía hasta la fecha de la boda.

Dieciocho días de actividades. Dieciocho largos días de simular que era otra persona.

—Tengo cosas que hacer a diario.

—Exacto.

—Rey Nuri...

—Malik. Puedes llamarme Malik y tutearme.

—Malik —corrigió Nic—. ¿Consideras realmente necesario todo esto?

—Vas a ser la reina de mi país.

—Sí, pero algunos de esos asuntos podrían atenderse después de la boda. Las lecciones de árabe, las de cocina...

—Es mejor ocuparse de todo antes —el tono de Malik no admitía discusiones—. Espero que te quedes embarazada poco después de la boda y tengo entendido que la actividad no es lo más conveniente para una mujer durante el primer trimestre.

Aquello no formaba parte del plan de Nic, desde luego.

Su plan consistía en rescatar a Lilly vía los Estados Unidos, no quedarse atrapada en Baraka con un anillo de bodas en un dedo y un bebé del sultán en las entrañas.

—¿Quieres intentar tener hijos de inmediato? —esperaba no haber sonado tan horrorizada como se

sentía. A Nic le encantaban los niños... de los demás.

—Supongo que querrás tener más hijos, ¿no?

Más. Nic recordó de pronto que se suponía que era Chantal y que ya tenía una hija.

—Sí, claro, pero aún somos unos completos desconocidos...

—Dejaremos de serlo en unas semanas —Malik señaló la agenda—. Si le echas un vistazo, comprobarás que vamos a pasar bastante tiempo juntos a diario. Algunos días comeremos a solas y otros saldremos de compras, por ejemplo a por la cama de matrimonio.

La cama de matrimonio. Un destino peor que la muerte.

Nic sintió que la sangre abandonaba su rostro. No quería una cama de matrimonio. No pensaba compartir ninguna cama con Malik Roman Nuri, y menos una de matrimonio.

Una cosa era hacer el amor. Otra casarse para el resto de su vida.

Malik observó la cautelosa expresión de la princesa. Nunca había visto una novia menos anhelante en su vida. Pero comprendía su aprensión. Cuando él había comprendido que debía casarse, también le había pasado lo mismo.

Se iba a casar por necesidad. El asunto de la sucesión se había vuelto más acuciante tras el intento de asesinato del año anterior. Kalen, su hermano menor, no estaba dispuesto a irse de Londres y había renunciado a todos sus lazos con Baraka y la familia real. Malik tenía hermanas con hijos pequeños, además de numerosos primos varones, pero ninguno seguía en Baraka. Todos habían elegido la cultura occidental por encima de la suya.

Aquello dejaba en sus manos el tema de la sucesión. Necesitaba herederos. Niños o niñas daba lo mismo. Él podía cambiar las leyes. La clave era contar con un descendiente directo. Y había elegido a la princesa Ducasse para que le diera uno.

—No quiero que te preocupes —dijo con suavidad—. Seré un marido monógamo y leal dedicado a cumplir con mis responsabilidades como marido.

—La mayoría de las parejas reales tienen dormitorios separados —dijo Nic rápidamente—. ¿No es

esa la costumbre aquí?

—Mis padres siempre compartieron su cama. ¿Los tuyos no?

Nic estaba perdiendo la perspectiva. El rey Nuri era demasiado listo, demasiado rápido y perspicaz. Estaba llevando la conversación a lugares en los que ella no quería entrar.

—Mis padres se casaron por amor.

El matrimonio de sus padres fue escandaloso. Estaba seguro de que el sultán habría oído hablar de él.

Los padres de Nic se casaron en contra de los deseos de la familia de su padre. Fue un auténtico escándalo que el príncipe Julien se casara con una cantante de pop estadounidense. Todo el mundo auguró un fracaso inmediato al matrimonio, pero diez años después, cuando sufrieron el accidente que les costó la vida en St. Tropez, aún eran felices juntos.

Nic miró la agenda.

—Al parecer tengo que encontrarme con mis ayudantes en una hora y media.

—Después de que te refresques. Incluso te queda tiempo para echar una pequeña siesta.

El genio de Nic volvió a aflorar de repente y se puso a pasar rápidamente las páginas de la agenda.

—¿En serio? ¿Estás seguro? No lo veo en mi agenda.

El sultán la miró pensativamente.

—Si no estás interesada en este matrimonio, Chantal, dilo.

La tranquila autoridad de su tono resonó en la sala.

Avergonzada por haber perdido el control, Nic cerró la agenda y la sujetó contra su pecho.

—Lo siento.

—No estás obligada a nada. Si no estás satisfecha conmigo como futuro marido, habla ahora. Éste es el momento de hacerlo, no una semana antes de la ceremonia, ni un día antes. Si tienes reservas, dímelo. No te juzgaré y prometo no enfadarme ni ser cruel.

Nic sólo tenía reservas. Nada de todo aquello estaba bien. Nada de lo que estaban hablando iba a pasar. Era una hipócrita. Estaba allí mintiendo a

Malik, engañándolo intencionadamente.

¿Pero cómo podía decirle la verdad? Si le decía quién era, el compromiso se cancelaría y sus esfuerzos por liberar a Lilly y Chantal se irían al traste. No, no podía decírselo. No podía interrumpir lo que había puesto en marcha hasta que estuvieran en los Estados Unidos.

—¿Y bien? —dijo el sultán, al límite de la paciencia.

Nic cerró los ojos y se obligó a pensar tan sólo en el delicado rostro de Lilly, tan pequeña, tan frágil, tan dolorosamente vulnerable...

Abrió los ojos y miró a Malik.

—Lo único que lamento es tener que casarme tan lejos de aquellos a los que amo —«miente, miente, miente», se dijo. Sólo quería casarse en los Estados Unidos porque el país era muy grande y los viejos amigos y parientes de su madre podrían proteger adecuadamente a Chantal y Lilly una vez que estuvieran escondidas—. Me sentiría mucho más cómoda si estuvieras dispuesto a considerar mi... petición.

Malik la miró un momento antes de hacer una pequeña inclinación de cabeza.

—Si eso significa tanto para ti, de acuerdo. Tendré en cuenta tu petición.

Nicolette sintió una oleada de alivio. Podía hacerlo, se dijo. Podía llevar adelante su plan.

—Gracias, Malik —murmuró.

—Quiero que te sientas feliz. Nuestra boda es especial. El día de la boda será fiesta nacional en Baraka. La ceremonia será televisada para que nuestra gente pueda celebrarlo con nosotros.

—Excelente —parte del alivio de Nic desapareció. Estar junto al sultán ante cientos de miles de personas no era precisamente su idea de pasarlo bien —. Es una idea fabulosa.

—Gracias. Y ahora deja que te muestre tu suite. Estoy seguro de que te apetece estar un rato a solas.

En su habitación, Nic sacó rápidamente de su bolso su propio cuaderno de notas. Hoteles, coches de alquiler, números de cuentas, de teléfono, mapas de Baton Rouge y los alrededores. Ya había enviado dinero al Banco de Louisiana, había comprado un

coche usado y había hablado con el cura de la iglesia de la infancia de su madre. Todo estaba organizado. Todo funcionaría. Sólo era cuestión de llegar allí.

Cuando unos minutos después llamaron a la puerta, guardó rápidamente sus notas. Al abrir la puerta se encontró ante un montón de mujeres. Sus ayudantes habían llegado.

Todas hablaban un inglés excelente. La organizadora de la boda era joven y eficiente, pero no hubo mucho tiempo para hablar de los detalles. La ayudante personal de Nicolette, Altea, era morena y muy guapa, y además había varias doncellas que armaron un gran revuelo. Nic se hizo un lío con los nombres. Nunca había contado con tanta ayuda en su vida.

A las nueve y cuarto, la puerta del dormitorio se abrió de nuevo y dio paso a una mujer joven y atractiva elegantemente vestida.

Las otras mujeres se pusieron en pie de inmediato y se inclinaron.

—Bienvenida, señora —dijeron al unísono.

La joven se acercó a Nic con una sonrisa.

—Siento llegar tarde —se detuvo ante ella y la miró de arriba abajo—. Soy lady Fátima, prima del sultán y miembro de la familia real. Mi primo me ha pedido que te ayude a adaptarte a nuestras costumbres.

A pesar de su aparente amabilidad, Nic captó un matiz de desdén en el tono de lady Fátima. Pero lady Fátima no tenía por qué sentirse amenazada. Ella no tenía intención de permanecer allí mucho tiempo. Cuanto antes se fuera con el sultán a los Estados Unidos, antes terminaría aquella farsa.

Las mujeres acabaron yéndose sobre las doce de la noche y Nic cayó en la cama agotada, aunque no logró dormirse de inmediato. Había demasiada gente implicada en todo aquello y, si no tenía cuidado, podía acabar atrapada en Atiq para siempre, casada con el sultán y convertida en la madre de sus hijos. Y su abuelo Remi, que llevaba años prediciendo que Nic acabaría dándose de bruces con un hombre al que no podría manejar a su antojo, sería el último en reírse.

Normalmente Nic se levantaba de buen humor, pero sus sueños habían sido tan intensos e inquietantes, que aquella mañana fue al baño sintiéndose muy atemorizada.

Necesitaba hablar con Chantal. Necesitaba consejo con urgencia. No había plan de emergencia, lo cual era un tremendo error. El Royal Star había regresado a Melio y ella había viajado sin apenas dinero. Suponiendo que quisiera huir de allí, ¿cómo iba a hacerlo?

Una llamada a la puerta distrajo a Nic de sus preocupaciones mientras se peinaba.

—Adelante.

Malik entró en el dormitorio.

—¿Interrumpo algo?

—Sólo me estoy peinando —dijo Nic mientras se ponía una horquilla.

—Tienes un pelo precioso —el sultán cerró la puerta a sus espaldas.

La sinceridad de su tono hizo que Nic se ruborizara.

—Gracias.

—Siempre me ha gustado el pelo negro, y el tono del tuyo es precioso.

Nic no sabía qué decir.

—Me siento halagada, Su Excelencia.

—Es extraño —continuó Malik—, pero nunca me he sentido atraído por las rubias.

La mano de Nic tembló.

—¿No te gustan las rubias? —los hombres adoraban a las rubias.

—No especialmente.

—¿Por qué?

—No me gustan los tópicos pero, según mi experiencia, las rubias suelen ser más... superficiales, menos intelectuales.

Nic parpadeó. ¿Qué clase de rubias habría conocido el sultán?

—Mi hermana Nicolette es rubia y es muy inteligente.

—¿En serio? —preguntó Malik, escéptico.

—Sí. Ha estudiado Ciencias y Matemáticas en la

universidad.

—Hablando de tu hermana, ése es el motivo por el que he venido. Ya que aún no estamos casados, normalmente no habría acudido a tu habitación sin ser invitado, pero ya que tu hermana ha llamado, he pensado que podía ser urgente.

—¿Qué hermana?

—Juraría que ha dicho que era Chantal.

—Imposible —Chantal debía haberse equivocado y había dicho su propio nombre.

—Eso mismo he pensado yo.

—Puede que fuera Joelle. Suena un poco como Chantal.

—Puede.

—O Nic —añadió Nic, y al ver la sonrisa ligeramente burlona de Malik se preguntó si sabría algo. ¿Qué estaría pensando?

—No me ha sonado a Nicolette —contestó él mientras sacaba el teléfono de su bolsillo—. Esta hermana sonaba sofisticada, refinada. Y, por lo que he oído, no es eso precisamente lo que caracteriza a tu hermana.

Nic se tensó al escuchar aquella crítica, pero Malik ya le estaba ofreciendo el teléfono.

—¿Quieres llamar? He guardado el número.

¿Quién habría llamado?, se preguntó Nic. Sus abuelos ni siquiera sabían que estaba allí, de manera que no podían haber sido ellos. Joelle sabía que se había ido, pero creía que había ido a visitar a Chantal a La Croix. Por tanto sólo podía ser Chantal, y no quería hablar con ella delante del rey Nuri.

—Puedo llamar más tarde.

Malik permaneció con el brazo extendido.

—Podría ser urgente. Simplemente pulsa rellamada.

Nic trató de no fulminarlo con la mirada cuando se levantó y pasó junto a él para acercarse a una ventana. Pulsó el botón y casi de inmediato oyó la voz de Chantal al otro lado de la línea.

—Menos mal que eres tú —dijo Chantal sin molestarse con saludos preliminares—. Estaba muy preocupada.

—No hay por qué preocuparse. Todo va bien —mintió Nic.

—¿Cómo estás?

Nic sabía que no podía decirle a su hermana la verdad. Era la típica hermana mayor responsable y perfeccionista y lo único que le faltaba era otro motivo para preocuparse.

—Estoy bien. En serio.

—¿Cómo... cómo es él?

Incluso vuelta de espaldas Nicolette pudo sentir la proximidad del sultán. Aquel hombre irradiaba energía.

—No está mal.

—¿Te está dando problemas?

—No —Nic miró por encima del hombro y vio que Malik la estaba mirando con interés. Y también parecía estar divirtiéndose—. ¿Cómo está Lilly?

—Bien. Seguimos adelante con nuestro plan.

—De acuerdo.

—Aprecio lo que estás haciendo, Nic, pero no estoy segura de que sea lo correcto. Sigo pensando que es muy arriesgado para ti...

—No te preocupes —interrumpió Nic—. Esto es por Lilly. La quiero mucho. Ya lo sabes.

—Sí.

—De acuerdo. Volveremos a hablar pronto.

Nic colgó y devolvió el teléfono a Malik.

—Gracias. Tenías razón. La llamada era importante.

—Te he oído mencionar a tu hija. Espero que esté bien.

Nic vio en su imaginación los grandes y preocupados ojos azules de Lilly.

—Sí.

—¿Cuándo se va a reunir contigo?

—Pronto —Nic esbozó una tensa sonrisa—. Espero.

Malik asintió y luego dudó.

—No vamos a volver a vernos hasta la tarde, y supongo que has repasado tu agenda para el día. ¿Tienes alguna pregunta que hacerme?

Aquello hizo recordar a Nic por qué se había levantado de tan mal humor. Era posible que Malik rezumara sensualidad, pero no era más que un dictador.

—No soy ninguna niña, Malik.

—En ningún momento he pensado que lo fueras.

—En ese caso, ¿por qué me haces volver al colegio sin consultarme? Según mi agenda, tengo clases desde la mañana hasta la tarde, empezando por una de árabe de dos horas que comienza dentro de quince minutos.

—Sólo he hecho lo necesario...

—Discúlpame —interrumpió Nic secamente—, pero hay decisiones que debería tomar yo misma. Puede que aquí los hombres decidan por las mujeres, pero en mi país las mujeres deciden por sí mismas.

Capítulo 3

EL sultán contempló un momento el rostro de Nic antes de hablar.

—Normalmente un hombre sólo quiere lo mejor para su mujer.

Nic sintió un escalofrío. «Su mujer». Pero ella no era su mujer.

—A una mujer le cuesta respetar a un hombre que no le permite usar su cerebro.

—Este no es un ejercicio político, princesa Thibaudet. Sólo te estoy pidiendo que estudies nuestra lengua y nuestra cultura...

—A lo largo de todo el día.

—No va a ser como volver al colegio. Estudiarás con mi prima Fátima, que no sólo es miembro de la familia real, sino una auténtica estudiante de Baraka. Y espero que os hagáis grandes amigas.

Nic recordó la distante bienvenida de Fátima. El sultán estaba soñando.

—Ya he conocido a Fátima, pero mi frustración no tiene nada que ver con la profesora, sino con las clases en sí. Me preocupa comprobar que a las veinticuatro horas de haber llegado ya he perdido el... —se interrumpió justo antes de decir «control».

No estaba disgustada por que fuera a aprender una nueva lengua. Estaba disgustada por que estaba perdiendo rápidamente el control... sobre la boda, sobre su entorno, sobre su independencia. Llevaba toda su vida luchando por mantener el control y en menos de veinticuatro horas se había convertido en una posesión en lugar de en una mujer.

Buscó un modo más diplomático de decir lo que sentía.

—Te estoy pidiendo que me permitas intervenir más en la elaboración de mi calendario. Las clases y todo lo demás me atraerían mucho más si tuviera

alguna posibilidad de decidir.

—¿Pero qué cambiarías? Todo lo que he elegido es bueno para ti.

—Ésa es precisamente la cuestión. ¡Las mujeres queremos elegir por nosotras mismas!

Malik suspiró y miró su reloj.

—Por interesante que sea nuestra conversación, tengo gente esperando en mi despacho. Lamento que no estés contenta, pero espero que disfrutes de las lecciones una vez empiecen.

A continuación, se volvió con la evidente intención de marcharse. Nic contempló su espalda con asombro. Había hablado en serio. Se iba. Aquello hizo que su genio reviviera.

—No pienso ir a las clases —dijo—. Voy a reorganizar la agenda según mi conveniencia.

El sultán se detuvo cuando estaba a punto de salir y se volvió lentamente.

—Las lecciones ya están definitivamente organizadas.

—Nada en la vida está definitivamente organizado —Nic alzó la barbilla—. Y no pienso aceptar órdenes. Si quieres un matrimonio con una princesa moderna, más te vale esperar una relación moderna. No he hecho este viaje para convertirme en tu esclava.

—¿Mi esclava? —repitió Malik con suavidad—. Encuentro ofensiva esa descripción. Siento el máximo respeto por las mujeres, y protejo a las que me rodean como un tesoro. Y si estás tan en contra de aprender nuestro idioma...

—¡No es el idioma! —Nic avanzó hacia Malik sin ocultar su irritación—. No me importa aprender vuestra lengua, pero no veo por qué tengo que empezar con las clases nada más llegar. Tu país es bilingüe. Todo el mundo en Baraka habla francés. Y mi país también es bilingüe. Hablamos español y francés.

Malik se cruzó de brazos.

—Pero el francés forma parte de nuestro pasado colonial mientras que el árabe es el futuro.

Nic imitó la postura del sultán cruzándose también de brazos.

—Entonces, ¿por qué vas a casarte con una princesa occidental? Debe de haber un montón de

princesas árabes disponibles.

Malik se inclinó lentamente hacia ella y susurró junto a su oído:

—Aún no es demasiado tarde para meterte en un avión y mandarte de vuelta a casa.

Nic apretó los dientes. Qué típico. Enfrentado al conflicto, el sultán prefería enviarla de vuelta a casa que negociar.

—Tal vez deberías hacerlo. Aún no estás preparado para la realidad del matrimonio.

De pronto, Malik pasó una mano tras el cuello de Nic, y ésta se estremeció.

—No puedes culparme totalmente por ello, princesa. Has cambiado. Hace un mes estabas deseando llevar adelante esta unión. Hace dos semanas no manifestaste más que deseos de venir cuanto antes —había atraído a Nic hacia sí y la retenía contra su pecho. Ella pudo sentir el calor de su cuerpo, su fuerza interior. En aquella ocasión no había escape—. ¿Qué te ha hecho cambiar de opinión, Chantal? Estás siendo muy difícil.

—No estoy siendo difícil. Sólo estoy siendo sincera —la arrogancia de Malik enfureció a Nic. No había motivo para que la sujetara de aquel modo—. Pero por lo visto no se me permite tener opinión.

Los largos dedos del sultán acariciaron su cuello. A Nic le gustaban sus caricias, pero odiaba su dominación. Era como si su cuerpo disfrutara del placer de su cercanía, pero su mente detestara su control.

—Claro que puedes tener tu opinión, pero de momento sólo has manifestado desagrado y descontento...

—¡No puedes decir eso basándote sólo en los noventa minutos que hemos pasado juntos en total!

Malik le hizo echar la cabeza atrás para asegurarse de que viera bien su dura expresión. Era obvio que estaba haciendo esfuerzos por contenerse.

—¿Te paras a pensar alguna vez antes de hablar?

—¿Y tú obligas a todo el mundo a hacer lo que quieres, rey Nuri? Sé que eres el sultán, pero supongo que al menos permitirás hablar libremente a los miembros de tu familia, ¿no?

—Tú ya has disfrutado bastante de tu libertad

para hablar —Malik apoyó un dedo contra los labios de Nic—. De hecho, ya he oído suficiente.

—¡No pienso callarme! —la tensión entre ellos era increíble y Nicolette no había sentido nunca tanto miedo. Aquel hombre la excitaba y la aterrorizaba. Podía imaginar lo explosivos que resultarían en la cama.

—¿No?

Nic tragó convulsivamente.

—No —repitió, consciente de que Chantal habría desaprobado su actitud. Chantal nunca habría retado a un hombre de aquel modo. Chantal creía en el tacto y la diplomacia. Y ella no estaba allí como Nicolette la rebelde. Estaba allí haciéndose pasar por la agradable Chantal, y era con ésta con la que creía estar hablando el sultán.

Los labios de Malik acariciaron su mejilla.

—No puedo tener una esposa desobediente.

Su voz electrizó a Nic, que sintió que su vientre se encogía de temor y placer. Deseaba a aquel hombre. Quería que la acariciara, que la tocara...

«¡Estás loca!», se dijo. «Está claro que has perdido la cabeza si quieres camelar al rey Nuri de ese modo».

Pero lo hizo de todos modos. Quería provocarlo. Probarlo. Ver hasta dónde le permitía llegar.

Ella era fuerte. Muy fuerte. Tanto, que jamás había encontrado un hombre que la igualara... hasta que había conocido al sultán.

—Un marido no debería exigir obediencia. Debería buscar un espíritu de colaboración y mutuo respeto con su esposa.

—Pero una mujer no puede respetar a un hombre que le permita hacer lo que le dé la gana.

—¿Por qué no?

—Veo que te niegas a capitular.

—¿Por qué iba a hacerlo? Si de verdad quieres una esposa educada y con sentido de la autoestima, deberías agradecer mi opinión.

—Y la agradezco. Simplemente espero que mi esposa no se dedique a discutir todas mis peticiones.

—Aún no soy tu esposa, y no estás haciendo peticiones. Estás dando órdenes, que no es lo mismo que pedir —Nic echó la cabeza atrás y empujó con

firmeza contra el pecho de Malik.

El contempló sus sofocadas mejillas, sus labios, la generosa curva de sus pechos.

—¿Y si te pido que asistas a las clases?

Nic sintió que sus pezones se endurecían bajo la mirada del sultán.

—Consideraría tu petición —dijo con voz inesperadamente ronca. Malik debía ser consciente del efecto que ejercía sobre ella.

—No es necesario que peleemos por todo —replicó él en un tono igualmente ronco.

—Ahora no estoy peleando.

Los labios de Malik se curvaron levemente.

—No. Pero me temo que esto sólo sea una tregua.

Nic pensó que su sonrisa era peligrosa. Misteriosa. Era como si supiera toda clase de cosas sobre ella, cosas que ni ella misma sabía.

—¿No te gusta pelear?

El sultán tosió y carraspeó.

—No. Prefiero hacer otra clase de cosas con una mujer, especialmente si resulta que es mi mujer. Y ahora veamos qué tal funciona esto —continuó con suavidad—. Princesa Chantal, te pido que consideres la posibilidad de asistir a las clases que empiezan... —miró su reloj— dentro de un cuarto de hora. Es importante que te familiarices con nuestra cultura. ¿Podrás arreglártelas para encajar las clases en tu ajetreado calendario?

En realidad no le estaba dando ninguna opción, y Nic lo sabía.

—Comprobaré mi calendario —contestó, tensa—. Si veo que dispongo de tiempo, haré lo posible por asistir a las clases.

Malik sonrió burlonamente y alzó una mano para acariciarle el pelo.

—Me temo que has conocido a demasiados hombres occidentales, princesa.

Nic tembló. Su cuerpo estaba respondiendo a aquel hombre como si fuera la cosa más natural del mundo.

—He dicho que lo intentaré.

—Desde luego. Ambos sabemos que así será. Ahora estás en Baraka y, muy pronto, mis deseos serán tus órdenes —Malik se llevó una mano de Nic a los labios y la besó—. Espero que disfrutes del rato que vas a

estar con Fátima. Esta noche me pondré al tanto de cómo te han ido las clases.

Nic contempló como se iba de la habitación preguntándose cómo iba a convencerlo de que la acompañara a los Estados Unidos. ¿Cómo iba a convencerlo de que hiciera cualquier cosa? ¡El sultán quería que se sometiera a él, no al revés!

Se reunió con Fátima en un amplio salón con suelo de mármol en el que la luz entraba a raudales por los ventanales. Cuando la clase de árabe empezaba a hacerse interminable, una joven sirvienta entró en la sala con una bandeja con té de hierbabuena y pastas.

Fátima miró a Nic mientras servía el té.

—En nuestra tierra tenemos un dicho, princesa Thibaudet. «No hay escape de la muerte y el matrimonio» —Fátima sonrió mientras entregaba a Nic su taza—. Es cierto. El lugar de una mujer está en su casa, atendiendo a su familia.

Nic percibió con claridad la hostilidad de la otra mujer y se encogió de hombros.

—Eso no me supone ningún problema. Tengo una hija y me siento cómoda estando en casa. Llevo años viviendo así.

—En ese caso, supongo que tu hija se casará con un hombre elegido para ella.

—No hay motivo para que Lilly haga eso.

Fátima sonrió.

—Si te casas con el sultán, tus otros hijos tendrán que seguir nuestras tradiciones. Y será mejor que Lilly haga lo mismo.

Nic sintió un repentino frío interior.

—Tu primo nunca me ha hablado de eso.

—Todavía no, pero lo hará. Después de que te familiarices con nuestra cultura —Fátima tomó un sorbo de su té—. En eso consiste mi trabajo. En introducirte a nuestras costumbres.

Nic bajó la mirada hacia su taza. ¿Habría pensado Chantal en aquello? Menos mal que había acudido ella en su lugar.

Fátima le ofreció el plato de pastas, pero Nic no se sentía precisamente con apetito.

—No, gracias. Ahora no —dijo educadamente.

—Volviendo a nuestra conversación sobre tu hija —

continuó Fátima—, me temo que, si la trataras de forma distinta a los hijos del sultán, la convertirías en una marginada. Debes tratar de pensar en qué la beneficiaría más. Ningún hombre de Baraka querría casarse con ella, y si no se puede casar aquí sería lo mismo que obligarla a irse.

—Tiene cuatro años, Fátima. Aún es una niña. Creo que aún no hay por qué tomar esa decisión.

—El tiempo pasa rápidamente.

«No lo suficiente», pensó Nic mientras se esforzaba por controlar su genio. La compañía de Fátima comenzaba a resultar insoportable.

—¿Y qué planes tiene tu primo para ti? —preguntó para cambiar de tema—. ¿Hay algún marido en el horizonte, o vas a seguir siempre aquí, dedicando toda tu vida a atender al sultán y a su esposa?

Fátima entrecerró los ojos.

—No sé a quién ha seleccionado para mí, pero estoy interesada en saberlo, por supuesto. ¿Por qué? ¿Has oído algo?

—No.

Por primera vez a lo largo de la mañana, Fátima manifestó cierta inseguridad.

—Pero, si te enteras de algo, me lo dirás, ¿verdad?

—Por supuesto. Debemos ayudamos mutuamente, no lo contrario, ¿no te parece?

De vuelta en su dormitorio, Nic miró su agenda, incapaz de creer que fuera a tener que pasarse cada mañana con Fátima, ajustando su agenda a la de Malik. Aquello era un insulto a su inteligencia. Una prueba para su capacidad de control.

Pero, insulto o no, según la agenda apenas tenía tiempo para cambiarse antes de la comida. Al parecer iba a comer a solas con el rey Nuri, y decidió que debía aprovechar al máximo la oportunidad para tratar de convencerlo de que la boda se celebrara en Baton Rouge.

Comieron fuera, sentados a una pequeña mesa en uno de los numerosos jardines del palacio. Nic trató de buscar algún modo natural de sacar a colación el tema de la boda, y de Fátima, pero no surgió la oportunidad.

—He asistido a clase —dijo, sin que se le

ocurriera otro modo de abordar la conversación—. No hay duda de que Fátima es una auténtica erudita.

—Sí, ¿verdad?

—Pero ha expresado algunos pensamientos que me han preocupado.

—¿En serio?

—A pesar de su educación, parece bastante conservadora, al menos en lo que atañe al papel de las mujeres en vuestra sociedad.

—Fátima siempre se ha sentido muy cómoda como mujer. Admite y comprende las diferencias esenciales entre mujeres y hombres.

—En ese caso, parece perfecta para ti. Me sorprende que no te hayas planteado casarte con ella.

—Respeto inmensamente a Fátima, pero para mí es como una hermana.

—¿Has propuesto matrimonio alguna vez a una mujer?

—He esperado mucho para casarme —la expresión de Malik era inescrutable, y su tono engañosamente suave—. He aguardado mucho tiempo tu llegada, princesa.

Nic no supo qué decir. Pensó que tal vez debía alegrarse de que hubiera surgido la oportunidad de hablar de la boda.

—¿Has tenido posibilidad de pensar en mi solicitud? Significaría mucho para mí casarme en la parroquia de mi madre... Sé que tú quieres casarte aquí, en Atiq, pero tal vez pudiéramos llegar a alguna clase de acuerdo. En lugar de una ceremonia podríamos celebrar dos. Vamos a Baton Rouge a casarnos y luego regresamos a Baraka para la ceremonia tradicional.

—¿Dos ceremonias?

—No sería tan raro. Las ceremonias dobles son más y más habituales cada día. Es una forma de enfocar los diversos aspectos de la cultura.

Malik permaneció un momento pensativo.

—Tal vez. En ningún momento había pensado en algo así, pero eso no quiere decir que no pueda suceder.

El inmediato alivio que experimentó Nic al escuchar aquello fue acompañado de algo más, de una emoción más personal, que no tenía nada que ver con

Chantal y Lilly, y sí con la atracción que sentía por el sultán.

—Nos casaríamos aquí primero —añadió Malik como si estuviera pensando en alto—. A fin de cuentas ya estás aquí y todo está organizado. Después, podemos volar a Louisiana.

Sus palabras destruyeron la breve fantasía de Nic.

—Aprecio que estés teniendo en cuenta mi sugerencia, Malik, pero lo que me gustaría de verdad sería casarme primero por la iglesia vestida de blanco.

—Vestida de blanco —repitió él, pensativo.

Al recordar que se estaba haciendo pasar por Chantal, Nic añadió rápidamente.

—Sé que ya lo he hecho antes, pero sigue siendo lo... tradicional.

—Y tú eres la hermana tradicional, ¿no? ¿Has mencionado esta mañana que los Ducasse sois medio franceses?

Fue un rápido cambio de tema. Era obvio que el sultán quería controlar la conversación.

—Franceses y españoles —contestó Nic—, aunque a lo largo de la historia muchos reyes de la dinastía Ducasse eligieron esposas inglesas.

—¿Esposas de la realeza?

—Sólo de la realeza.

—¿Y tú creciste hablando...?

—Francés por parte de padre e inglés por parte de madre. Nuestra niñera era española y con ella hablábamos español.

—¿Alguna otra lengua?

—Leo latín, algo de griego, y puedo defenderme en italiano y alemán.

—Así que eres toda una lingüista.

Nic se encogió de hombros.

—Soy matemática. Dicen que para la Lengua y las Matemáticas utilizamos la misma parte del cerebro.

—Interesante —Malik tamborileó con los dedos sobre la mesa—. No sabía que Nicolette y tú hubierais estudiado Matemáticas. Sabía que ella lo había hecho porque lo has mencionado esta mañana, pero no sabía que tú también habías estudiado Matemáticas.

Nic se recriminó. «¡Eres Chantal! ¡Actúa como Chantal!» Pero le estaba resultando realmente difícil, pues nunca había querido ser nadie más que sí misma.

—Todas tenemos el mismo origen genético.

—Hablando del origen genético, una vez conocí a tu padre. Hace años escuché cómo se dirigía a un grupo de líderes económicos europeos. Estuvo brillante.

—Papá adoraba Melio. Quería lo mejor para su país y estaba dispuesto a hacer los sacrificios necesarios por la isla.

—Excepto renunciar a tu madre —dijo el sultán, pensativo—. Tu madre nunca fue negociable, ¿verdad?

—Mi padre habría renunciado a la corona antes que a ella.

—Tus abuelos estuvieron a punto de desheredarlo por ello.

—Mis abuelos subestimaron a mi madre. Por sus humildes orígenes, creían que era una oportunista. Tal vez mi madre naciera pobre, pero no le asustaban los retos —dijo Nic con orgullo. Nadie había trabajado más duro que su madre. Apenas tenía estudios, pero soñaba a lo grande, y eso era lo importante.

—¿Te llevabas bien con ella?

—Muy bien. Me alegra que no fuera una típica princesa, que fuera pobre. Nos enseñó a no dar nada por sentado.

En aquel momento, apareció una sirvienta con el café. Mientras lo servía, Nic se preguntó cómo habrían acabado hablando de aquello. Era un tópico que no le gustaba. Era demasiado parecida a su madre como para entender a aquellos que la criticaban.

—¿Crees que tú eres la misma clase de madre con Lilly? —preguntó Malik cuando se fue la sirvienta—. ¿Cómo es tu relación con ella?

Nic volvió a sentir un intenso desasosiego al recordar que todo lo que estaba diciendo eran mentiras. Se suponía que estaba interpretando a Chantal. Debía pensar como ella.

—Creo que soy más protectora que mi madre. Y creo que Lilly es más confiada que la mayoría de los niños, y más vulnerable.

Malik tomó un sorbo de su café.

—Tal vez sea así por haberse quedado sin padre siendo tan joven.

Nic no pudo evitar que su expresión se endureciera. Armand... Armand... cómo odiaba al príncipe Armand Thibaudet.

—Es posible. O tal vez se deba a que es muy brillante e intuitiva para su edad y siente que las cosas no son como deberían ser.

Malik la miró con curiosidad. La intensidad de su mirada hizo que Nic se acalorara.

—Según tengo entendido, tu primer matrimonio no fue por amor.

Nic sintió que se le encogía el estómago. Apenas podía concentrarse.

—Es cierto.

—Sin embargo has venido a Baraka...

«Porque no tenía otra opción», quiso decir Nic. «Estabas presionando a Chantal y mi hermana ya tenía bastante presión encima».

—Quiero que Lilly sea feliz —dijo finalmente, sintiendo que llevaba el peso del mundo sobre los hombros. De algún modo, en tan sólo cuarenta y ocho horas, aquel hombre había conseguido enredarla por completo. Ya no era Nic. Y tampoco Chantal. Ya no estaba segura de quién era. Lo único que sabía con certeza era que la química que había entre el rey Nuri y ella era asombrosa. Jamás había reaccionado así ante ningún hombre, y no podía permitir de ningún modo que aquella atracción se le fuera de las manos.

Capítulo 4

DESPUÉS de volver a sus habitaciones, Nic se acostó, pero apenas pudo dormir. Faltaban menos de dos semanas para la boda y no sabía qué iba a pasar.

¿Y si no podía irse de Baraka? ¿Y si no lograba romper el compromiso a tiempo?

De ningún modo pensaba seguir adelante con aquel matrimonio.

«¿Ni siquiera para rescatar a Lilly?»

La vocecita que escuchó en su interior la hizo suspirar. Sabía que sería capaz de casarse con el mismísimo Barbazul para salvar a Lilly. Pero esperaba que hubiera algún otro medio para conseguirlo.

Una vez más, se despertó de mal humor. Odiaba las mentiras. Detestaba la hipocresía. Y sin embargo, allí estaba, a punto de empezar un nuevo día simulando ser otra persona.

Alea la acompañó durante el desayuno.

—Va a ser un día muy ajetreado —dijo su joven ayudante mientras ojeaba la agenda de Nic—. Clase de árabe. Clase de cultura general. Acudir a la primera sesión con la modista para tomar las medidas del vestido...

—No quiero ir a tomar las medidas del vestido.

—Sólo tendrá que estar con la modista una hora.

Nic se llevó una mano a la frente. El dolor de cabeza que tenía no parecía querer irse.

—¿No podríamos retrasarlo un poco?

Alea frunció el ceño.

—¿Quiere que envíe un mensaje a Su Excelencia? ¿Quiere hablar personalmente con él?

Nic negó con la cabeza y miró a su alrededor. El techo de su dormitorio era alto y estaba pintado en tonos dorados y azules. El suelo estaba cubierto de delicados mosaicos que seducían los sentidos y

sometían la voluntad... pero ella no quería verse seducida ni sometida.

—Estas habitaciones son especialmente bonitas —dijo—. ¿Son iguales todas las del palacio?

—Oh, no, princesa. Sólo hay algunas como éstas. Están reservadas para las favoritas del sultán.

¿Las favoritas del sultán? ¿En plural? Muy bonito. Nic alzó las cejas con expresión irónica.

—De manera que esto formaba parte del harén.

Desayuno en el harén seguido de clases de árabe con la prima del sultán. ¿Qué más podía pedir?

Nic sobrevivió a la ardua lección de árabe y luego Fátima sacó un mapa de Baraka para enseñarle los lugares principales del país. Nic estaba disfrutando con aquello, pues le encantaba la geografía, cuando Fátima cerró de pronto el mapa.

—¿Qué sabes de nuestras bodas? —preguntó.

—Muy poco —respondió Nic, un tanto desconcertada por la abrupta retirada del mapa.

—Son muy importantes en nuestra cultura, y muy caras. Normalmente, las celebraciones duran una semana. La boda en sí lleva varios días. La tuya durará tres. Cada día de las semana recibirás más oro y joyas de Malik. El último día serás transportada en unas andas, cubierta de joyas y de todos los regalos que te haya hecho Malik.

Nicolette se quedó apabullada, asqueada ante la idea de tener que ser paseada sobre unas andas como si fuera un cerdo asado para navidad.

—Eres muy afortunada —dijo Fátima con una sonrisa forzada—. Supongo que agradecerás tu suerte, ¿no?

Un murmullo de voces hizo que ambas se volvieran hacia la puerta. Nic sintió un gran alivio al ver que el rey Nuri había entrado en la sala.

—Buenos días —saludó Fátima a la vez que se ponía en pie.

—¿Cómo ha ido la lección? —Malik vestía unos informales pantalones negros y una camisa de manga larga color cobre que realzaba sus rasgos y el color negro de su pelo.

—Bien —dijo Fátima—. Ya hemos acabado.

—En ese caso, permite que me lleve a mi princesa —Malik besó a Nic en ambas mejillas y despidió a Fátima con un displicente gesto de la mano—. ¿Seguro

que han ido bien las clases? —añadió cuando su prima salió.

Nic lo miró al rostro y se preguntó si habría oído algo al entrar en la sala.

—Han ido bien. Tu prima sabe mucho.

—Así es. Y a veces es demasiado formal. Me ha parecido oíros hablar de las costumbres de nuestras bodas.

De manera que sí había oído algo.

—Estaba describiendo la ceremonia. Y debo admitir que me ha parecido... de otro mundo. Sobre todo la parte en que la novia es transportada en unas andas cubierta de oro y joyas.

Malik rió.

—No es lo mismo que caminar por un pasillo con un vestido inmaculadamente blanco, ¿verdad?

Le divertía su interpretación. La princesa parecía empeñada en ceñirse a su papel, a pesar de que no encajara en lo más mínimo en él.

Había sabido que era Nicolette desde el momento mismo de su llegada, y sin embargo le había seguido la corriente, intrigado por saber hasta dónde estaba dispuesta a llegar. Había oído decir que tenía mucha energía y carácter, que era muy independiente, y sentía curiosidad. Si a ella le gustaba jugar, a él también. Jugaría con ella y le ganaría en su propio juego.

Contempló su rostro. Las mujeres siempre habían caído a sus pies, deslumbradas por su poder y su riqueza. Las mujeres siempre habían sido fáciles para él. Pero Nic no era fácil. Y eso le gustaba.

—Y ahora, vamos a la prueba del vestido de novia —dijo, sintiéndose casi culpable por estar disfrutando tanto de todo aquello. Sin embargo, hacía tiempo que no sentía tal entusiasmo, tal optimismo por algo.

—¿Vas a acompañarme?

—¿Por qué no?

—Tenía la sensación de que no estaría permitido que un hombre acompañara a una mujer a la costurera. Según Fátima, los hombres y las mujeres siguen segregados en vuestro país. En cuanto las mujeres alcanzan la pubertad viven separadas de los hombres... —la voz de Nic se fue apagando—. Puede

que no la haya entendido bien, o tal vez no he entendido bien lo que has dicho tú...

—Has entendido perfectamente.

Nic esperó a que Malik dijera algo más, pero no fue así.

—Suponía que, como sultán, seguirías tus tradiciones... —dijo Nic, confusa.

—No puede decirse que sea un sultán demasiado tradicional. He viajado mucho y he vivido en el extranjero. Espero que no te sientas decepcionada.

Malik sonrió para sí mientras avanzaban por los pasillos del palacio. Le gustaba Nicolette. Hacía tiempo que le gustaba, aunque tampoco la conocía demasiado bien. Pero apreciaba lo que veía y admiraba su valiente actitud. Sabía que era la princesa Ducasse que no quería casarse. Estaba al tanto de sus escapadas, de los problemas que había causado en Melio, de los dolores de cabeza que había dado a sus queridos abuelos. También sabía que no le importaba lo que pensaran los demás.

Como ella, él había salido mucho. Nunca le había preocupado el matrimonio, pues siempre había sabido que, como primogénito del sultán de Baraka, tendría que casarse algún día, y había asumido que su esposa sería amorosa, leal, obediente, y siempre había imaginado una mujer de su propio país. Pero sus prioridades habían cambiado después del intento de asesinato.

Necesitaba algo más que una esposa delicada y obediente. Necesitaba una mujer que pudiera enfrentarse a los retos de la vida con coraje, inteligencia y humor.

Entraron en una sala llena de espejos en cuyo centro había una pequeña plataforma con una cortina para probar vestuario. Una elegante mujer entró de inmediato en la sala y saludó al sultán con una reverencia. Luego se volvió hacia Nicolette con una sonrisa.

—Es un honor conocerla, Alteza, y más aún haber sido elegida para vestirla para la boda. Supongo que estará bastante excitada.

Aquélla era la última palabra que habría elegido Nic para describir sus emociones. Miedo, disgusto, terror y ansiedad habrían resultado mucho más

adecuadas.

—¿Tiene alguna idea de la clase de vestido que le gustaría llevar?

—En realidad apenas suelo pasar tiempo pensando en ese tipo de cosas —dijo Nic, muy consciente de la presencia del sultán.

—¿No ha pensado en el color, ni en la clase de tela que le gustaría?

Nic negó con la cabeza y la sastra asintió lentamente.

Una vez tomadas las medidas, una ayudante de la sastra fue mostrando diversas telas a Nic. Todas eran delicadísimas y sofisticadas y los colores eran exquisitos.

Malik, que observaba la escena desde un cómodo sofá, se dirigió a la sastra en árabe. Ésta escuchó atentamente y luego se volvió hacia Nic.

—Es muy afortunada, Alteza. Su Excelencia el sultán quiere que tenga un traje con cada tela.

Nic estaba harta de que le dijeran lo afortunada que era. No se sentía afortunada. Se sentía atrapada. Y un vestido de cada color sólo serviría para atraparla aún más.

—Aprecio su generosidad, Excelencia —dijo—, pero no necesito tantos vestidos caros.

—Me complace vestirte —contestó él con un posesivo destello en la mirada.

Nic tragó con esfuerzo.

—Sé que eres un hombre generoso...

—Y orgulloso.

El tono de voz de Malik hizo que el estómago de Nic se encogiera. Él parecía tan relajado, y sin embargo ella se sentía tan inquieta... ¿Habría imaginado un matiz de advertencia en su voz?

Tensa, bajó la mirada hacia la última tela con que habían cubierto sus hombros y caderas, de color azul claro. Le gustaba el azul. Le hacía sentirse casi tranquila.

—Y no olvide hacer uno con esa tela azul —dijo Malik—. De momento es mi favorito.

Cuando la sastra y sus ayudantes se fueron, Nic se sintió más sola que nunca.

—¿Cuál será mi vestido de bodas? —preguntó mientras bajaba de la plataforma.

—¿Importa?

No. No importaba. Nic sólo había hablado por hablar, para rellenar el incómodo silencio.

—Estás enfadado conmigo —murmuró.

—En absoluto —Malik alargó una mano hacia ella—. Ven. Siéntate a mi lado para que podamos sentarnos cómodamente.

Nic hizo lo que le decía y Malik cruzó los brazos tras su cabeza mientras la observaba.

—¿Has disfrutado de la prueba?

—Creo que antes he mencionado que no soy especialmente aficionada a la moda.

—Pero la prensa y las revistas no paran de proclamar tu buen gusto para la moda. ¿No se supone que eres la favorita del mundo del diseño?

Chantal lo era, desde luego. Los diseñadores más famosos del mundo se peleaban por vestir a la elegante Chantal Thibaudet, la preciosa princesa viuda de La Croix.

—Una de las desventajas de ser una figura pública es la constante presión a que estamos sometidas para mantener nuestra imagen. A menudo he pensado que se da demasiado valor a las apariencias. Personalmente, no me agrada tener que preocuparme demasiado de la ropa mientras en el mundo suceden cosas de verdadera importancia.

—Siempre me sorprendes.

El sultán sonrió sinceramente. Resultaba imposible resistirse a la calidez de su sonrisa.

Nic sintió que se le secaba la boca. Parecía sentirse tan cómodo consigo mismo...

—¿Y eso está bien?

—Sí —Malik dejó de sonreír, pero la calidez permaneció en sus ojos—. ¿Sabes por qué te seleccioné, princesa?

—Sé que querías conseguir mejor acceso a los puertos del Mediterráneo.

—Pero hay muchos puertos en el Mediterráneo y numerosas princesas europeas interesadas en casarse. Te elegí a ti porque te respeto. Creo que eres como yo. Asumes la responsabilidad que implica ser una princesa de la familia real Ducasse, y tu lealtad, junto con tu sentido del deber, te convierten en la compañera ideal.

Nic apenas podía respirar. Malik estaba totalmente equivocado. Ella carecía del sentido del deber de Chantal. Y su lealtad estaba volcada en su propia familia. Por eso estaba allí. No por Melio, sino por Chantal y Lilly.

—¿No te preocupa que intente huir, que no sea capaz de cumplir con mis obligaciones?

—No huiste de La Croix.

No, Chantal no había huido. Pero Chantal había sido así desde su nacimiento. Lo único que quería era hacer «lo correcto». Nic siempre se había preguntado cómo sabía qué era lo correcto.

—Los matrimonios pueden funcionar aunque no sea por amor —continuó Malik, pensativo—. El de mis padres duró más de cincuenta años.

—Pero eso es raro.

—El matrimonio de tus abuelos también fue concertado. Aún siguen juntos, y no irás a decirme que no se quieren.

El abuelo Remi adoraba a la abuela Astrid. Eran una verdadera pareja. El ataque sufrido por la abuela había hecho que la salud del abuelo se deteriorara considerablemente. Hasta entonces había sido un hombre vigoroso y robusto.

—Desde luego que se quieren. Son dos personas maravillosas —murmuró Nic, que tuvo que recordarse una vez que se suponía que era Chantal—. Por eso acepté la proposición del príncipe Armand. Si mis abuelos creían que íbamos a hacer buena pareja... —se encogió de hombros, pero no se sentía precisamente indiferente. Armand resultó ser un miserable capaz de abusar verbal y físicamente de su mujer.

—Anoche me diste a entender que Lilly no era feliz. Háblame de su vida en La Croix.

—No es el lugar ideal para criar a una niña, desde luego.

—Sin embargo, sus abuelos están allí y, según se dice, la familia de su padre la adora.

—Los miembros de la familia de su padre son unos auténticos obsesos del control.

—Esa es una expresión muy estadounidense. No imaginaba que tú fueras a utilizarla. Sin embargo, tu hermana Nicolette sí que la usaría.

¿Como podía ser alguien tan odioso? Nic se puso furiosa. Le habría encantado tener una buena pelea para liberarse, pero sabía que debía tratar de contenerse.

—Sí que la habría utilizado —dijo, casi con ardor —. Desafortunadamente se me han pegado algunas de sus expresiones. Acabamos de pasar una semana juntas en Melio.

—Eso lo explica —Malik entrecerró ligeramente los ojos—. Porque no has parecido tú misma desde tu llegada. Siempre te han descrito como una mujer delicada, controlada y emocionalmente contenida.

—¿Y no lo soy?

—No.

—¿Pero... por qué? Yo creo que soy exactamente la misma.

—Incluso tus modales son distintos. Te mueves de otra forma, tus gestos son más marcados, menos... refinados. Es posible que los años que has pasado en La Croix te hayan cambiado —Malik sostuvo la mirada de Nic—. Te has vuelto más fuerte. Más agresiva. Más enfadada.

—¿Más enfadada?

—Estás enfadada.

No tenía sentido discutir aquello. Nic estaba enfadada. Enfadada por que Chantal hubiera tenido que sufrir como lo había hecho con los Thibaudet, enfadada porque Lilly y ella estuvieran atrapadas, enfadada por no contar con nadie que la ayudara a rescatarlas, enfadada porque al mundo no parecía importarle mucho que las mujeres sufrieran y se abusara verbal, emocional y mentalmente de ellas.

El abuso no debería ser tolerado.

Alguien tenía que hacer algo.

Alguien tenía que preocuparse lo suficiente como para decir basta.

—Tienes razón. Estoy disgustada —dijo Nic al cabo de un largo momento—. Muy disgustada —se mordió el labio inferior y lamentó por enésima vez no haber estado junto a Chantal cuando Armand comenzó a intimidarla. No se había enterado de lo que sucedía hasta que ya era demasiado tarde.

Respiró profundamente para tratar de calmarse, para ganar tiempo.

—Creo que es fácil ignorar a los que necesitan ayuda. Es fácil para la gente cerrar sus puertas y ventanas y pretender que es suficiente ocuparse de sí mismos, que es suficiente con tener el estómago lleno y una cama cómoda.

—¿Qué sucedió en La Croix? —preguntó Malik.

Nic vio en su mente la expresión desolada de su hermana Chantal, la tristeza de su mirada. Hacía poco que se había enterado de cuánto había sufrido.

—¿Qué no pasó?

Capítulo 5

DEDUZCO que tu marido no era exactamente un... buen marido —la profunda voz de Malik sonó preocupada.

Nic supuso que no había ningún problema en hablarle de aquello. Después de todo, si quería que la ayudara a rescatar a Lilly, necesitaba despertar su compasión. Pero no era fácil contar la verdad, y Chantal se pondría furiosa con ella por haber hablado.

Como muchas mujeres maltratadas, Chantal creía que, de algún modo, ella había provocado lo sucedido.

—¿Te pegó? —insistió Malik.

Nic contuvo el aliento. Podía ver a su hermana rogándole que no dijera nada, que no contara las cosas terribles por las que había tenido que pasar para que él no perdiera su buena opinión de ella...

Sus ojos se llenaron de lágrimas. Que Armand se fuera al diablo. No tenía ningún derecho a pegar a Chantal.

—Sí.

—¿Y a tu hija?

—Fue duro con ella.

—¿Los padres de Armand eran conscientes del problema?

—Sí. Armand perdía los estribos a menudo delante de ellos.

—¿Y no hacían nada?

—No. Pero su madre vino una vez a hablar conmigo. Me contó que, en los primeros años de su matrimonio, su marido también se portó así con ella, pero que nuestro deber era perdonarlos porque eran hombres buenos. Simplemente no sabían controlar su genio.

—Quería que te aguantaras porque ella había tenido que hacerlo.

Nic asintió. Ella le había dicho lo mismo a

Chantal.

—Dicen que el maltrato a veces se perpetúa. Quiero que Lilly salga de La Croix cuanto antes y creo que tú eres el único que podría lograr sacarla de allí —dijo con firmeza.

—¿Sus abuelos no la dejan salir del país?

—No, pero se les podría persuadir de que lo hicieran.

Malik no dijo nada, pero Nic estaba dispuesta a lo que fuera para liberar a su sobrina y a su hermana.

—Creo que se podría... compensar a los abuelos de algún modo —dijo Nic.

—¿Te refieres a comprarlos?

—Sería posible.

—Ésas son medidas desesperadas.

Nic sonrió sin humor.

—Soy una mujer desesperada.

Malik se levantó y extendió una mano hacia ella.

—Vamos a dar un paseo. Empiezo a sentirme un poco encerrado aquí.

Nic se levantó y metió las manos en los bolsillos de su cazadora, preguntándose si habría asustado a Malik con su sinceridad. Pero si el rey era un hombre incapaz de enfrentarse a la realidad, entonces no era el adecuado para ella... o, más bien, para Chantal.

Porque ella estaba allí por Chantal. Aquello no tenía que ver con ella... ¿o sí?

Contuvo el aliento, preguntándose qué estaba pasando. Empezaba a sentir cierta afinidad con el rey Nuri, una nueva y extraña sensación de formar parte de todo aquello... Pero Baraka no era su hogar y nunca lo sería. Su vida se encontraba en la soleada Melio, al otro lado del Mediterráneo.

Malik apoyó una mano en su cintura mientras caminaban hacia uno de los patios exteriores, y la calidez de su cuerpo junto al de Nic inundó a ésta de sensaciones.

Quería mucho más que su brazo en la cintura. Anhelaba sentir la presión de su pecho, de sus caderas y piernas contra ella. Respiró profundamente y exhaló el aire muy despacio. El deseo de formar parte de él aumentaba día a día. Volvió la mirada

hacia su rostro. Parecía pensativo. Preocupado.

—¿Te he escandalizado? —preguntó, deseando que le diera igual la respuesta de Malik. Pero lo cierto era que no le daba igual. Lo cierto era que el rey Malik Roman Nuri le gustaba más de lo que le había gustado ningún hombre en años.

—No.

—Te has quedado muy callado.

Nicolette nunca se había sentido tan segura como estando junto a aquel hombre que irradiaba vigor, fuerza y sensualidad. Tampoco se había sentido nunca antes en peligro, pero eso era diferente. Malik era un hombre que cuidaba a las mujeres, que las protegía. Era un hombre que siempre haría lo adecuado para las mujeres de su familia.

—Me has dado mucho en que pensar. He comprendido que has acudido aquí con necesidades propias.

¿Era aquel un modo educado de decir que Nic tenía un plan? Ella no iba a negarlo. Los matrimonios concertados servían para afianzar posiciones, para formar alianzas, para crear estabilidad.

—Ambos queremos algo —contestó con franqueza—. La cuestión es saber qué quieres tú realmente de mí. Ya sabes lo que yo quiero de ti.

—¿De verdad? —Malik la miró con curiosidad—. Sé que quieres liberar a Lilly y que buscas mayor estabilidad y seguridad para tu país, pero ¿y tú? No me pareces una mujer que no tenga sueños propios.

El sonido de la fuente junto a la que se habían detenido apaciguó los nervios de Nic.

—Me bastaría con saber que mi familia se encuentra feliz y a salvo —no la asustaba arriesgarlo todo para asegurarse de proteger a los que la rodeaban.

Nic se sabía fuerte. Siempre lo había sido. No necesitaba la aprobación de nadie. Sabía mantenerse firme en su terreno.

—También quiero la igualdad para las mujeres en todas partes —añadió, y de pronto recordó que estaba hablando no sólo con Malik, sino con un sultán, el rey de un país que en otra época formó parte del imperio Otomano, de un país en el que los hombres con estudios superaban en un porcentaje increíble al de las mujeres.

Tal vez había hablado demasiado. Miró a Malik, tensa, esperando su reprimenda.

En lugar de ello, él asintió con expresión seria.

—Estoy de acuerdo contigo.

A la mañana siguiente, tras una noche sin apenas dormir, Nic no quería levantarse. Cuanto más le gustaba Malik, más le costaba seguir adelante con aquella farsa.

Pero Alea no parecía dispuesta a dejarle pasar el día en la cama.

—Debe levantarse, princesa. Va a llegar tarde a clase. Y ya le tengo preparado ese café italiano que tanto le gusta.

Era cierto. Nic adoraba el café.

—¿Qué tengo en la agenda aparte de las clases? —preguntó.

—Esta noche tiene que asistir a la cena de estado con el rey. El primero de sus vestidos ya está listo, así que podrá llevarlo esta noche cuando el rey Nuri la presente a sus ayudantes y consejeros.

Nicolette salió de la cama lentamente. Por mucho que le apeteciera quedarse en la cama y evitar las clases, sabía que no podía. Además, quería ver a Malik más tarde. Verlo se había convertido en el punto álgido del día.

Varias horas después, cuando terminaron las clases de árabe, Fátima llevó a Nicolette a recorrer el palacio. Durante un rato, Nic olvidó sus preocupaciones y la tensión existente entre ellas. Siempre le había gustado la historia y aquel palacio rezumaba historia por todos los costados.

Cuando regresaban a su suite, se cruzaron con el rey y su cortejo. Malik las saludó formalmente y a ella la besó en ambas mejillas antes de presentarla a sus consejeros.

Nicolette respondió educadamente, aunque no logró recordar exactamente qué dijo, pues estaba sorprendida por la sensación de calidez que había despertado en ella el roce de los labios del rey en sus mejillas. Al mirarlo percibió en su mirada cordialidad y consideración... y algo más.

¿Posesión?

Posesión no. Malik no la poseía. Ella no pertenecía a aquel lugar. No iba a quedarse. Sin embargo, la idea de irse le deprimía. Aquel hombre también estaba despertando en ella emociones que no tenían nada que ver con el sexo, y todo con la vida. Y posiblemente con el amor.

—¿Cómo te ha ido el día? —preguntó Malik.

—Bien, gracias. Estoy abrumada por la historia de este lugar, al igual que por su belleza. El palacio es verdaderamente exquisito.

Malik sonrió.

—Me alegra que estés disfrutando.

A Nic le gustó cómo sonrió. Fue una sonrisa apenas discernible, pero claramente dedicada a ella.

Posesión.

La palabra resonó en su mente, preocupándola, recordándole lo que estaba en juego. A pesar de todo, sabía que algo le estaba sucediendo a su corazón. No se sentía como Chantal, la prometida. Se sentía como Nicolette, la prometida. De hecho, se sentía posesiva respecto a Malik.

Pero aquello no era posible. No estaba allí para iniciar una relación. No podía crear lazos. Si quería enamorarse, debía hacerlo del país, de su historia, de su cultura.

—Espero tener oportunidad de ver el resto del palacio más tarde —dijo en tono desenfadado—. Es realmente maravilloso. Todo en él parece diseñado pensando en la perfección.

—Puede que más tarde esta semana tenga tiempo de terminar de enseñártelo. El palacio tiene mil años. Innumerables artesanos han dedicado su vida a lo largo de los siglos para embellecerlo —Malik hizo un gesto para indicar a Fátima y a su séquito que podían seguir sin él. Una vez que se alejaron, parte de su formalidad pareció esfumarse—. Entonces, ¿crees que podrías llegar a sentirte cómoda aquí?

—Por supuesto. Se ve que has pensado en toda comodidad imaginable.

—Y tengo bastante imaginación —Malik entrecerró los ojos.

Nic supo que no estaba hablando sólo sobre las comodidades y volvió a sentir que entraba en otro mundo, un mundo que sólo existía para el rey Nuri y

para ella.

—Estoy segura de que tienes una gran imaginación —replicó en tono burlonamente divertido—. La mayoría de los hombres creen tenerla.

—¿Dudas de mi imaginación?

—Estoy segura de que eres bastante imaginativo... para ser hombre.

Malik movió la cabeza.

—Me estás forzando a responder a tu reto.

—No te estoy retando. Simplemente estoy manifestando un hecho.

—¿Un hecho?

—Sí. La mayoría de los hombres creen saber lo que quieren las mujeres, lo que necesitan...

—Vaya, otra declaración problemática —Malik se cruzó de brazos—. No sabía que fueras tan feminista.

—No lo soy.

—Claro que lo eres —Malik alzó su mano en un gesto imperial—. Pero, a diferencia de ti, no me gusta entrar en debates interminables. Con las palabras no se consigue nada. Yo prefiero la acción.

Nic apenas pudo asentir.

—Sí.

—Bien —Malik dio un paso adelante, tomo el rostro de Nic entre sus manos y le hizo alzarlo. Nic se estremeció, expectante. Iba a besarla.

Entonces, Malik inclinó la cabeza y la besó, despacio, con curiosidad, como si llevara tiempo preguntándose qué iba a sentir.

La boca de Nic se suavizó bajo la presión de sus labios. Malik olía a cedro y a cardamomo, dulce, especiado. Sus labios eran frescos y firmes y Nic se sintió fascinada por la sensual exploración que estaba haciendo de los de ella. No estaba dirigiendo, exigiendo, mandando. Simplemente la estaba tocando, permitiéndole disfrutar de él.

Y era increíble. Él era como su beso, cálido, sensual, fragante. El cuerpo de Nic respondió ablandándose, enviando oleadas de deseo a su vientre, a sus pechos, entre sus muslos. Hacía tiempo que no sentía tal anhelo.

Malik alzó una mano para acariciarle la mejilla y ella entreabrió los labios en un silencioso suspiro.

Se apartó de él con el corazón desbocado.

—No ha estado mal —dijo, sin aliento—. Para empezar.

—Quieres más —replicó Malik, seguro de sí mismo.

—Yo no he dicho eso...

—Pero quieres más.

El rey era un hombre arrogante, pensó Nic, pero tenía derecho a serlo. Su beso casi había hecho que se derritiera.

—No estaría en contra de... —tomó aire rápidamente para tratar de calmar los latidos de su corazón—...de volver a comprobarlo.

Malik sonrió.

—Veremos lo que podemos hacer. Desafortunadamente, antes tenemos otras obligaciones que atender. Sabes que esta noche tenemos una recepción oficial, ¿no? Es un asunto político.

Nic asintió.

—Voy a conocer a los miembros de tu gabinete y a sus esposas.

—Quiero que les caigas bien, princesa.

—¿Es importante que así sea?

—No —Malik se inclinó de nuevo y besó a Nic en la comisura de los labios—. Simplemente quiero que les gustes tanto como me gustas a mí.

De regreso en su dormitorio, Nicolette tembló mientras entraba en el humeante baño que le había preparado Alea. Lo que había dicho Malik antes de irse la había afectado casi tanto como su beso.

Le gustaba. No porque fuera una princesa europea. No porque representara una poderosa alianza para su país. Le gustaba porque le gustaba.

Y aquello bastó para que se sintiera feliz. No tenía intención de convertirse en la esposa de nadie, pero sentía gran curiosidad por el rey Nuri... tanto dentro como fuera de la cama.

Hacía meses y meses que no sentía nada ni remotamente parecido, años que no tenía una aventura amorosa satisfactoria. Años atrás tuvo un amante fantástico que la había estropeado para todos los demás. Un hombre que no supiera usar sus manos, su boca y su sentido del tacto no era un auténtico hombre. No bastaba con estar bien dotado físicamente. Un hombre debía saber cómo satisfacer a una mujer, aunque la mayoría pensaba que para

hacerlo sólo tenía que empujar lo suficiente. El problema era que la mayoría de las mujeres necesitaban mucho más que eso.

Afortunadamente, Malik no parecía pertenecer a aquella mayoría. Su breve beso, sus caricias... hablaban de un mundo de conocimiento y experiencia que Nic estaba deseando probar.

Los pasos de Alea resonaron en la habitación contigua cuando se dirigió al armario.

—¿Amarillo o verde? —preguntó al cabo de un momento—. Esta tarde han llegado dos vestidos.

—¿No son para al boda?

—Oh, no, princesa. Para la boda le harán uno especial. Estos son sólo para que esté guapa.

—¿Cuál te gusta más? —preguntó Nic para no tener que decidir. La moda no le interesaba especialmente.

—El verde. Creo. El color realzará el moreno de su pelo.

Nic se irguió de pronto en el baño y se llevó una mano a la cabeza. Morena. Era morena. Aún le resultaba extraño pensarlo.

¿Volvería a ser alguna vez la Nicolette Ducasse rubia?

Cuatro horas más tarde, la larga cena había terminado y, en lugar de entretener a sus comensales, el rey los alentó a mezclarse, una costumbre decididamente occidental, pero que esperaba que sirviera para que Nicolette tuviera oportunidad de conocer de cerca a los miembros de su gabinete. Viéndola en aquellos momentos, arrinconada por una docena de mujeres, incluyendo a Fátima, comprendió que había cometido un error táctico.

Nic no estaba teniendo oportunidad de conocer a nadie. Las mujeres la mantenían firmemente secuestrada en un rincón mientras los hombres charlaban en el otro extremo. Malik imaginó los tópicos de los que estarían hablando; matrimonio, hijos, recetas, la salud de los mayores.

Nic hizo un gesto, una pequeña inclinación indicando que se iba a separar del grupo, cuando Fátima le tocó un brazo con un gesto de silenciosa reprimenda.

Malik dejó de escuchar la conversación que había a su alrededor y observó a su prima mientras hablaba con Nic.

Fátima tendía a ser excesivamente severa con Nicolette. Malik sabía que no entendía por qué había elegido a una mujer como ella, tan alejada de su cultura y costumbres.

Pero Malik sabía lo que su prima no sabía... y necesitaba a alguien como Nicolette.

Nic enseñaría a sus hijos e hijas a establecer metas en su vida, a soñar a lo grande, a luchar por lo que creían.

Era lo que habría que enseñar a todos los niños, pensó mientras veía cómo se tensaba la expresión de Fátima a causa de la irritación. Estaba enfadada con Nic porque era distinta a las mujeres de Baraka, a pesar de que había tenido la oportunidad de viajar, vivir en el extranjero y buscarse un marido más occidental. Pero Fátima no quería irse de Atiq. Según decía estaba esperando a que apareciera el hombre adecuado en su vida.

De pronto notó por la expresión de Nic que estaba esforzándose por contener su enfado. ¿Qué le habría dicho Fátima?

Nic volvió la cabeza en aquel momento y Malik creyó notar que trataba de pedirle auxilio con la mirada. Sin embargo no estaba protestando. Parecía medio divertida, medio resignada. Era evidente que se había visto muchas veces en circunstancias parecidas. La princesa en una cena de estado. La princesa invitada de honor en un acontecimiento caritativo. La princesa invitada a inaugurar...

Era posible que fuera la rebelde de la familia, o que hubiera teñido su precioso pelo rubio de negro, pero jamás evadía sus obligaciones.

Sería una reina perfecta. No podía imaginar que al sustituir a Chantal había entregado a Malik todo lo que éste había buscado siempre en una esposa.

Cuando Malik avanzó hacia ella, las mujeres que la rodeaban hicieron una inclinación de cabeza y se apartaron, dejándolo a solas con su prometida. La única que no se movió fue Fátima.

—¿Lo estás pasando bien?

Nicolette no ocultó su exasperación.

—Sería una fiesta muy divertida... si tuviera ochenta años.

—¿Va todo demasiado despacio para tu gusto?

—Nadie hace nada.

—¿Y qué te gustaría hacer?

—Una conversación auténtica no vendría mal, o tal vez poner algo de música para que la gente baile.

Malik negó con pesar.

—Los hombres y las mujeres no pueden bailar juntos en nuestro país —con una sonrisa, añadió—: Pero las damas si podéis bailar si nosotros nos vamos.

—¿Bailar con mujeres?

—Por supuesto —dijo Malik, divertido al ver el rubor que había cubierto las mejillas de Nic—. Bailar con mujeres puede resultar muy divertido.

—No suelo bailar con otras mujeres.

—No es un baile lento. Es un baile rápido que hace que el corazón se ponga a latir deprisa —Malik estaba haciendo esfuerzos por no reír ante la expresión indignada de Nic.

—¿Aerobic?

—Considéralo la versión árabe de lo que vosotros llamáis aerobic —al ver la expresión incrédula de Nic, Malik añadió—: Sé muy bien lo que es el aerobic. Una de mis hermanas vive en San Francisco y le encanta el aerobic...

Nicolette empezó a reír. Se cubrió la boca con la mano para tratar de contenerse, pero fue inútil. Cuánto más se esforzaba en parar de reír, más le costaba.

Fátima parecía horrorizada, pero Malik encontraba la risa de Nic muy sexy, refrescante y contagiosa. Escucharla hizo que sanara en su interior algo que estaba deteriorado desde hacía un año, cuando intentaron acabar con su vida.

Necesitaba reír. Necesitaba sentir esperanza. Nicolette le daba esperanza, ¿y no era la esperanza algo maravilloso?

Se inclinó hacia ella para evitar que su prima oyera lo que iba a decir.

—Siempre podemos irnos —murmuró—. Estoy seguro de que en el palacio encontraremos algún modo de divertirnos.

Capítulo 6

LA mirada de Nic reflejó una repentina llamarada. Entreabrió los labios y Malik se excitó al instante. Sabía lo que estaba pensando... porque él estaba pensando exactamente lo mismo.

Cuando la había besado aquella mañana, había esperado contener su atracción, pero el beso no sirvió para contener su imaginación. Desde entonces, no había hecho más que pensar en ella, en tenerla debajo de su cuerpo, a su lado, sobre él...

¿Cuándo podría llevársela a la cama? ¿Cuándo podría hacerle el amor adecuadamente?

No mientras siguieran allí, desde luego.

Les llevó unos minutos despedirse, pero poco después estaban en la limusina camino del palacio... y acompañados de Fátima que, al enterarse de que se iban, había pedido que la llevaran de vuelta.

—¿Te alegras de haberte ido, princesa? —preguntó Malik.

—Esta noche estaba cansada —admitió Nicolette con un pequeño suspiro. No se había sentido ella misma aquella noche. Era la novedad de todo, trató de decirse, la nueva comida, las nuevas costumbres, la nueva lengua... Pero en el fondo sabía que su dolor de cabeza se debía a la adrenalina. Sentía el cuerpo ardiendo, sensible, acelerado como un motor.

Malik había puesto algo en marcha con aquel beso... y ella quería que lo terminara.

Malik sonrió en la penumbra del coche, reconociendo su sinceridad.

—¿Te ha resultado incómodo ser la única extranjera en la cena?

—Estoy acostumbrada a ser la única extranjera en los acontecimientos de estado. Pero debo admitir que esta noche me he sentido... diferente.

—Eres diferente —dijo Fátima—. No te vistes como las mujeres de Baraka. Prefieres no utilizar el velo

y...

—Yo no le he pedido que lo hiciera —interrumpió Malik en tono reprobatorio—. La princesa Ducasse tiene permiso para ser ella misma.

—¿Y cómo va a ser una reina adecuada si no da ejemplo? —espetó Fátima.

—Ya basta —dijo Malik secamente—. Eso no es asunto tuyo.

Fátima inclinó la cabeza, pero Nic percibió un destello de enfado en su mirada. ¿Qué podía decir? Había quedado claro desde el principio que su relación con Fátima no era precisamente fluida.

—¿Está demasiado frío el aire acondicionado? —preguntó Malik al ver que Nic se cubría los hombros con el chal de su vestido.

—No. Es agradable después del calor que he pasado en la fiesta.

—Yo también tenía calor —dijo Malik sin apartar la mirada de ella—. Afortunadamente, los edificios más antiguos de la ciudad fueron diseñados con los techos altos para evitar ese problema, pero los nuevos carecen de una ventilación adecuada.

Nic sonrió.

—Me temo que todos los edificios gubernamentales son iguales.

Fátima suspiró pesadamente y se removió en su asiento, inquieta. Malik la ignoró.

—Cuando seas reina, Chantal, ¿qué será lo primero que harás? —preguntó.

Desde que había descubierto lo que había tenido que soportar Chantal en La Croix, Nicolette se había empeñado en crear centros especializados en cada una de las islas de Melio donde las mujeres pudieran hacer preguntas, pedir ayuda, e incluso buscar refugio.

Y, si pudiera, haría lo mismo allí.

—Me gustaría ayudar a las mujeres. Tengo el nombre y los contactos necesarios... todo lo que me faltan son medios.

—Que no te faltarán cuando seas reina de Baraka —dijo Malik.

«Pero no voy a ser reina de Baraka», se recordó Nic. «Esto es sólo un juego».

Sin embargo, ya había dejado de parecer un juego.

—¿Por dónde empezarías? —añadió Malik.

—Por la educación. Empezaría mejorando la educación para las niñas...

—Nuestra educación es excelente —interrumpió Fátima—. Las niñas de Baraka son muy bien tratadas. La mayoría asiste a la escuela.

—Tú lo hiciste —dijo Nic con delicadeza—. Tienes un título universitario y tus padres alentaron tu educación, pero ésa no es la norma para las familias pobres del país, ¿verdad? —sin esperar a que Fátima respondiera, añadió—: Si fuera reina, haría que todos los niños asistieran gratuitamente a la escuela hasta los diecisiete años, y alentaría a las niñas a continuar después en la universidad, para que tuvieran alguna opción de elegir.

—Tienen esa opción. Pueden elegir casarse; no se casan en contra de su voluntad. Los padres y los casamenteros consultan con ellas. No somos bárbaros como en otros países. Y una esposa y madre siempre es querida.

¡Como si decir sí o no a un matrimonio concertado fuera libertad de elección!

—Hay muchas formas de ser amado. Las mujeres deberían tener al menos la opción de elegir cómo son amadas, y eso incluye elegir entre una profesión o el hogar. Las mujeres no deberían estar en casa porque no tengan otra opción, sino porque así lo elijan, porque sea ése el camino por el que han optado en su vida.

—Y tú, princesa Chantal, ¿te dedicas a lo que quieres? ¿Has encontrado tu camino? —preguntó Malik.

Nicolette bajó la mirada y se hizo a sí misma aquella pregunta.

No.

¿Había tratado de encontrar alguna vez su camino antes?

No.

¿Por qué?

—Creo que aún estoy buscando —contestó al cabo de un momento, sintiéndose un poco tonta y consciente de la animosidad de Fátima.

—¿Y qué estás buscando? —preguntó Malik.

—A mí misma —contestó Nic al cabo de un momento.

Fátima resopló.

—Típica respuesta occidental —murmuró a la vez que apartaba la mirada como si sintiera ofendida.

Nic se ruborizó intensamente. Su respuesta había sido totalmente egoísta e infantil.

Buscarse a uno mismo.

Tratar de encontrarse a uno mismo.

—Estamos destinados a buscar la verdad —dijo Malik y, al alzar la mirada, Nic vio la compasión que había en su mirada—. Si no nos conocemos a nosotros mismos, no somos nada. Si no nos conocemos a nosotros mismos, no podemos amarnos, y si no nos amamos, es imposible amar a otros.

Los ojos de Nic se llenaron repentinamente de lágrimas. Bajó la mirada hacia los guantes verdes que llevaba en el regazo, diciéndose que, pasara lo que pasara, no pensaba ponerse a llorar delante de Fátima.

—Gracias —murmuró.

Una vez en el palacio, Malik insistió en acompañarla a sus habitaciones. La quietud reinante en el palacio y los rayos de luna que entraban por los ventanales parecieron envolver a Nicolette, acentuando la intensa sensación de soledad que experimentaba.

Estaba engañando descaradamente a un hombre al que empezaba a admirar.

—¿Te has preguntado alguna vez si no te habrás equivocado de hermana? —preguntó en voz apenas audible.

Malik la miró con expresión preocupada.

—¿Tú crees que me he equivocado?

—Sólo me preguntaba si no soy la que te conviene...

Malik frunció el ceño.

—¿Por tu aspecto? ¿Por tu actitud?

Nic se encogió de hombros.

—No sé. Me confunde que me eligieras a mí. ¿Por qué no una de las otras?

Habían llegado a las habitaciones de Nic y se detuvieron ante la puerta.

—Supongo que podría haber elegido a Joelle —dijo Malik, pensativo.

—¿A Joelle? Es demasiado joven para ti.

—Puede que tú seas demasiado mayor.

Nic volvió a ruborizarse.

—Tú tienes al menos diez años más que yo, rey Nuri.

—Pero seamos sinceros, Chantal, ¿de acuerdo? Me atrae la idea del matrimonio y la posibilidad de tener familia. Sin embargo, tú no pareces especialmente ilusionada. Lo cierto es que preferiría una prometida anhelante por experimentar el matrimonio y la maternidad a una esposa que teme el matrimonio.

—Sin embargo hay tres princesas Ducasse. No has mencionado a Nicolette.

—Nicolette nunca fue una opción.

—¿Por qué no?

Malik hizo un gesto de impaciencia.

—No es adecuada.

—¿Por qué?

Malik frunció el ceño.

—Si esto te está disgustando, será mejor que dejemos la conversación.

—Me está disgustando, pero debemos continuar la conversación porque quiero entender. Nicolette es muy querida por su gente...

—Sí, pero para que una mujer pueda llegar a ser la reina Nuri de Baraka debe estar por encima de todo reproche.

Al parecer, Chantal no se había equivocado al decir que su reputación estaba destruyendo sus opciones de conseguir un buen partido para casarse.

—Sin embargo no la conoces —dijo Nic—. ¿Cómo puedes ser tan crítico con ella?

—Es sabido que prefiere a los playboys y libertinos. No es virgen.

Nic se ruborizó una vez más.

—Yo tampoco.

—Pero lo eras cuando te casaste.

Nic apretó los guantes que sostenía en las manos. Y Joelle seguía siendo inocente. ¿Pero qué mal había en que una mujer experimentara un poco para descubrir lo que quería realmente? ¿Por qué podían hacer los hombres lo que quisieran mientras las mujeres debían preocuparse de su reputación?

—Tú tampoco eres virgen —espetó.

Los labios de Malik se curvaron, pero no sonrió.

—El deber de un hombre es aprender a dar satisfacción a su esposa.

—¿Y una mujer no necesita aprender a dar placer a su marido?

—Su marido le enseñará.

—¡Eso es absurdo!

—¿Por qué?

Nic pensó en la pobre Chantal, casada a los veintidós años siendo virgen con un hombre al que le daba igual su felicidad, y que no se molestó lo más mínimo en educarla en el arte del amor. Nic estaba segura de que su hermana no había tenido un orgasmo en su vida, y si lo había tenido, probablemente había sido a solas.

—Mi marido no me enseñó nada.

—En ese caso, no supo cumplir con su deber.

—Estoy convencida de que muchos maridos dejan de cumplir con su deber. ¡La mayoría de los hombres no sabe dónde está el clítoris, y mucho menos aún cómo deben tocarlo!

El asombrado silencio de Malik fue más revelador que cualquier palabra. Nic comprendió que había hablado demasiado y se quedó petrificada en el sitio.

¿Por qué estaba tan empeñada en que el rey Nuri cambiara de opinión respecto a Nicolette? ¿Qué más le daba lo que pensara de ella? Era estúpido e irresponsable permitir que su ego se adueñara de ella. Debía proteger a Chantal. Debía seguir interpretando a su hermana a toda costa hasta que supiera que Lilly estaba a salvo.

—He hablado demasiado —dijo, tragándose su orgullo.

Pero Malik no dijo nada.

Nic tuvo que disculparse de nuevo.

—Lo siento, Malik. No debería haber sido tan... explícita.

—No sabía que tuvieras tanta experiencia.

—Soy una mujer. Tengo amigas, hermanas...

—A Nicolette.

Malik pronunció el nombre en un tono de tal desaprobación, que Nic sintió que se le encogía el estómago.

—Veo que no te gusta nada mi hermana —murmuró.

—No la conozco.

Nic asintió dolorosamente y volvió a ruborizarse, pero en aquella ocasión más a causa del enfado que de la vergüenza.

Una vez a solas en sus habitaciones, decidió salir a su patio particular para tratar de calmarse. Era tarde, pero el ambiente aún era cálido y la noche estaba iluminada por la luna.

No lograba dejar de pensar en Malik. Quería convencerse de que era por mera curiosidad, por un fenómeno de fascinación cultural, incluso de encaprichamiento sexual, pero en el fondo sabía que su interés iba mucho más allá.

¿Cómo iba a salir del lío en que se estaba metiendo? Si Malik hubiera dicho al menos que le gustaba la princesa Nicolette, se sentiría menos culpable. Pero no le gustaba Nicolette. Había dejado bien claro desde el principio que ella nunca podría ser su reina.

Y en ello podía residir la solución del problema.

Si no quería avergonzar a Malik ante su pueblo y ante el mundo rompiendo su compromiso, lo forzaría a entrar en acción. Seguiría adelante con la farsa el tiempo que fuera necesario y, entonces, una vez que Lilly fuera libre, le revelaría la verdad: que ella era la princesa rubia, superficial y frívola a la que tanto despreciaba.

Entonces Malik no se casaría con ella.

Se cruzó de brazos y echó la cabeza atrás para contemplar el cielo mientras se esforzaba por contener las lágrimas.

No podía llorar. ¡No debía! No estaba allí para encontrar el verdadero amor. Estaba allí para cumplir con una misión.

A la mañana siguiente, Fátima fue recibida en del despacho de Malik, dónde éste le había pedido que acudiera a verlo. Se sentó y esperó pacientemente a que terminara la conversación telefónica que estaba manteniendo.

Finalmente, Malik colgó y se volvió hacia ella. Llevaba puestas unas gafas de leer.

—¿Sabes por qué te he pedido que vinieras?

La tranquila expresión de Fátima no reveló nada.

—Estoy segura de que me lo vas a decir.

Malik observó a su prima un largo momento. Fátima no estaba haciendo ningún esfuerzo por disimular el desagrado que le producía Nicolette y aún no sabía si se debía a los celos, a la inseguridad, o a algo más profundo.

—He sentido la hostilidad que manifiestas hacia nuestra invitada.

Fátima ni siquiera parpadeó.

—No va a casarse contigo, primo.

—No si continúas intimidándola.

Fátima hizo un gesto despectivo con la mano.

—Estoy siendo sincera con ella, y contigo. No me fío de ella, Malik. Está jugando contigo.

Malik arqueó una ceja.

—Ésa es una expresión muy occidental viniendo de ti.

—He vivido en occidente y entiendo esa cultura tan bien como tú —Fátima movió la cabeza—. Hazme caso, primo. Esa mujer no se va a casar contigo. No se va a casar contigo —repitió, recalcando cada palabra.

Malik se quitó las gafas y las dejó en el escritorio.

—¿Por qué no?

—Es demasiado independiente. No está interesada en nuestro país, ni en nuestra cultura y, sinceramente, ni siquiera creo que esté interesada en ti.

Malik frunció el ceño. En parte, estaba de acuerdo con su prima y en parte no, pues era consciente de que Fátima no sabía nada sobre la química o la atracción. No tenía concepto del deseo físico, y él sabía que, desde ese punto de vista, la princesa se sentía muy atraída por él. Era posible que no quisiera casarse con él, pero sí estaba interesada en conocerlo en la intimidad.

—No estoy preocupado —dijo a la vez que se levantaba y caminaba hacia su prima—. Me necesita. Su país necesita lo que puedo ofrecerle.

Fátima negó con la cabeza.

—¿Y si consigue lo suficiente de ti como para no necesitar el resto? ¿Y si necesita menos de lo que

crees?

Aquello era algo que merecía tener en consideración. Fátima siempre había sido lista. Podría haber hecho lo que hubiera querido con su vida, pero había elegido quedarse allí, en palacio.

—En ese caso, tendré que tener cuidado, ¿no? —contestó, y sonrió cariñosamente a su prima. Fátima era preciosa. Tenía los ojos negros, unos pómulos altos y marcados, una firme mandíbula y una preciosa mata de pelo sedoso y negro—. Y ahora será mejor que te vayas. La princesa estará esperando a recibir su lección de árabe.

Efectivamente, Nicolette estaba esperando a Fátima en la sala, pero no estaba pensando precisamente en las lecciones de árabe. Estaba pensando que tenía un secreto muy peculiar. Aquel día era su cumpleaños, su cumpleaños auténtico, pero no podía celebrarlo porque nadie sabía quién era.

Era extraño pensar que había llegado a los veintisiete. De pronto, le parecieron muchos años. Chantal ya llevaba casada varios años cuando cumplió los veintisiete. Y ella... ¿qué había hecho con su vida?

Nada.

Fátima llegó y la clase se desarrolló sin incidentes. Una hora más tarde, la doncella que solía aparecer con la habitual bandeja de té y pastas se dirigió a Nic.

—Su Excelencia quiere que se reúna con él para desayunar —dijo—. Me ha encargado que le muestre el camino.

Fátima se tensó visiblemente, pero no protestó, y Nicolette siguió a la joven por los largos pasillos del palacio hasta uno de los patios interiores reservados para el uso del sultán.

Malik ya estaba sentado a la mesa, ya dispuesta para dos. Unas preciosas flores adornaban el centro y Nic decidió convertir aquello en su fiesta de cumpleaños. Le bastaba con empezar el día en compañía de Malik.

—Buenos días —el rey se levantó para darle la bienvenida—. He estado pensando en ti —dijo antes de inclinarse a besarla en las mejillas.

Nic lamentó no poder tomar su rostro entre las

manos para besarlo adecuadamente.

—¿En serio?

—También me siento muy culpable.

—¿Por qué?

—Ayer fui muy poco atento al hablar de tu hermana. Sé lo que siento por mi hermano y mis hermanas y no toleraría que nadie hablara mal de ellos. Sin embargo, fui muy intolerante con las peculiaridades de Nicolette. Quiero disculparme por ello.

Nic apartó la mirada, avergonzada e incómoda.

—En realidad no es tan... excéntrica. Puede que no sea oriunda de Baraka, pero es buena. Y amable. Y no dice crueldades sobre los otros —respiró temblorosamente—. Tampoco juzga a los demás. Si estuviera aquí, no estaría juzgándote a ti ni a tu prima Fátima, que no es capaz de decir nada bueno sobre nadie.

De pronto, la ilusión de celebrar allí su cumpleaños se desvaneció. Aquél no iba a ser más que un terrible día más viviendo una mentira.

—¿Puedo irme ya? —susurró.

—No.

La negativa de Malik sorprendió a Nic. Se apartó de la mesa. Era posible que él fuera el rey de Baraka, pero ella también pertenecía a la realeza europea.

—Me gustaría regresar a mis lecciones con Fátima.

—¿Aunque sea tan aficionada a enjuiciar a los demás?

—Prefiero que me enjuicie ella a que lo hagas tú.

—¿Por qué?

Los ojos de Nic se llenaron de lágrimas a causa de las emociones que la estaban abrumando y no logró encontrar su voz.

—¿Por qué? —insistió Malik.

Nic perdió el poco control que le quedaba.

—Porque me gustas. No quiero que seas malvado. O mezquino. No quiero que seas cruel sólo porque Nicolette no encaje con tu idea de la mujer perfecta. Nadie es perfecto, rey Nuri, pero a pesar de nuestras imperfecciones, merecemos ser amados y respetados.

—Me estaba disculpando...

—En realidad no. No lo suficiente —el labio inferior de Nic tembló—. Hoy es su cumpleaños y no creo que merezca esto...

—¡Sé que es su cumpleaños! —casi exclamó Malik—. Por eso estás aquí esta mañana. Quería celebrarlo contigo.

—¿Cómo sabías que era su cumpleaños? —preguntó Nic, extrañada—. Ni siquiera te gusta.

Malik se levantó, deslizó una mano tras la nuca de Nic y la besó.

—Porque me gustas —dijo, y volvió a besarla—. Me gustas tanto, que he tratado de averiguar todo lo que he podido sobre tu familia.

Nic no quiso parpadear para que no cayeran las lágrimas que tenía acumuladas en los ojos.

—¿Sabes cuántos años tiene?

—Veintisiete. Y sé que estás preocupada por ella porque se está haciendo mayor y aún no está casada.

—No es tan mayor.

—Pero ya debería estar casada, ¿no?

Para demostrarle que estaba bromeando, Malik volvió a besarla. Pero, en aquella ocasión, lo hizo sin contención, y la ternura que imprimió a su beso acabó convirtiéndose en puro deseo.

Nic ya conocía el deseo, por supuesto, pero aquél la dejó sin aliento y fue tan intenso que casi le hizo sentir dolor. Alargó las manos hacia él y Malik le hizo entreabrir los labios para penetrar con la lengua en la suavidad de su boca, demostrándole que, además de tierno, podía ser exigente.

Nic se aferró, dando la bienvenida a aquella intensidad, en la que encontró la liberación de las poderosas emociones que la embargaban. Toda la vida había buscado aquella pasión, y encontrarla allí, en aquellos momentos y con Malik, resultaba asombroso.

Él alzó la cabeza y le acarició la mejilla.

—Perdóname, por favor.

—Por supuesto —Nic logró dedicarle una temblorosa sonrisa, aunque nunca se había sentido más insatisfecha en su vida—. Y Nic también te perdona.

—En ese caso, ¿podemos desayunar para celebrar este día especial?

Nic sonrió.

—Sí.

—¿Y podemos empezar simulando que no ha pasado nada?

—¿Tan buen actor eres?

Malik rió.

—Depende. ¿Eres tú buena actriz?

Nic pensó en los días que llevaba allí.

—No —dijo, y volvió a reír—. Soy muy mala actriz. Jamás fui elegida para interpretar nada en el colegio.

Malik esperó a que ella estuviera sentada para ocupar de nuevo su silla.

—¿A pesar de ser una princesa famosa?

—Mi hermana Joelle sí que es una gran actriz, y también tiene una gran voz que heredó de mi madre. Tienes que escucharla cantar algún día... —Nic se interrumpió, ruborizada—. Pero escúchame. Me he puesto a hablar como una cotorra...

—Estás muy lejos de ser una cotorra, Chantal. Suelo tener que esforzarme para hacerte hablar.

—A los hombres les gustan las mujeres calladas.

Malik estuvo a punto de atragantarse con su café.

—No puedo creer que digas esas cosas.

—Al menos te hacen sonreír.

—Y yo me alegro de que tú vuelvas a sonreír también.

Capítulo 7

SUS miradas se encontraron y Nic captó la sinceridad que había en la de Malik.

—¿Qué actividades tienes programadas en tu agenda hoy? —preguntó él al cabo de un momento.

—Muchas —Nic se deprimió un poco al recordar que aquel día tenía otra sesión con la modista seguida de dos horas con el jefe de cocina para conocer los principales platos del país.

—Puede que te tengamos demasiado ocupada. Empieza a notarse la presión a la que estás sometida..

Nic hizo una mueca.

—Disculpas, Excelencia.

Malik sonrió.

—¿Necesitas unas vacaciones?

—¿Sin libros? ¿Sin clases? ¿Sin deberes? ¿Y qué haría? —Nic simuló sentirse desconcertada.

—Supongo que tendrás que disfrutar de mi compañía. Si es que eso es posible —dijo Malik antes de introducirse un suculento trozo de mango en la boca.

Nic fue incapaz de apartar la mirada de sus labios, de su fuerte mandíbula mientras masticaba, del sensual movimiento de su cuello cuando tragó. Un día a solas con aquel hombre no sería precisamente relajante. Empezaba a anhelar con demasiadas ansias el contacto físico con él.

—Sé que tienes muchas obligaciones de estado...

—Demasiadas —asintió él solemnemente.

—No sería justo que yo me sumara a esas obligaciones.

—Pero tú eres lo primero. Vas a ser mi reina. Mi esposa. Mi amante.

Nic sintió que sus mejillas se acaloraban. «Su amante». Le encantaba el sonido de aquella palabra... aunque le hiciera recordar los artículos que había visto en las revistas del corazón sobre

las numerosas queridas que tenía el sultán por todo el mundo.

—Sí, claro, también ése es uno de tus deberes —dijo rápidamente—, pero si tienes cosas más importantes de las que ocuparte...

—¿Cosas más importantes? Sería muy desatento por mi parte no ocuparme de ti. Veo que hoy te sientes un poco sola y triste. Creo que necesitas compañía. Creo que podrías utilizarme.

Utilizarlo. Oh, sí. Podría utilizarlo, pero aquello no formaba parte del plan.

El plan no consistía en hacer el amor.

El plan no consistía en enamorarse.

El plan no consistía en quedarse atrapada en aquel país lejano.

—Siempre podemos vernos más tarde, para cenar. Puedes contarme lo que has hecho... —Nic dejó de hablar cuando Malik se inclinó hacia ella y deslizó un pulgar por sus labios.

—Creo que necesitas una aventura hoy mismo. Algo nuevo y divertido. Déjalo en mis manos.

—Malik...

—¿Sí, *laylah*?

Nic cerró los ojos cuando él deslizó la mano a lo largo de su mandíbula y cuello hasta dejarla detenida sobre una de sus clavículas. La sensación que le produjo fue demasiado intensa como para disfrutarla.

—¿Por qué no me miras nunca a los ojos? —preguntó él con suavidad, sin apartar la mano—. Cuando hablamos así, siempre apartas la mirada.

—Me estás tocando —murmuró Nic, sin mirarlo. Además de deseo, aquel hombre despertaba en ella emociones demasiado intensas.

Pero sabía que aquello era peligroso incluso para ella, que no solía asustarse fácilmente. Había demasiado en juego.

Chantal y Lilly.

—Eso no debería asustarte —dijo él—. No eres una virgen sin experiencia.

—No es la falta de experiencia lo que me vuelve cautelosa —replicó ella, totalmente ruborizada—. Es a ti a quien temo.

—¿Me temes a mí? —preguntó Malik, incrédulo—.

¿Pero por qué? Te protegería con mi vida si fuera necesario.

El corazón de Nicolette se encogió. Hacía años que no experimentaba emociones tan fuertes.

—Puede que sea eso lo que me da miedo. Pareces confiar demasiado en mí. No me conoces lo suficiente como para ofrecerte a dar tu vida por mí.

Malik apoyó una mano en su mejilla.

—Pero eres mi prometida.

—No hemos hablado de ello ni hemos hecho una declaración formal.

—Pero estás aquí.

—Las apariencias engañan —Nic volvió a sentir que las lágrimas le atenazaban la garganta, pero no estaba dispuesta a llorar.

—¿Estás pensando en irte?

—No.

—Pero aún tienes dudas.

—Nací con dudas. De las tres princesas Ducasse, yo soy la que más probabilidades tendría de iniciar una guerra mundial —dijo Nic, tratando de bromear.

Malik la miró pensativamente, sin sonreír.

—¿Qué podría hacer para que te sintieras más tranquila? ¿Qué podría decirte?

Nic cerró los ojos. Ya no sabía qué estaba haciendo. No sabía cómo había perdido el control de la situación. Lo último que esperaba era sentir lo que estaba sintiendo por el sultán. Abrió los ojos de nuevo y lo miró.

—No quiero... humillarte.

—Me alegra oír eso. No me gusta que me humillen —dijo Malik, sonriente—. Además, no vas a humillarme. Te conozco. Eres como yo. Amas tu país, a tu gente, a tu familia. Siempre harás lo mejor para ellos. Si me das tu palabra ahora, sabré con certeza que la ceremonia va a tener lugar. No la cancelarías en el último momento, cuando pudiera resultar bochornoso para ambas familias. No te preocupes por el orgullo nacional.

«El orgullo nacional». Nic se quedó muda y la vida pareció cristalizar a su alrededor.

—Eres libre —añadió Malik—. Puedes irte a casa ahora. Jamás te retendría aquí en contra de tu voluntad.

Nic estuvo a punto de confesar la verdad en aquel momento, pero se contuvo al pensar una vez más en Chantal y Lilly. ¿Y si estropeaba la única probabilidad que tenía de salvarlas?

—No voy a ir a ningún sitio —dijo con toda la firmeza que pudo—. Me quedo aquí —miró a Malik a los ojos y rogó para que no se le notara el brillo de las lágrimas—. Hoy estoy de vacaciones, ¿recuerdas? Y has prometido enseñarme algo nuevo... algo divertido.

—Lo recuerdo.

Después del almuerzo, Nicolette fue a cambiarse rápidamente antes de acudir al vestíbulo principal. Al ver allí a Fátima trató de ocultar lo mejor que pudo su decepción.

—No ha sido idea mía —fue lo primero que dijo Fátima al verla.

El coche que iba a recogerlas llegó a la vez que Malik, quien, como su prima, se había puesto una chilaba de una delicada tela muy ornamentada.

—¿Hace falta que me cambie? —incómoda, Nic alzó una mano hacia el cuello de su chaqueta azul turquesa.

—Si quieres, puedo dejarte una de mis chilabas. Siempre llevo una en el coche por si acaso —ofreció Malik a la vez que la rodeaba con uno de sus brazos —. Pero no es necesario que te cambies. Muchos de nuestros jóvenes adoptan la moda occidental de vaqueros y camisetas. Entre nuestro pasado colonial francés y el turismo, comprobarás que el centro de nuestra ciudad es bastante occidental.

—¿Vamos al centro? —preguntó Nic mientras entraba en el coche.

En lugar de contestar, Malik se dirigió en árabe a su prima, que ya había entrado en el coche. Reacia, Fátima cambió de asiento para que su primo pudiera sentarse junto a Nic.

—No me parece bien —susurró Nic cuando Malik pasó un brazo tras sus hombros.

—Ella sabe que vas a ser mi esposa —Malik la besó en la mano—. Y ahora relájate. Quiero que disfrutes. No tienes permiso para preocuparte.

—¿Por nada?

—Por nada. Ni siquiera por Lilly. Todo está bajo

control.

Algo en el tono de Malik hizo que se erizara el vello de la nuca de Nic, pero no se atrevió a preguntar nada. Malik le había ordenado que no se preocupara y pensaba obedecerlo.

Escoltados por algunos policías motorizados, recorrieron las calles de la ciudad hasta llegar a la gran plaza del mercado, llena de coloridos puestos y tiendas en las que se vendía de todo.

Nic apenas podía contener su curiosidad. Le encantaba salir, hacer cosas, conocer sitios nuevos.

El conductor detuvo la limusina y los guardias de seguridad la rodearon. Malik salió y ofreció su mano a Nic y luego a Fátima.

Al salir, Nicolette vio que casi todas las mujeres llevaban sus coloridas chilabas.

—¿Puedes dejarme la chilaba que me has ofrecido? —preguntó a Malik—. Creo que llamaría menos la atención si me la pusiera.

Malik pidió al conductor que sacara la prenda y Fátima ayudó a Nic a ponérsela.

—Supongo que te apetecerá dar una vuelta por el mercado —preguntó Malik luego.

—Por supuesto —Nic estaba deseando poder dar una vuelta por la ciudad desde que había llegado.

—Te acompañará Fátima. Por razones de seguridad, será mejor que yo os espere aquí —dijo Malik.

Nic comprendió sin necesidad de más explicaciones. El mercado estaba abarrotado y circular en grupo habría resultado complicado y arriesgado.

El sol brillaba con fuerza en el cielo cuando Fátima y ella comenzaron a deambular por el mercado, y una brisa caliente y seca mecía las ramas de las palmeras.

Contenta, Nic siguió a Fátima en torno al perímetro de la ajetreada plaza, en la que había cientos de puestos y tiendas variadas. De vez en cuando se detenía a examinar alguna mercancía intrigante y fue olvidando gradualmente la hostilidad de su acompañante mientras se dejaba llevar por el placer de estar en un sitio completamente nuevo para ella.

Al cabo de un rato, al sentir la fuerza con que

el sol caía sobre las cabezas de todos los que estaban en la plaza, pensó que tal vez había llegado el momento de regresar. Pero cuando se volvió para comunicárselo a Fátima comprobó que la había perdido en algún punto del trayecto. Sorprendida, pero no inquieta, Nic experimentó una sensación de alivio. Había estado en muchos países extranjeros y en ningún momento sintió miedo. En lugar de ello, se sintió libre por unos momentos. Libre de Fátima, del sultán, de sus preocupaciones.

Y con aquello en mente lamentó no llevar dinero consigo para sentarse a la sombra a tomar un café con hielo y a contemplar la vida que palpitaba en aquella asombrosa plaza. Atiq era un lugar especial y precioso. Le encantaban sus edificios blancos bañados por el sol y sus innumerables callejuelas.

De pronto, alguien le tocó el brazo y se volvió. Una mujer mayor de pelo gris con la cabeza parcialmente cubierta por un pañuelo gris se hallaba ante ella.

—¿Está perdida?

Nic sonrió.

—Un poco.

La mujer la miró un momento con expresión desconcertada.

—Es una mujer muy guapa —dijo, chapurreando el inglés.

—Gracias. Es muy amable.

La mujer siguió mirándola atentamente y de pronto movió un dedo en el aire.

—Ya sé a quién se parece. A la cantante estadounidense. Star.

Star. Mamá. De inmediato, Nic vio a su madre en su imaginación, su largo pelo negro, sus preciosos ojos negros, su travieso sentido del humor....

—¿Sabe de quién hablo? —dijo la mujer—. Se casó con un príncipe español.

En realidad el príncipe no era español, sino de Melio, pero Nic no aclaró la confusión. Palmeó la mano que la mujer había apoyado en su brazo, emocionada.

—Me siento muy halagada por la comparación. Es usted muy amable.

La mujer sonrió y le acarició una mejilla.

—*Allah ihennik.* Que Dios la proteja.

Nic sintió que se le hacía un nudo en la garganta.

—Y a usted —murmuró mientras la mujer se alejaba y se perdía entre la multitud.

Hacía años que nadie le decía que se parecía a su madre. Habitualmente le decían que se parecía a su padre porque era rubia, pero Nic recordaba que de pequeña su madre solía sentarla en su regazo y le decía que tenía los ojos y la boca como ella.

Diciéndole que se parecía a su madre, la anciana le había hecho un maravilloso e inesperado regalo de cumpleaños sin darse cuenta.

Nic cerró los ojos y se llevó una mano al corazón para atesorar en él aquel recuerdo. Después decidió que ya era hora de regresar antes de que Malik empezara a preocuparse.

Cuando miró a su alrededor, nada le resultó familiar, pero lo cierto era que el alboroto de puestos y gente que había a su alrededor habrían desorientado a cualquiera.

Cuando se detuvo en una esquina con las manos en las caderas, notó que estaba llamando la atención. Las mujeres la evitaban, pero los hombres no ocultaban su curiosidad. A pesar de la chilaba era evidente que era extranjera.

¿Dónde estaba?

¿Qué diría Malik cuando averiguara que había perdido a Fátima y que estaba vagando sin rumbo por el mercado?

Miró a derecha e izquierda. Las calles empezaban a ser más y más estrechas. Lo que necesitaba era regresar en dirección contraria.

Y así lo hizo, pero en lugar de llegar al mercado volvió a encontrarse en un laberinto de callejones.

El sol ya no castigaba con tanta fuerza, pero aún hacía calor. Suspiró. No debía asustarse. Sólo habían pasado unos veinte minutos. Como mucho media hora.

Se obligó a recapacitar. ¿Dónde estaba el sol? Según había aprendido en sus clases, los mercados y las mezquitas de Baraka se instalaban mirando al este. Todo lo que tenía que hacer era caminar en dirección contraria a la puesta de sol.

Malik estaba esperando fuera del coche cuando Fátima llegó sola.

—¿Está aquí la princesa? —preguntó a la vez que se inclinaba para mirar el interior del coche.

Malik sintió que se le detenía el corazón.

—Se suponía que estaba contigo.

—Creía que estábamos juntas. Estábamos mirando unos puestos...

—La has perdido.

—No.

—¡La has perdido! —bramó Malik.

—No es cierto —Fátima negó enfáticamente con la cabeza—. Creía que estaba conmigo. Estaba convencida de que me seguía.

Malik chasqueó los dedos y el conductor apareció de inmediato a su lado.

—La princesa ha desaparecido —dijo con urgencia—. Avise a los oficiales de seguridad y dígales que deben encontrarla. Entretanto yo llamaré al palacio para pedir más ayuda.

Los ojos de Fátima se llenaron de lágrimas mientras Malik llamaba.

—No pretendía perderla, primo. Nunca haría algo así.

Malik la silenció con un gesto de la mano.

—No quiero oírte. Has tenido problemas con la princesa desde su llegada —dijo, y a continuación se volvió para hablar con el capitán de su guardia personal.

—Discúlpame, primo —dijo Fátima cuando terminó, llorosa.

—Confiaba en ti —contestó Malik en tono cortante —. Y me has avergonzado.

Fátima entró en el coche y enterró el rostro entre las manos.

Mientras, Malik no paraba de caminar de un lado a otro, inquieto. Estaba a punto de ir a buscar a Nic personalmente cuando ésta apareció.

Se notaba que estaba acalorada y cansada, pero también feliz de haber encontrado el camino de regreso.

—Sigues aquí —dijo, aliviada—. Menos mal.

—Jamás te dejaría.

—Lo sé, pero...

—Jamás te dejaría —repitió Malik a la vez que la miraba de arriba abajo para asegurarse de que se encontraba de una pieza—. ¿Estás bien?

—Sí, pero me siento un poco avergonzada. No sé cómo me las he arreglado para perder a Fátima —Nic miró a su alrededor—. ¿Ha vuelto ya?

La expresión de Malik se ensombreció.

—Está en el coche.

—Bien. Temía que me estuviera buscando y no quería que corriera ningún peligro por mi culpa —Nic movió la cabeza—. Hace mucho calor.

—Es cierto —Malik vio que el conductor regresaba con los oficiales de seguridad y señaló la limusina —. Dentro estarás más cómoda. En cuanto resuelva esto regresaremos al palacio.

De vuelta en el palacio, Nic fue a su suite y encontró a Alea esperándola con los brazos abiertos.

—¿Se encuentra bien, princesa? Ya me he enterado de que se ha perdido.

Nic encontró su preocupación casi cómica.

—Estoy bien. Me he perdido y hacía mucho calor, pero he encontrado el camino de vuelta y todo va bien.

—Vamos a tener que ocuparnos especialmente de usted. En primer lugar tomará una ducha para refrescarse y librarse del polvo, a continuación tomará un baño relajante en el jacuzzi y después vendrá la masajista para ayudarle a relajar cada músculo del cuerpo.

Nic estuvo a punto de decir que le bastaba con la ducha, pero permaneció callada. Al fin y al cabo, era cierto que estaba acalorada y cansada, ¿y qué mal había en disfrutar de un baño y un buen masaje?

Después, sintiéndose mucho mejor, dejó que Alea la ayudara a secarse el pelo. No recordaba cuánto tiempo hacía que no se sentía tan relajada, que no sentía la más mínima urgencia por nada.

—Si le apetece, hay unos aperitivos y unos refrescos esperándola en el cuarto de estar —dijo Alea mientras la ayudaba a ponerse una preciosa bata

de seda color coral.

Cuando Nic salió al cuarto de estar, comprobó que no sólo la aguardaban los aperitivos y los refrescos.

Malik Nuri también estaba allí.

Al verlo se detuvo y se llevó una mano al pecho para comprobar que las solapas de la bata estaban en su sitio.

—He pensado que sería buena idea venir a tomar un té frío contigo —dijo Malik.

Nic no solía mostrarse tímida con ningún hombre, pero aquél la hacía sentirse como si estuviera desnuda ante él. Y lo cierto era que estaba bastante desnuda. Lo único que llevaba puesto era la bata. Él también vestía una bata que dejaba entrever su pecho desnudo y moreno.

—Es tu palacio —replicó, tensa.

Malik alzó las cejas.

—Eso no es lo mismo que decir que te alegras de verme, ¿no?

—Por supuesto que me alegro —dijo Nic, nerviosa por la reacción de su cuerpo ante la mirada del rey —. Sabes que disfruto de tu compañía.

—Y de mis caricias.

Nic tuvo que morderse el interior del carrillo para no reír.

—¿Se te ha ocurrido pensar alguna vez que sigues soltero por lo arrogante y engreído que eres?

Malik sonrió.

—No soy engreído.

—¿Y arrogante?

—No sería un buen sultán si no tuviera cierto grado de confianza en mí mismo.

Capítulo 8

MALIK se levantó, fue hasta un panel que se hallaba en una de las paredes, pulsó unos botones y una popular balada comenzó a sonar por unos altavoces ocultos.

—La otra noche dijiste que te gustaría bailar.

Nic no era capaz de apartar la mirada de sus labios.

—Creía que no bailabas con mujeres.

—No en público. Pero hay muchas cosas que no puedo hacer en público que me encanta hacer en privado —Malik alargó una mano hacia ella—. Ven aquí.

Nic sintió la boca repentinamente seca y se humedeció los labios con la punta de la lengua.

—¿No tienes compromiso para cenar esta noche?

—Ninguno. Soy completamente libre —Malik sonrió—. He pensado que te gustaría esta canción.

—Me gusta.

—En ese caso, ven aquí.

Las piernas de Nic se negaban a obedecer. Se sentía atada al suelo mientras la vocecita de su conciencia le susurraba que no era quien pretendía ser.

—Ven tú aquí —susurró, con la esperanza de que Malik no lo hiciera y se marchara.

Malik rió. Estaba tan seguro de sí mismo, que encontró divertida la insolencia de Nic. En dos zancadas se situó ante ella y la rodeó con sus brazos.

—¿Así, princesa?

Nic se estremeció al sentir la presión de sus muslos, de su firme torso... Cerró los ojos cuando Malik inclinó la cabeza y le apartó la bata del hombro para besarlo.

Debió sentir su estremecimiento, porque volvió a besarla en el mismo sitio a la vez que tomaba en una

mano uno de los pechos de Nic, cuyo pezón se excitó al instante.

Nic ocultó el rostro contra su pecho mientras la música los envolvía, seductora, íntima. Le gustaba sentir sus brazos rodeándola, y el modo en que deslizaba las manos por su tórax, como si estuviera contando cada costilla, hasta que alcanzó sus caderas. Malik sabía cómo hacer que una mujer se sintiera como una mujer, y cuando apoyó las manos en la parte baja de su espalda, Nic pensó que podría seguir así siempre, disfrutando de su cálida fragancia.

Alzó impulsivamente una mano y acarició los prominentes pómulos de Malik. Todo en su rostro era fuerte, todo en sus ojos, misterioso. ¿Qué se sentiría amándolo?, se preguntó mientras un caudal de inesperadas emociones se agitaba en su pecho.

—¿Estás pensando en Lilly? —preguntó Malik inesperadamente.

Nic negó con la cabeza, sintiéndose culpable. Malik debía de pensar que era una madre terrible. Suspiró. Mucho se temía que estaba metida en aquello hasta el cuello.

¿Qué hacía allí? ¿Qué estaba pasando entre ellos? Aquello sólo podía estar abocado al desastre. Repentinamente sofocada, dio un paso atrás para tratar de pensar.

—¿Podemos sentarnos?

—Por supuesto.

Malik se sentó y Nic supo que esperaba que se sentara junto a él, pero sabía que, si volvía a tocarla, estaba perdida.

—Tal vez debería ir a vestirme antes.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

Malik ladeó la cabeza mientras la observaba.

—No puedo creer que te asuste tanto hacer el amor conmigo.

Nic se ruborizó ante su sinceridad.

—Si besaras mal, eso no sería problema.

—Si eso te hace feliz, podría tratar de besarte mal.

—Eso no me haría feliz.

—Veo que es muy difícil complacerte, princesa.

—Sí. Lo sé —Nic sentía que estaba perdiendo la cabeza.

—¿Qué sucede?

—Me temo que estoy desarrollando una doble personalidad.

Malik tuvo que esforzarse para mantener la expresión seria.

—¿De verdad?

—Sí.

—Háblame de ello.

Nic se puso a caminar de un lado a otro.

—Por un lado está Chantal la virtuosa, y por otro está Chantal la impulsiva, que es a la que de verdad le gustas.

—¿Y cuál es el problema?

Nic dejó de caminar.

—Si ni yo misma sé quién soy, ¿cómo vas a saberlo tú?

—Lo sé —Malik alargó de nuevo una mano hacia ella—. Ven aquí.

Nic fue hacia él como atraída por un imán. Malik la tomó de la mano y tiró de ella para que se sentara en su regazo. Los muslos de Nic descansaron sobre los suyos y, aunque ambos llevaban bata, la prenda no bastó para ocultar la excitación de Malik. Al sentir la evidente dureza de éste contra sus nalgas, Nic contuvo el aliento.

—Me perteneces —murmuró él antes de besarla—. Casados o no, reina o amiga —añadió mientras la situaba de manera que sintiera su erección contra el vértice de los muslos—, fuiste hecha para mí, y yo para ti.

Nic no sabía qué decir. Por supuesto que no era suya, pero hacía años que no sentía aquel deseo por nadie.

—¿Haces esto con todas tus esposas? —preguntó, sin aliento.

—Los harenes están pasados de moda —contestó Malik, que a continuación alzó una mano para acariciarle un pecho a través de la seda de la bata.

Si seguía tocándola así, Nic sabía que acabaría haciendo lo que quisiera con ella. Apoyó las manos en sus hombros y cerró los ojos mientras él la acariciaba. Sin poder soportar por más tiempo la

tensión, se arrimó aún más a él.

—Te deseo —susurró débilmente.

—Lo sé —dijo él sin dejar de acariciarla.

Nic sintió que el calor recorría su cuerpo en oleadas. Malik la estaba convirtiendo en una hoguera.

—No, no sabes cuánto te deseo. Sólo crees saberlo... —inclinó la cabeza y la apoyó contra el cuello de Malik para aspirar su delicioso aroma. Olía a todo lo que deseaba en la vida.

«Consérvame a tu lado», susurró una vocecita en su interior. «Consérvame a tu lado para siempre y no me dejes ir nunca». No había experimentado nada parecido desde que había estado con Daniel.

—Creo que sé lo que necesitas —murmuró Malik contra su boca a la vez que la estrechaba aún con más fuerza contra su cuerpo.

Pero por cerca que estuviera, aún no era suficiente. Nic necesitaba sentirse poseída y colmada por él. Desde que estuvo con Daniel había conocido a otros hombres, pero ninguno había despertado su deseo como Malik.

—¿Podemos hacer el amor? ¿Es ilegal mantener relaciones íntimas antes de la boda?

—No es ilegal. Y si lo fuera, cambiaría la ley.

Nic se estremeció contra él. Malik era poderoso, pero nunca utilizaba la fuerza. No necesitaba hablar con aspereza ni utilizar un lenguaje duro. No necesitaba fanfarronadas ni amenazas. Haría cualquier cosa por su gente. Los protegería a toda costa. Y a ella también.

Malik tumbó a Nic en el sofá y se recostó a su lado.

—Estás atrapada. Eres mi prisionera.

—¿Y qué vas a hacerme?

—Voy a hacerte hablar. Quiero saber en qué piensas cuando te quedas tan callada —Malik deslizó un dedo lenta y sensualmente por los labios de Nic—. Quiero saber de qué no hablas.

—¿Por qué tenemos que hablar siempre?

—Porque quiero asegurarme de que sabes lo que estás haciendo. Quiero saber lo que estás pensando. Más vale enfrentarse a los hechos que huir de ellos.

Mientras hablaba, Malik estaba acariciando

delicadamente con la punta de un dedo el interior de una oreja de Nic, y ésta apenas podía pensar.

—De acuerdo. Hazme una pregunta —logró decir.

—¿Qué es lo que nadie sabe de ti?

Nic miró al techo para tratar de alejar las deliciosas sensaciones que estaba experimentando. ¿Qué era lo que nadie sabía de ella? ¿Qué había mantenido oculto durante todos aquellos años?

A Daniel, por supuesto.

Se enamoró de él perdidamente. Trabajaba en el palacio como ingeniero. Daniel construía y reparaba coches de carreras, y su relación estuvo condenada al fracaso desde el principio. Nic sabía que su relación era imposible, a menos que ella renunciara a sus obligaciones como princesa de Melio. Y tal vez habría huido con él de no haber tenido lugar por aquel entonces la boda de Chantal con el príncipe Armand. Aquello le hizo comprender que no podía huir con Daniel mientras su hermana se casaba con un hombre al que no amaba con el fin de proteger el futuro de Melio. El hecho de que Chantal demostrara poseer la fuerza y convicción necesarias para seguir adelante con aquel matrimonio socavó la insistencia de Nic en hacer exclusivamente lo que le apetecía.

Sus ojos se llenaron de lágrimas mientras seguía contemplando el techo de la habitación. Dejar a Daniel le costó mucho esfuerzo y dolor, pero lo hizo.

Sintió la mirada de Malik, que esperaba pacientemente su respuesta.

—No tengo secretos —dijo finalmente—. Mi vida es un libro abierto.

—Sin embargo estás llorando.

—No estoy llorando —replicó Nic, tensa.

—Veo lágrimas en tus ojos. Y tristeza. Perdiste algo que nunca has recuperado.

«Mi corazón», pensó Nic en silencio, mientras ocultaba la sorpresa que le había producido la perspicacia del rey.

—Mis padres murieron cuando tenía diez años...

—Esto no tiene nada que ver con tus padres...

Malik se interrumpió cuando llamaron a la puerta.

—Disculpe la interrupción, Excelencia —dijo Alea en cuanto recibió permiso para entrar—, pero lo

necesitan urgentemente.

Malik se puso en pie de inmediato.

—¿Qué sucede?

—Lady Fátima está muy mal. Han pedido una ambulancia para que venga a por ella.

Nic se acostó tras apenas probar bocado de la bandeja con la cena que le llevó Alea. A pesar de cómo había sido tratada por Fátima, estaba preocupada por ella. Y después de lo que se había visto interrumpido entre Malik y ella sentía que se estaba volviendo loca. Quería hacer el amor, no enamorarse. Quería pasión, no emoción. Quería estar con Malik ya, no comprometerse para el futuro.

¿Por qué le costaba tanto aquello? Había estado con otros hombres antes sin temer enamorarse. ¿Por qué no podía hacerlo con Malik? ¿Por qué no podían mantener una relación cómoda y superficial?

Porque Malik no era superficial, por eso. Era un hombre amable, cálido, digno, y no soportaba la idea de hacerle daño, de decepcionarlo.

Pero hiciera lo que hiciera a aquellas alturas iba a decepcionarlo. Él quería a Chantal y ella era Nic. Él quería un compromiso a largo plazo y ella sólo creía en el momento. ¡Ni siquiera creía en el matrimonio!

Respiró profundamente para tratar de calmarse. Pero le costaba hasta respirar. Estar allí simulando ser otra persona suponía un esfuerzo terrible. Lo que necesitaba era reducirlo todo a una mera atracción física. Quería hacer el amor con Malik. Tal vez fuera tan sólo otra forma de huir de su situación, de sentir algo más que el constante pánico que experimentaba desde que estaba en Baraka. Si hacía el amor, volvería a sentirse ella misma.

Odiaba simular ser Chantal. Si pudiera volver a ser Nic, si pudiera manifestar de nuevo su sentido del humor, su afán de aventuras... Si pudiera dejar de preocuparse por Melio, por sus abuelos, por Chantal y Lilly, por el futuro de Joelle...

Eran demasiadas preocupaciones. Pero si pudiera escapar a ellas durante un rato para poder estar con Malik, para sentir la calidez de su abrazo...

Se mordió los nudillos, desesperada. No le iba a quedar más remedio que irse. No había otra opción. Volvería a su casa, se quitaría el tinte del pelo, contestaría al correo, comprobaría su correo electrónico, volvería a salir...

Y echaría de menos a Malik. Sintió que se le hacía un nudo en la garganta. Le gustaba mirarlo, le gustaba oírle hablar, le gustaba cómo se movía... Le gustaba. Punto.

A la mañana siguiente, cuando salió de sus habitaciones, notó que había una pequeña congregación de empleados del palacio en el vestíbulo. Hablaban en susurros y Nic sabía lo suficiente sobre la vida en palacio como para deducir de inmediato que sucedía algo malo.

¿Estaría grave Fátima? ¿Estaría ya mala antes de su llegada a Baraka?

Sintió una punzada de culpabilidad. ¿Y si se estaba recuperando de alguna enfermedad como el cáncer o la leucemia?

Regresó sigilosamente a sus habitaciones, preocupada por Fátima pero sin saber qué sucedía realmente.

Alea llegó poco después con el café y un mensaje del sultán en el que le comunicaba que, debido al mal estado de salud de Fátima, las clases de la mañana quedaban suspendidas.

Capítulo 9

MALIK estaba sentado junto a la cama de Fátima con expresión seria.

—No comprendo —dijo, confundido y enfadado a la vez.

Fátima volvió el rostro.

—No quiero hablar de ello.

—No tienes más remedio que hacerlo —replicó Malik en tono cortante. ¿Cómo podía haber hecho aquello Fátima?—. En el hospital querían que te quedaras. Tal vez he hecho mal trayéndote de vuelta. Tal vez debería llevarte de nuevo...

—No —Fátima se volvió a mirarlo con lágrimas en los ojos—. No volveré a hacerlo.

Parecía tan pequeña, tan frágil, que la rabia de Malik se esfumó. Quería a Fátima como a una hermana. Habían crecido juntos. Confiaba en ella.

—¿Cómo has podido intentar algo así? ¿Y si no hubiera acudido nadie en tu ayuda? ¿Tan insoportable te resulta tu vida?

Fátima se cubrió el rostro con las manos.

—Perdóname.

—Ayúdame a comprender —al ver que el llanto de Fátima arreciaba, Malik añadió—: He avisado a tu madre. Va a venir con tu hermana desde Nueva York.

—¡No! —Fátima se irguió en la cama e hizo una mueca al sentir náuseas. Le habían echo un lavado de estómago y aún se sentía mal—. Mamá se disgustará mucho y se pondrá furiosa.

—¿Y crees que yo no lo estoy? —Malik no sabía si zarandear a su prima o abrazarla—. Podrías haber muerto.

—Fue un error. Lo supe en el momento en que lo hice. Por eso pedí ayuda.

—¿Pero por qué? ¿Qué te ha empujado a hacerlo?

Fátima miró un momento a Malik a los ojos y luego más allá de él, con expresión ausente.

—Se suponía que ibas a casarte conmigo.

Malik se quedó petrificado, pero sintió con toda claridad el dolor de su prima.

—Explícame eso —dijo, tratando de mostrar una calma que estaba muy lejos de sentir.

—Papá dijo que tú ibas a ser mi marido —contestó Fátima sin atreverse a mirarlo—. Me dijo que debía esperarte.

Malik se devanó los sesos tratando de recordar alguna ocasión en que se hubiera hablado de aquello. Los matrimonios entre primos en Baraka eran algo común y se favorecían porque consolidaban el poder de la familia.

—Se suponía que íbamos a casarnos —murmuró Fátima.

—¿Quién lo suponía?

—Mi familia. La tuya.

—Jamás había oído hablar de esos planes.

—Mi padre me dijo que el tuyo había aceptado. Así se simplificarían las herencias. Fui criada pensando que tú... y yo... —Fátima se mordió el labio, incapaz de continuar.

—¿Y por eso has tomado una sobredosis de pastillas para dormir?

—No entendía por qué tenías que buscar una esposa en otro sitio teniéndome aquí soltera y esperando.

Malik comprendió de pronto. No sólo el dolor que pudiera estar experimentando Fátima, sino también su vergüenza.

En occidente, Fátima aún habría sido considerada joven con sus veinticinco años, pero en Baraka, las mujeres que no se habían casado ya para esa edad eran consideradas unas solteronas. Volvió a sentarse junto a la cama y tomó una mano de su prima entre las suyas. Sabía que siempre había esperado casarse con alguien de la realeza, pero no que ese alguien era él. No era de extrañar que se hubiera mostrado tan resentida con Nicolette. Se había sentido rechazada. Suplantada.

—Perdóname —dijo con sentimiento.

—Te perdono —replicó de inmediato Fátima, y Malik experimentó intensos remordimientos al sentir el temblor de sus manos. Le había hecho mucho daño sin saberlo—. ¿Qué le has contado a mi familia? —añadió

ella sin atreverse a mirarlo a los ojos.

—Sólo que te habías puesto muy mala y que tenían que venir cuanto antes —Malik sintió cierto alivio al poder responder aquello.

—Ah —Fátima apartó su mano de las de él con delicadeza—. ¿Cuándo llegarán?

—Hoy a última hora.

—¿Vas a contarle a mamá... lo que he hecho?

—No —decidió Malik rápidamente, y supo que había tomado la decisión correcta. No había razón para avergonzar aún más a Fátima o a la familia—. Pero debes comprender que lo que has hecho no es aceptable. Sabes que todos te quieren y aprecian aquí. Tu vida es muy importante...

—Por favor... —los ojos de Fátima volvieron a brillar a causa de las lágrimas—. No, por favor. No volveré a intentar nada parecido. Pero me sentía tan avergonzada por lo sucedido en el mercado... Es posible que perdiera a la princesa a propósito. Ya no lo sé...

Malik abrazó a su prima con fuerza. Ver sufrir a cualquier miembro de su familia le hacía sufrir a él.

—La princesa regresó sana y salva. No te preocupes, y deja de culpabilizarte. Ahora debes descansar.

Fátima asintió lentamente.

—Puede que me vaya una temporada a Nueva York con mamá. Tal vez un cambio...

—Yo me ocuparé de todo —Malik la besó en la frente y se levantó—. No tienes nada de qué preocuparte. Sólo descansa. Todo irá bien.

—¿Puedo... pedirte un favor? —al ver que Malik asentía, Fátima añadió—. ¿Podrías plantearte la idea de ir a pasar unos días a Zefd con la princesa... mientras mi madre está aquí? Sería más fácil hacer el equipaje y marcharme a Nueva York sin tener que preocuparme por lo que pudiera decirle mi madre a la princesa Chantal. Sé que le decepcionará averiguar que tú y yo no... —se interrumpió y suspiró—. Mamá también esperaba que nos casáramos, y no sabe nada de tu compromiso con la princesa Chantal.

—Comprendo. Había planeado llevar a la princesa a Zefd dentro de una semana, así que lo único que

habrá que hacer será adelantar el viaje. ¿Te sentirás cómoda explicando mi ausencia a tu madre?

—Sí —Fátima sonrió débilmente—. Y gracias, primo.

Malik pasó personalmente por las habitaciones de Nicolette para decirle que iban a pasar unos días en otra de sus mansiones.

—¿Cómo está Fátima? —preguntó Nic. Malik negó con la cabeza, pero no dijo nada—. Si está enferma, tal vez no deberíamos ir...

—Se recuperará pronto. No quiero que te preocupes. Ya tienes bastantes cosas en la cabeza.

—Pero...

—No. No quiero hablar más de ello. Dile a Alea que te vas a Zefd y que haga el equipaje.

Unas horas más tarde, Nicolette y Malik abandonaban Atiq en un lujoso todoterreno.

—Cuéntame lo que le ha pasado a Fátima, por favor —dijo Nic cuando ya llevaban un rato de camino. Malik parecía especialmente distante y ése debía de ser el motivo.

—No hay nada que contar.

Nic captó el dolor oculto tras las palabras del rey y sintió que su corazón se encogía.

—Sé que la estimas mucho.

—Va a ir a Nueva York a pasar una temporada con su familia. Está de acuerdo en que necesita un cambio.

—¿Y hasta entonces la vamos a dejar sola?

—No estará sola. Su madre y su hermana llegan esta tarde.

Nic asintió lentamente.

—Y tú no querías que me encontrara con tu tía.

—Fátima quería evitar posibles problemas.

—¿Habría supuesto un problema que yo conociera a tu tía?

Malik suspiró.

—Mi tía quería que me casara con mi prima, y Fátima pretende ahorrarte a ti y a sí misma situaciones embarazosas.

Aquello explicaba la hostilidad de Fátima. Debía haberse sentido muy dolida y humillada al tener que ocuparse de ella.

—No lo sabía.

—Yo tampoco —dijo Malik secamente.

Sorprendida, Nic fue a decir algo, pero al ver la expresión de Malik, decidió callarse. Nunca lo había visto tan callado, tan encerrado en sí mismo. Algo horrible debía de haber sucedido la noche anterior...

—Lo siento, Malik. Lo siento de verdad.

—Yo también.

—¿Hay algún motivo especial por el que no podías casarte con ella?

—No la elegí a ella. Te elegí a ti.

Nic sintió una oleada de pánico. Su farsa podía tener consecuencias imprevisibles para otras personas. ¿Cómo afectaría su desaparición a Malik, a Fátima, a la familia Nuri?

—Fátima se recuperará pronto —dijo Malik al sentir la inquietud de Nic—. No te preocupes. Fui yo quien te eligió a ti. Tú no creaste este... problema —la tomó de la mano y se la llevó a los labios para besarla—. Verás cómo te gusta Zefd. Nos vendrá bien pasar unos días en las montañas.

Malik estaba cada vez más convencido de que Nicolette sería una esposa ideal para él, aparte de por lo mucho que le atraía físicamente, por su fuerza de carácter, por su inteligencia y la calidez con que sabía tratar a los demás. Pero lo cierto era que aún no había llegado a conocerla bien, a hablar abiertamente con ella. Nic sabía ocultarse muy bien. Proyectaba tal calidez y encanto hacia el exterior, que uno no se daba cuenta hasta pasado un tiempo de la habilidad con que evadía el terreno personal.

La princesa Nicolette no mostraba fácilmente sus sentimientos. Mantenía oculto su corazón. Pero era su corazón lo que él quería, y en aquellos momentos aún no estaba seguro de tenerlo. Sabía que se sentía atraída por él, pero el hecho de que siguiera manteniendo oculta su verdadera personalidad empezaba a preocuparle. ¿Y si no tenía intención de seguir adelante con la boda? ¿Y si pretendía dejarlo plantado en el altar?

Aquel pensamiento lo inquietó. Deseaba a Nicolette. La necesitaba. Y no tenía ninguna intención de perderla.

Durante el resto del trayecto, para evitar tensiones, Malik se dedicó a hablar de la historia de Baraka y su familia, algo que atrajo lo suficiente la atención de Nic y sirvió para que ambos se relajaran.

En el palacio de Zefd fueron recibidos con todos los honores por la guardia real. Después, Malik llevó a Nic a un jardín amurallado dominado por un enorme cedro que, según explicó, tenía más de trescientos años.

Se sentaron a la sombra del árbol y un criado les sirvió de inmediato un delicioso té frío. Malik siguió hablando de la historia de Baraka, de los muchos problemas con que se habían encontrado sus gobernantes en el pasado por no querer adaptarse a los cambios que experimentaba la sociedad.

—También resulta peligroso adaptarse a los cambios, por supuesto —dijo, pensando en el intento de asesinato que había sufrido—, pero todos nos enfrentamos al peligro en algún momento de nuestras vidas. El secreto consiste en ser consciente del peligro, en conocer cuáles son los puntos vulnerables y en abrazar por encima de todo la verdad y la vida para seguir adelante —tras contemplar un momento a Nic, que lo estaba escuchando encantada, se puso en pie y la tomó de la mano para que hiciera lo mismo—. Aún pareces acalorada y cansada, *laylah.* Deja que te acompañe a tus habitaciones. Te alegrará saber que cuentas con tu propia piscina privada.

Efectivamente, Nic se alegró de poder relajarse nadando un rato antes de cenar. Tenía que reunirse con Malik en uno de los patios amurallados del palacio. Los empleados del palacio habían organizado una cena especial para la princesa y Nic disfrutó de la fiesta... sobre todo porque sólo había dos invitados: Malik y ella.

En medio del patio ardía una gran hoguera y se había alzado una elegante tienda semicerrada para preservar la intimidad del sultán.

Malik se sentó junto a Nic sobre una gruesa alfombra roja y comieron cordero asado, alcachofas,

arroz con azafrán e incontables dulces antes de recostarse contra los innumerables cojines que tenían a sus espaldas para disfrutar del espectáculo de la tarde: un malabarista que también arrojaba fuego por la boca, varios cantantes de gran talento y bailarines tradicionales.

Nic disfrutó enormemente con todo ello. Le encantaba cenar fuera, disfrutando de la luz y el calor del fuego, del talento de aquellos exquisitos artistas, rodeada de la sensual belleza del palacio.

—Si fuera de Baraka, aquí sería donde querría vivir —dijo mientras contemplaba soñadoramente el fuego—. No puedo explicarlo, pero me siento como si este fuera mi... hogar.

Malik la miró atentamente.

—Dices cosas asombrosas cuando menos lo espero.

Nic sonrió. Se sentía agradablemente relajada y un poco adormecida.

—¿Qué he dicho?

—Este es mi hogar espiritual —dijo Malik a la vez que señalaba a su alrededor—. Cada vez que tengo dudas, suelo venir aquí.

—¿Dudas sobre qué?

—Sobre mi habilidad para dirigir el país. Y también para encontrar el equilibrio entre mis necesidades y las de mi gente.

Al mirarlo, Nic vio que la expresión de Malik se había ensombrecido. Tenía un rostro tan noble, que le dolía ver cómo reflejaba su lucha interior. Sintió que su corazón se encogía y la intensidad de su emoción la desconcertó.

Se suponía que no debía preocuparse tanto por él. Se suponía que no debía admirarlo. Se suponía que no debía desearlo.

No debería haber acudido a Zefd. No debería haberse enamorado de sus montañas rojizas, de los muros rosados del palacio, de los nudosos árboles que parecían crecer en medio de las rocas. No debería haberse enamorado del modo en que la brisa mecía las hojas de las palmeras. No debería estar sentada sobre una alfombra junto al fuego comiendo arroz con sus dedos y sintiéndose en paz por primera vez en años...

Aquello no podía estar sucediendo. No podía

enamorarse del Malik, ni de su desierto, ni de su reino. Era un hombre demasiado conmovedor, demasiado poderoso. Trastocaría su vida de arriba abajo. Esperaría que renunciara a todo lo que atesoraba en su corazón, incluyendo su libertad y su querida familia.

Sus ojos se llenaron de lágrimas y sintió que apenas podía respirar.

—Estoy agotada —dijo, abrumada por las emociones que la embargaban.

Malik se puso en pie de inmediato.

—Te acompaño.

—No hace falta —Nic trató de ignorar la sensación de pánico que nuevamente empezaba a apoderarse de ella—. Tienes docenas de sirvientes que pueden acompañarme hasta mis habitaciones.

—Lo sé. Yo pago sus salarios —Malik sonrió irónicamente—. Pero yo soy el sultán y tú, *laylah,* mi princesa.

Acompañó a Nic hasta sus habitaciones, abrió la puerta y se asomó al interior para asegurarse de que todo estaba en orden.

—¿Necesitas algo?

—No, gracias.

Cuando Malik salió de la habitación tras darle las buenas noches, Nic se apoyó contra la puerta, deseando con todo su ser que se hubiera quedado. Necesitaba estar con él. Necesitaba estar cerca de él. Aunque nunca llegaran a hacer el amor, quería pasar una noche entre sus brazos.

Estaba desvistiéndose cuando llamaron a la puerta. Al abrirla se encontró con Malik. A pesar de que sólo hacía unos momentos que se había ido, se alegró inmensamente de verlo.

—¿Te has perdido?

Malik sonrió.

—He olvidado algo.

—¿Qué?

Cuando la rodeó con sus brazos y la atrajo hacia sí, Nic sintió la dureza del cuerpo de Malik contra cada curva del suyo. Cuando inclinó la cabeza para besarla, cerró los ojos.

—Esto —murmuró él contra sus labios.

—¿Has vuelto por un beso?

—¿Qué es más importante que el amor? —Malik deslizó con delicadeza un dedo por la pequeña y recta nariz de Nic.

Ella se estremeció a la vez que pensaba en sus palabras. Amor. Pero no debía referirse al amor en el sentido occidental, tal y como ella lo conocía. En Baraka los matrimonios eran concertados. Nadie se casaba por amor. Había una forma de hacer las cosas. El novio pagaba una *sedaq* a la familia de la novia y la novia una dote al novio. En su caso, esa dote eran los puertos de Melio.

—No sé —contestó, tensa, mientras Malik seguía tocándola, explorando con su mano la columna de su cuello y el cabello que acababa de soltarse.

—Tienes un pelo precioso —dijo él—. Me alegra que no seas rubia. Creo que el pelo negro es mucho más atractivo. Supongo que nunca habrás querido ser rubia, ¿no?

Nic sintió que se le secaba la boca.

—Creo que no me sentaría mal del todo. Además, es sólo un color. El rostro sería el mismo. Los ojos. La nariz...

—Los labios —interrumpió Malik, que a continuación le dio beso un beso ardiente, hambriento.

—¿Puedes quedarte a pasar la noche? —susurró Nic contra su boca mientras él le acariciaba un pecho por encima de la bata, incendiando sus nervios, su piel, su imaginación.

—Anoche nos interrumpieron.

—Es cierto —asintió Nic, y entonces recordó la causa de la interrupción. Sintió una punzada de remordimiento y vio cómo se ensombrecía la expresión de Malik—. Lo siento. Por ella, por ti...

—Aprecio tu sensibilidad, pero en este caso no tienes nada de qué disculparte. Siempre he sabido que podía casarme dentro de la familia, pero la idea nunca me atrajo —Malik apoyó una mano bajo al barbilla de Nic y al besarla notó que le temblaban los labios—. A Fátima le sentará bien ir una temporada a los Estados Unidos. Tiene muchos familiares en Nueva York y en Washington. Estoy seguro de que con el tiempo encontrará el hombre adecuado para ella.

—Eso espero —susurró Nic, insegura. Si Fátima amaba realmente a Malik, no iba a resultarle fácil olvidarlo.

—Estábamos hablando sobre esta noche —dijo él.

Nic apoyó ambas manos en su pecho.

—Sí.

—¿Quieres que la pase aquí?

—Sí —Nic estaba empezando a desabrochar la blusa de Malik cuando recordó un detalle crucial. En cuanto la viera desnuda, Malik se daría cuenta de que no era una morena natural. El pelo del resto de su cuerpo era totalmente rubio—. Pero si no te parece adecuado, podemos pasar la noche juntos... sin hacer el amor.

—¿Te preocupa no poder pasar una noche conmigo sin desear hacer el amor?

Nic rió, avergonzada, divertida. Malik era muy divertido para ser sultán. Y muy sexy.

—Tienes una asombrosa seguridad en ti mismo.

—Es lógico. Se me da muy bien.

Las cosas empezaban a ponerse interesantes.

—¿Hasta qué punto?

Malik rió.

—¿Hasta qué punto crees tú?

—Se supone que soy virgen —contestó Nic remilgadamente, a pesar del rubor de sus mejillas, de la cálida languidez que recorría su cuerpo.

—Creo que la cultura occidental ha tenido todos los nacimientos de vírgenes que puede soportar. Tienes una hija. Estoy seguro de que nunca lograrás restaurar esa virginidad.

—De manera que podemos hacer algo esta noche... pero no todo —Nic había empezado a desabrochar la blusa de Malik y su deseo aumentaba con cada botón—. ¿Qué te satisfaría?

Él la miró con expresión ardiente.

—Tú.

Nic se sentó en el borde de la cama.

—¿Y qué es lo que más le gusta de mí, Excelencia?

—Tu boca. Tus manos. Tu mente.

Nic estuvo a punto de tumbarse y pedirle que la tomara allí mismo sin preocuparse por las consecuencias. Nadie le había dicho nunca que le gustaba su mente.

—¿Te gusta mi mente más que mi cuerpo?

—Adoro tu mente.

—¿Por qué?

—Es perspicaz y divertida. Tú eres divertida. Lo paso de maravilla mirándote, preguntándome qué vas a hacer a continuación. Eres muy atrevida.

¿Qué había querido decir con aquello? ¿Qué sabía?

—¿Lo dices porque voy a casarme contigo, que eres un desconocido?

Malik rió con suavidad y Nic sintió que se derretía al oírlo.

—Nunca admitirás la verdad, ¿no?

—¿Qué verdad?

Pero Malik no iba a responder a aquella pregunta.

—Da igual. No tiene importancia. Y ahora será mejor que te deje dormir —se inclinó y besó a Nic con delicadeza en la boca—. *Tasbah ala khir.* Buenas noches. Que tengas felices sueños.

—¿No vas a quedarte? —preguntó ella, decepcionada.

—No —dijo Malik con pesar y volvió a besarla lentamente—. No serías capaz de mantener las manos alejadas de mí y yo no sería capaz de mantener mi boca alejada de ti. Y me encanta besar, *laylah.* En todas partes.

Malik regresó al patio en que habían cenado, donde el fuego aún seguía encendido.

Sus guardias de seguridad insistieron en quedarse con él, y Malik sabía que era por su propio bien, pero aquella noche necesitaba espacio.

Recordó a los guardias que estaban encerrados entre las paredes del palacio, una fortaleza que nadie había logrado conquistar en quinientos años.

—Si no estoy a salvo aquí, ¿dónde voy a estarlo?

Los guardias rieron porque se suponía que debían hacerlo y se retiraron. Finalmente a solas, los pensamientos de Malik se desbocaron.

Pensó en Nicolette y supo que había encontrado la horma de su zapato. Pensó en Fátima, en su pesar y su vergüenza. Si hubiera estado al tanto de sus expectativas de antemano, habría hecho lo posible por encontrarle un marido adecuado. Pero Fátima nunca había querido casarse. Le había dicho muchas veces que prefería quedarse soltera a casarse con un

desconocido y tener que abandonar el palacio.

Pensó en su hermano pequeño, Kalen, que había optado por cortar sus lazos con Baraka y convertirse en ciudadano del Reino Unido. Malik nunca lo había entendido, pero lo aceptaba.

Al principio se puso furioso con él, pero después del intento de asesinato había llegado a comprender los temores de su hermano.

Kalen no quería verse atrapado en el mundo de la política. Era un hombre de negocios al que le apasionaba su trabajo y que sentía que había encontrado su verdadero hogar en Londres. Todo el mundo merecía ser feliz, y si Kalen había encontrado esa felicidad en Londres, ¿quién podía criticarlo?

El intento de asesinato del invierno anterior también había hecho que Malik se viera forzado a reconocer todas las ventajas de que disfrutaba en la vida: dinero, prestigio, educación, poder, respeto. En realidad le habían sido negadas muy pocas cosas. Mirando atrás debía reconocer que había vivido a lo grande, que había amado sin reparos y que no se arrepentía de nada.

Pero aquello no era completamente cierto. Se arrepentía de haber esperado tanto para buscar esposa. Quería un hijo. Necesitaba un hijo. Necesitaba un heredero en caso de que sucediera lo impensable. Y lo cierto era que lo impensable sucedía a diario en el mundo. El rey Malik Roman Nuri tenía puesto precio a su cabeza. Ya había habido un intento de asesinato y Malik sabía que habría otro. Era sólo cuestión de tiempo.

Se agachó junto al fuego y contempló las llamas mientras dejaba que el humo lo rodeara e invadiera su nariz, haciéndole recordar sus años de juventud.

El sonido de unos pasos llamó su atención y al volverse vio que Nicolette avanzaba hacia él. Vestía una de las tradicionales batas de Baraka.

—¿Has llegado a acostarte? —preguntó ella cuando estuvo junto a él.

Malik se irguió.

—No.

—¿Estás pensando en Fátima?

—Estoy pensando en muchas cosas —Malik miró a lo alto. El cielo estaba tachonado de estrellas. Allí,

en medio de aquellas montañas, sentía que formaba parte del viento, del sol, de la arena, del aire mismo. Allí no era rey ni sultán, sino un hombre común y corriente. Suspiró y se pasó una mano por el pelo—. Hecho de menos esta vida. No salgo lo suficiente de la ciudad. De joven solía pasar aquí las vacaciones con mi hermano y mis primos y disfrutábamos como locos. Ahora todos viven fuera de Baraka, pero yo nunca podría llamar hogar a otro sitio.

—No tendrías por qué hacerlo. Éste es tu país. Naciste y te criaste aquí...

—Tú naciste y te criaste en Melio y sin embargo es posible que te veas obligada a marcharte.

—Hace tiempo que lo sé —respondió Nic tras un largo momento—. En cuanto nos dimos cuenta de la situación comprendimos que podía suceder.

—¿Y eso no te rompe el corazón?

—Uno hace lo que debe hacer.

—Siempre podrías rebelarte.

—No soy ninguna santa. Me he rebelado en muchas ocasiones.

—Sin embargo estás aquí ahora.

—Quiero lo mejor para mi familia.

Malik alzó una mano y acarició la mejilla de Nic.

—¿Y no lo quieres para ti?

—Necesito muy poco.

—Podrías equivocarte.

Nic se sintió de pronto como si Malik le hubiera quitado una máscara, dejando expuesto su verdadero ser. Quería que volviera a acariciarla, que la rodeara con su fuerza.

Se apartó de él. Malik necesitaba una esposa. Creía que había encontrado a su reina. Sin embargo, ella tenía intención de dejarlo en unos días.

Malik la tomó de los hombros para que no se apartara.

—Vuelvo a percibir tristeza en tu mirada. La soledad del desierto parece haberse apoderado de ella.

—No me siento sola —mintió Nic.

—Llevas demasiado tiempo sola —Malik inclinó la cabeza y la besó en la frente—. Tal vez sea el pago que te exige el destino por ser una princesa tan

guapa. No hay otra tan guapa como tú...

—Malik...

—Has vivido encerrada en tu torre de marfil.

—No. No he vivido así. No soy... —Nic se interrumpió, incapaz de seguir.

—¿Qué no eres? —preguntó Malik con delicadeza a la vez que volvía a apoyar una mano en su mejilla.

Nic apoyó una mano en la de él y al ver su compasiva mirada sintió que ya la había perdonado por su engaño. Pero no era posible. Malik no sabía la verdad... no podía saberla... ¿o sí?

—¿Podemos sentarnos? —las piernas de Nic habían empezado a temblar a causa del temor y el cansancio. Sabía que debía empezar a hablar. De lo contrario iba a ahogarse.

Malik se sentó en la mullida alfombra que había extendida ante la tienda y ella se sentó a su lado.

—Estoy preocupada por el futuro —murmuró—. Estoy preocupada por Melio, por mis abuelos, por Lilly...

—Y por nosotros. Estás preocupada por nosotros.

—Así es.

La expresión de Malik se tornó repentinarnente cautelosa. Asintió lentamente.

—Yo también estoy preocupado por el futuro.

Nic percibió el peso del mundo en su voz y rogó no ser ella la causa de su infelicidad.

—¿Por qué?

—No creo en el divorcio. No quiero casarme para divorciarme.

Capítulo 10

DE manera que dudaba de ella.

—No soy lo suficientemente moderno como para que nos casemos y vivamos separados como suelen hacer algunos miembros de la realeza —añadió Malik.

—Si nos casáramos, yo tampoco querría vivir separada de ti.

—«Si» nos casamos —repitió Malik—. Eso significa que aún no te has decidido.

Nic quiso protestar, pero se le había quedado la mente en blanco y, durante unos segundos, se limitó a mirarlo. Finalmente, alargó una mano y la apoyó con delicadeza sobre la de Malik.

—Quiero estar contigo.

—¿Sólo esta noche, o para siempre?

Nic sabía que, si contestaba sinceramente y decía que sólo esa noche, no habría tal noche. Y si mentía y decía que para siempre, obtendría su noche, pero no para siempre.

No había forma de ganar.

—Me asusta el matrimonio. Me aterroriza.

—¿Por Armand?

—Yo... nunca quise casarme —Nic ya se sentía incapaz de seguir siendo Chantal y ella misma. Sólo podía ser ella misma. Sólo podía hablar por sí misma —. Jamás fantaseé con casarme y tener hijos, como Joelle y... —se interrumpió—. Cuando maduré, comprobé que el cuento de hadas sólo es un cuento. Una vez casada renuncias a tu libertad. Ya no puedes estar con otros, no puedes seguir diferentes caminos...

—¿Pero cuántos caminos diferentes podrías elegir? Tus opciones como princesa Ducasse son muy limitadas —dijo Malik—. Además, yo no me sentiría limitado. Cuando era joven, disfrutaba siendo soltero, pero ahora sé lo que quiero.

—Pero lo que quieres no soy yo. En realidad no.

—Claro que sí.
—Por Melio y sus puertos en el Mediterráneo.
—Inicialmente.
El corazón de Nic latió con más fuerza.
—¿Qué es lo que quieres de mí?
—Todo.
—Porque soy princesa...
—Porque eres lista, animosa, independiente, interesante.
Nic no supo cómo responder a aquello. ¿Qué se suponía que debía pensar... sentir?
—Pero no te casarías conmigo si no fuera una Ducasse.
—Ni tú conmigo si no fuera un Nuri.
Nic comprendió que por aquel camino no estaba llegando a ninguna parte.
—No veo cómo podría funcionar nuestro matrimonio. Ambos somos tan fuertes y estamos tan aferrados a nuestras ideas...
—¿Crees que sería mejor un matrimonio entre una persona fuerte y una débil? ¿Crees que estaríamos mejor siendo una pareja sin emociones?
Nic miró a Malik a los ojos. ¿De verdad estaba dispuesto a aceptarla como era?
—¿De qué tienes miedo? —añadió él—. Y no me digas que del sexo, porque sé que no es así.
—El matrimonio es una trampa para una mujer.
—Eso no se cierto.
—Eres hombre y no puedes saberlo.
—Soy un hombre y jamás pondría una trampa a una mujer.
—Ni siquiera es algo que decidan los hombres. Simplemente sucede. Matrimonio... maternidad... hijos. Todo eso cambia a una mujer. Cambian sus prioridades... se ve obligada a cambiarlas.
—¿Y eso es tan malo?
—Lo es si valoras tu libertad.
—¿Y tu libertad es tan valiosa?
Nic suspiró.
—Lo es para mí. Tú me cortarías las alas y yo acabaría odiándote por ello.
Malik se llevó su mano a la boca y la besó.
—El odio es una palabra muy fuerte.
—El odio es un sentimiento muy intenso —replicó

Nic.
—Entonces, ¿conoces el odio?
Nic sabía que estaba diciendo cosas que no tenía intención de decir, pero no podía contenerse.
—En una época amé a alguien, pero la relación era imposible. Negar mi amor fue muy duro. Me cambió. Algo se rompió en mí.
—Tu corazón.
Nic se encogió de hombros, incómoda.
—Me llevó años asumir mi ruptura con Daniel. El amor no se olvida de la noche a la mañana. Tuve que esforzarme mucho. Hubo días en que pensé que no podría superarlo sin descolgar el teléfono para llamarlo.
—¿Y lo hiciste?
—No. Pero quería hacerlo.
—¿Qué pasó?
—Al cabo de un año fui capaz de empezar a alejar el dolor a base de salir cada noche de la semana. Ya no soy ninguna niña inocente, Malik. He vivido lo suficiente como para saber cómo funciona el mundo de las relaciones. Antes o después querrás que sea algo o alguien distinto a quien soy.
—Puede que tu primer matrimonio fuera malo, pero tus padres fueron felices. Todo el mundo sabe cuánto se querían.
—Mamá no debería haber renunciado a su profesión de cantante. No debería haberlo hecho.
—Si quería estar con tu padre y tener familia, no es de extrañar que lo hiciera.
—Exacto. Puede que ahora no lo sepas, pero acabarías por darte cuenta de que no soy lo que necesitas y tratarías de cambiarme. Sucede todo el tiempo. La gente se enamora y luego descubre que lo que tiene no le satisface tal y como es...
Malik observó a Nic un largo momento antes de ponerse en pie. Alargo una mano hacia ella.
—Creo que necesitamos cambiar de escenario. Vamos.
Tras recorrer varios pasillos entraron en una habitación. Nic se quedó paralizada al ver que se trataba de un lujoso dormitorio.
—¿Dónde estamos? —preguntó mientras Malik cerraba la puerta.

—En mi dormitorio —Malik se acercó a ella y tomó su rostro entre las manos—. Te deseo. Y puedes confiar en mí, *laylah.* No te decepcionaré.

Nic tuvo que hacer un esfuerzo por contener las lágrimas. Sabía que Malik se estaba refiriendo a Armand, a la horrible vida que había llevado en La Croix. Pero ella no era Chantal y, comparada con la vida que había llevado ésta, la suya había sido un camino de rosas.

Pero no logró contener sus emociones. Le encantaba que Malik la abrazara, le encantaba sentir su fuerza rodeándola. Alzó los labios hacia él, anhelando sentir cómo los tomaba en los suyos. A pesar de su fuerza e independencia, necesitaba sentirse conectada a él, unida a él.

Cuando Malik la besó, ella presionó su cuerpo contra el de él y suspiró de placer al sentir la dura evidencia de su deseo.

Él alzó la cabeza y sonrió.

—¿Sienten todos los hombres lo mismo por ti?

—¿A qué te refieres?

—A si sienten que no pueden vivir sin ti, que la vida sin ti no merece la pena —murmuró Malik mientras cubría con una mano uno de los pechos de Nic.

A pesar de estar derritiéndose, ella trató de pensar.

—No creo que ésa sea la reacción habitual de los hombres conmigo.

—¿Y ése al que amaste hace años? ¿Cómo se llamaba? ¿Daniel?

—Sí.

Nic trató de no gemir cuando Malik le hizo entreabrir las piernas con un muslo y apoyó éste contra su sexo, haciendo que una marejada de placenteras sensaciones recorrieran su cuerpo.

Lo mismo podría haber estado desnuda. Sentía la calidez de la piel de Malik contra la suya y notó cómo aumentaba la temperatura de su cuerpo mientras él seguía acariciándole los pechos.

Se arqueó hacia él, temblorosa, anhelando sentir sus manos sobre su piel desnuda, en su vientre, en sus caderas, entre sus piernas.

—Apaga la luz, por favor —susurró.

Malik la desnudó en la oscuridad sin dificultades, pues Nic sólo llevaba puesto un delgado camisón de algodón cubierto por la chilaba.

Ninguno de los dos habló mientras él la acariciaba como si tuviera todo el tiempo del mundo. Todo su placer parecía centrado en explorarla, en reconocer cada curva de su cuerpo. Sus labios siguieron a sus manos en su exploración, pero cuando se arrodilló ante ella, Nic dio un paso atrás.

—Eso no —protestó—. Todavía no.

Él la besó en el interior de un muslo.

—No voy a hacer eso. Todavía —susurró él mientras apoyaba una mano tras uno de los muslos de Nic y la deslizaba hacia arriba hasta sus nalgas para luego descender lentamente hasta su tobillo.

Para cuando alcanzó los dedos de sus pies Nic se sentía deliciosamente despierta y revitalizada, con los sentidos alerta, anhelante.

Malik se puso en pie, se desnudó rápidamente y luego la tomó en brazos para tumbarla en la cama. Nic suspiró en respuesta al roce de sus cuerpos desnudos, consciente de cosas que tal vez no habría sentido si la luz hubiera estado encendida.

En cuanto Malik la dejó en medio de la enorme cama, ella lo rodeó con los brazos para atraerlo hacia sí. Al sentir su rígido miembro presionado contra sus muslos le ofreció su boca. Cuando Malik la besó, ella pudo percibir el olor a humo de su pelo, el sabor a menta de su boca. Después, ansiosa por sentirlo en su interior, separó las piernas para él.

Malik la penetró lentamente, con sorprendente control, asegurándose de darle tiempo para acostumbrarse a su tamaño. Nic no se dio cuenta de lo bien dotado que estaba hasta que la sensación de plenitud fue casi insoportable.

Contuvo el aliento y aferró con fuerza los antebrazos de Malik para facilitar sus movimientos. Entonces, él la besó y deslizó las manos bajo su trasero para hacerle alzar las caderas, permitiendo que se acomodara mejor a él.

Se movió despacio, rítmicamente, hundiéndose en ella lenta pero profundamente. Nic disfrutó acariciando la delicada piel de su espalda y

trasero.

Malik ya parecía comprender su cuerpo íntimamente y ella agradeció que no se precipitara, aunque con cada empujón anhelaba que llegara el siguiente.

—Despacio —susurró al sentir que estaba al borde del clímax—. No quiero que esto acabe...

Se interrumpió y cerró los ojos para tratar de contener los primeros temblores de su cuerpo. No quería que aquella noche acabara, pero sus músculos y sus nervios estaban demasiado tensos, y Malik la estaba empujando más y más hacia un camino sin retorno.

Lo besó casi con desesperación. Nunca había sentido que encajara tan bien con nadie. Pero era imposible hablar. Las palabras eran imposibles. Malik estaba reclamándola suya y sus movimientos se volvieron más rápidos y urgentes, en un silencioso acto de posesión que acabó haciendo perder el control a Nicolette mientras una contracción tras otra se adueñaban de su cuerpo.

Malik alcanzó el orgasmo a la vez que ella, que sintió cómo se estremecía entre sus brazos mientras trataba de contener su pasión. Los ojos se le llenaron de lágrimas mientras lo abrazaba con firmeza y sentía los fuertes latidos de su corazón.

Habían hecho el amor de una manera sencilla, elemental, y, sin embargo, aquella había sido la experiencia más satisfactoria que había tenido en su vida. Nunca se había sentido tan cercana a alguien, tan amada.

Malik giró de manera que ella quedó acunada contra su pecho. Permanecieron largo rato en silencio mientras sus respiraciones se sosegaban.

—¿Ha ido todo bien? —susurró ella finalmente.

—Sí. ¿Y para ti? —preguntó Malik con voz ronca.

Nic suspiró y sonrió en la oscuridad.

—Me ha parecido asombroso. Nunca había sentido nada parecido.

—Me alegra haberte dado placer.

Nic se irguió sobre un codo y trató de ver el rostro de Malik en la penumbra reinante.

—No ha sido sólo placer. Ha sido... más que eso. Me has dado... —ni siquiera sabía cómo expresarlo, pero sí sabía que juntos eran perfectos. Nunca en su

vida había sentido que nada fuera más adecuado para ella.

—¿Sí?

Pero Nic no logró encontrar las palabras. En lugar de ello inclinó la cabeza y besó a Malik con infinita ternura.

—Eres maravilloso —susurró a la vez que deslizaba una mano por su pecho.

—No lo soy.

—Sí lo eres.

—Tengo la nariz demasiado grande —protestó él mientras acariciaba con un dedo uno de los pezones de Nic.

Ella sintió que su útero se contraía de placer.

—No es cierto —dijo mientras trataba de ignorar la corriente eléctrica que parecía recorrerla, la humedad entre sus piernas, el deseo volviendo a agitarse en su interior.

—Tengo la boca demasiado grande —añadió Malik a la vez que tiraba de ella con delicadeza para que se sentara a horcajadas sobre él.

Nic se estremeció al sentir su poderosa erección deslizándose contra la cálida y deslizante carne de su sexo. Era asombrosa la velocidad con que se había recuperado.

—Son los mejores labios que he besado —murmuró roncamente.

—Y los últimos que besarás —contestó él mientras deslizaba las manos para entreabrir los labios de su sexo.

Nic no pudo ni quiso hacer nada por impedir que disfrutara de ella como quisiera. Las caricias de Malik exigían confianza, y su habilidad iba más allá de lo que nunca había conocido.

Cuando Malik volvió a deslizar su erección contra ella, Nic cerró los ojos y empezó a ver estrellitas blancas a causa del placer y la intensidad de las sensaciones que la embargaban. Podía sentir la tensa y sedosa cabeza de su miembro deslizándose a lo largo de su hendidura y se retorció para tratar de tomarlo en su interior.

Pero Malik no la penetró. En lugar de ello, la besó en un hombro mientras la abría aún más con sus manos.

—¿Qué me estás haciendo? —preguntó Nic, jadeante.

—Estaba recordando una conversación que tuvimos —Malik retiró una mano y la deslizó entre sus cuerpos. Luego, muy despacio, introdujo un dedo en el cálido y rezumante sexo de Nic, que palpitó en torno a éste. Pero el sensual contacto no sirvió para aliviarla.

—¿Recuerdas nuestra conversación sobre los hombres, las mujeres y el sexo? —preguntó él.

Nic movió las caderas casi con desesperación. Necesitaba algo más que el dedo de Nic en su interior.

—No —logró decir.

—Dijiste que, según tu experiencia...

—No puedo hablar —interrumpió Nic, que se sintió totalmente perdida cuando Malik sacó el dedo de su ardiente sexo—. Ni siquiera puedo pensar.

Malik la alzó por el tórax y atrajo su torso hacia sí para deslizar la lengua desde su ombligo hasta su esternón, evitando por completo sus pechos.

—En ese caso te ayudaré a recordar. Me dijiste que la mayoría de los hombres no tienen ni idea de cómo tocar a una mujer.

Nic cerró los ojos con fuerza. Oh, no. Aquello no. No aquella conversación...

—Malik...

Él volvió a deslizar repetidas veces su rígido miembro contra ella.

—¿Te importaría ayudarme, princesa? —dijo en un tono asombrosamente coloquial—. ¿Dónde está exactamente el clítoris?

Nic sintió que iba a enloquecer. Todo el cuerpo le ardía y palpitaba.

—Retiro mis palabras —dijo, desesperada—. Por favor...

Entonces Malik localizó el centro de su placer con la punta del dedo.

—¿Me estoy acercando?

—Deja de hablar —dijo ella, jadeante.

Malik dejó de acariciarla.

—Me temo que no sé muy bien lo que hacer...

Nic se inclinó hacia él y cubrió su boca en un beso desesperado.

—Claro que lo sabes. Lo estás haciendo... ¡y me

estás volviendo loca!

Malik le devolvió el beso y a continuación la tomó por las caderas y la alzó para luego dejarla caer lentamente sobre su sexo, que fue recibido con auténtico fervor por la palpitante carne de Nic. Luego la atrajo hacia sí de manera que sus pezones le rozaran el pecho y sus vientres quedaran unidos. Nic estaba tan caliente y húmeda, que se estaba derritiendo por dentro. Finalmente se entregó por completo a él.

Malik había capturado por completo su corazón, su cuerpo y su alma, y el orgasmo fue espectacular.

Había encontrado el amor. Había encontrado su media naranja.

Nic no recordaba haberse quedado dormida después de hacer el amor por segunda vez, pero cuando despertó estaba amaneciendo.

Se estiró adormecida y Malik la besó en la frente.

—Ahora eres mía —dijo con voz ronca—. Sólo mía.

—Mmm —Nic se acurrucó contra él—. Ya lo sé.

—Ya no va a haber más dudas sobre la boda.

—No —contestó Nic de inmediato, y de pronto vio la luz. No había motivo para que no se casara con Malik. Debía hacerlo. Era lo correcto para todo el mundo; su familia, Melio, y la economía del país—. Me alegra que sólo falten seis días para la boda.

—Ya sólo son cinco.

—Estoy deseando que llegue.

—¿Estás segura?

—Sí —Nic rodeó con los brazos el cuello de Malik mientras imaginaba la ceremonia en Atiq. Llevaría uno de los vestidos que habían hecho para ella, Malik estaría guapísimo llevara lo que llevase y todo sería perfecto.

Excepto por un pequeño detalle: Lilly.

—Quiero que venga Lilly. Tiene que estar aquí.

—Así será.

—Pero es posible que sus abuelos, los Thibaudet, no quieran dejarla venir.

—La dejarán —Malik la besó en la frente—. No te preocupes, *laylah*. Yo me ocuparé de todo.

Capítulo 11

NIC se estiró y suspiró, satisfecha. Aquello sí que había sido auténtico sexo. Una sola noche y Malik ya la había estropeado para siempre.

Al abrir los ojos lo vio de pie junto a la cama, mirándola.

—Estás vestido —dijo con una sonrisa a la vez que se erguía.

—He estado en el despacho un par de horas, pero vengo a desayunar en la cama —Malik señaló una bandeja que había en la mesilla de noche con café y pastas. Se sentó en el borde de la cama y besó a Nic en los labios—. ¿Cómo te sientes? Espero que no hayas cambiado de opinión respecto a la boda.

—No, ¿y tú?

—Desde luego que no. Y he tenido una idea al respecto.

—¿Qué idea?

—Creo que deberíamos casarnos en Melio.

Aquello era lo último que esperaba oír Nic.

—¿Casarnos en... Melio? Pensaba que íbamos a celebrar aquí una boda tradicional televisada para tu pueblo.

—La televisaremos desde Melio.

—Podría suponer demasiada tensión para mi familia. Mis abuelos no están muy bien y...

—Precisamente por eso será mejor que vayamos allí. Así no tendrán que viajar.

—Podríamos ir a verlos... después de la luna de miel —dijo Nic, asustada—. Además, imagínate el lío de preparativos que supondría. Las bodas reales son todo un acontecimiento en Europa.

—Ya me he ocupado de todo.

—¿Qué quieres decir? —Nic sintió la boca repentinamente seca.

—Cómo le he dicho a tu abuelo hace un rato...

—¿Qué?

Malik ofreció a Nic una taza con café.

—Será mejor que bebas algo. Estás un poco pálida y probablemente necesites azúcar.

Nic obedeció automáticamente.

—No entiendo nada.

—Eres una mujer viuda, no divorciada. Tienes derecho a una segunda boda por todo lo alto, de manera que esta mañana me he puesto a hacer llamadas nada más levantarme. Primero he llamado a tu abuelo y luego he ordenado que todos los preparativos se trasladen de Atiq a Porto Terza.

—¿Qué le has dicho a mi abuelo?

—Que estabas aquí y que habías aceptado casarte conmigo.

—¿Quién le has dicho que era?

—¿Tú que crees?

Nic terminó de un trago su café.

—Le has dicho que era Chantal.

—Sí.

—¿Y qué ha dicho el abuelo?

—Que no era posible porque Chantal está en La Croix y acababa de hablar con ella.

Nic miró a Malik a los ojos.

—¿Qué estás pensando ahora mismo?

—Que tengo una princesa impostora.

Nic dejó la taza en la mesa cuidadosamente. Al menos no parecía enfadado.

—Soy una princesa Ducasse.

—Pero no eres Chantal, sino Nicolette.

Nic asintió, avergonzada. Dadas las circunstancias, la sonrisa que le dedicó Malik pareció bastante agradable.

—¿Cómo lo has adivinado?

—Hemos pasado la noche juntos de un modo bastante íntimo, pero no es así como lo he averiguado. Lo supe desde el momento en que llegaste.

—¿Qué?

—Ya había hablado con Chantal. Eres muy lista, Nic, y muy guapa, pero no te pareces nada a tu hermana..

Nic se tumbó y contempló el techo.

—Por eso has llamado a mi abuelo.

—Tu abuelo ya sabía que estabas aquí.

—Como tú —Nic cerró los ojos con fuerza. Aquello

no hacía más que empeorar—. ¿Por qué no me desenmascaraste?

—Me divirtió tu farsa.

—¿Y ahora qué?

—Iremos a Melio a casarnos.

—¿Aún quieres casarte conmigo? —Nic no ocultó su asombro.

—Sí.

—¿Qué más te ha dicho mi abuelo?

—Que te lo estabas buscando. Me ha pedido que te recordara que un día te dijo...

—Que acabaría por darme de bruces con la horma de mi zapato —Nic abrió los ojos—. También podríamos quedarnos aquí y saltarnos la boda. Podría ser tu querida.

—No es posible convertir a una princesa en una querida.

—Pero tú querías casarte con Chantal.

—Pero he hecho el amor contigo.

Nic comprendió en aquel momento que no sólo había engañado a Malik, sino que se había estado mintiendo a sí misma. Estaba enamorada de él. Se había enamorado perdidamente.

—No tienes que casarte conmigo sólo porque hayamos hecho el amor —dijo roncamente.

Él la besó en el cuello.

—Sigues huyendo.

—No.

—No puedes huir.

—Sí puedo —replicó Nic, pero su voz vaciló.

—No puedes. No pienso dejarte.

Pero Nic sabía que aquello eran sólo palabras. Malik sólo estaba bromeando, jugando con ella. Podía decir que nunca la dejaría huir de su lado, pero si ella quería irse, jamás la retendría en contra de su voluntad.

—No pensaba casarme —dijo con esfuerzo—. No pensaba quedarme en Baraka.

Malik sonrió.

—Lo sé.

Regresaron a Atiq dos días después, pero sólo permanecieron allí el tiempo necesario para hacer el

equipaje, aunque Nic se tomó dos horas con Alea para quitarse el tinte del pelo. Era hora de volver a ser rubia. Pero fue al aeropuerto con la cabeza cubierta. Tampoco era cuestión de conmocionar a todo el mundo en el palacio. Ya se encargaría Alea de hacer correr la voz mientras ella estaba en Melio.

El avión despegó puntualmente del aeropuerto de Atiq y, tres horas después, Nic divisaba Porto Terza desde el avión.

De pronto tomó la mano de Malik y la estrechó con fuerza.

—Estoy nerviosa.

—No eres la única —replicó el con una mueca.

Pero Nic no podía simular que sus nervios se debían a la excitación o la felicidad. Se debían al temor. Al miedo. Había regresado a Melio para casarse... ¡y nada menos que con un sultán!

En el aeropuerto los aguardaba un Mercedes que los condujo en unos minutos al palacio, un elegante edificio de piedra con una magnífica entrada flanqueada por dos enormes leones de mármol.

Nic dedicó una nerviosa sonrisa a Malik mientras subían las escaleras.

—Éste es mi hogar —dijo a la vez que asentía con la cabeza a los miembros uniformados del servicio de palacio que se habían reunido en el vestíbulo para recibirlos.

Joelle apareció unos segundos después en lo alto de la gran escalera que partía del centro del vestíbulo.

—¡Nicolette! —exclamó a la vez que abrazaba a su hermana. Luego, en voz más baja, susurró junto a su oído—. Tienes a todo el mundo alborotado. ¿Qué has hecho?

—No sé —contestó Nic débilmente.

Joelle se apartó de ella para mirarla atentamente.

—¿De verdad vas a casarte?

Nic no sabía si reír o llorar. Se volvió y señaló a Malik.

—Mi prometido está aquí mismo, Joelle.

A lo largo de la tarde hubo innumerables presentaciones. Primero hubo una recepción privada con los abuelos de Nic, el rey Remi y la reina

Astrid, y luego otra con casi todos los consejeros del rey. Nic no pudo estar con Malik. Su abuelo no permitió que éste se apartara de su lado.

Nic fue a ver a su abuela en cuanto la reunión empezó a perder formalidad.

—¿Estás enfadada conmigo, abuela?

—No —susurró la reina Astrid con dificultad, pues el ataque que había sufrido el año anterior le había afectado al habla—. El abuelo y yo te conocemos bien.

A la mañana siguiente, lo primero que pensó Nic al despertar fue que no había tenido noticias de Chantal. Y sólo faltaban dos días para la boda.

¿Dónde estaba? ¿Por qué no estaba allí con Lilly? Su abuelo había dicho que planeaba salir el día anterior con Lilly para echarle una mano con los preparativos de la boda. Pero no había llegado, de manera que Nic decidió acudir a su abuelo en busca de respuestas.

Pero el rey Remi no tenía buenas noticias.

—No van a poder venir —dijo—. Ayer no quise disgustarte porque era el primer día que el rey Nuri pasaba en nuestro país, pero los Thibaudet opinan que no es conveniente que Lilly haga un viaje tan largo para pasar aquí tan poco tiempo.

Nic tuvo que esforzarse por contener su enfado.

—En ese caso, que se queden un par de semanas. Hace casi dos años que Lilly no viene a Porto Terza. ¿Es que no quieres verla, abuelo?

—Claro que quiero.

—Pues llama al rey Phillipe y dile que la abuela y tú insistís en que Lilly venga.

—La niña no está bien, Nicolette.

Los ojos de Nic se llenaron de lágrimas.

—¡Si la niña no está bien es porque La Croix le sienta mal! No hago más que oír lo frágil y delicada que es la niña. Puede que lo que lo que necesite es que alguien la saque de ahí.

—Estás exagerando.

Nic miró a su abuelo sin comprender cómo podía ignorar los hechos. Hacía catorce meses que no veía a su nieta. ¿Tendría miedo de la verdad? ¿Se sentiría demasiado cansado como para enfrentarse a la realidad?

—Los Thibaudet se han adueñado de su vida, abuelo. Chantal apenas tiene opción de decidir cómo educar a su hija. La han empujado a...

—No me gusta lo que estás diciendo —el rey se levantó y miró a su nieta con expresión severa—. No debes hablar así de Phillipe y Catherine. Conozco de siempre a los Thibaudet. La reina Catherine y tu abuela son amigas de la infancia.

Nic tragó el nudo que sentía en la garganta.

—Eso no significa... —se interrumpió al ver que su abuelo le daba la espalda y se encaminaba lentamente hacia la ventana de su despacho. Había envejecido mucho en el último año—. Te guste o no voy a traerla a casa, abuelo. No vas a poder impedirlo.

Encontró a Malik en un salón del palacio, reunido con el grupo de expertos que se iban a ocupar de la seguridad de la celebración. Pensar en la boda en la catedral, oficiada por el cardenal Juneau y seguida de una recepción para quinientos invitados en el hotel Palace, bastó para que le entraran ganas de huir corriendo al desierto.

En lugar de ello, hizo una seña a Malik para indicarle que quería hablar con él.

Malik se reunió con ella unos minutos después en el vestíbulo.

Nic le explicó rápidamente lo que sucedía. Debido a alguna absurda ley de La Croix, Chantal no podía sacar del país a la princesa Lilly, heredera al trono, sin el permiso del rey y la reina, y los Thibaudet no iban a permitirle acudir.

También le explicó el punto de vista de su abuelo al respecto. Después de contarle todo, sintió de nuevo el peso que había abrumado su corazón hasta hacía tan sólo un par de días. No podía olvidar lo que la había llevado a Baraka en primer lugar.

—Fui a Baraka para liberar a Lilly —dijo, sin atreverse a mirar a Malik a los ojos—. El único motivo por el que me hice pasar por Chantal fue para encontrar un modo de sacar a Lilly de La Croix. No puedo casarme si no está aquí. Le hice una promesa. Quiero que me ayudes a traerla. No quiero decirte

que no voy a casarme contigo. No quiero humillarte. Pero Lilly tiene que venir. Ése era mi objetivo principal, Malik.

—Y yo te aseguré que vendría —dijo él con calma.

—Pero eso fue antes de...

—Nada ha cambiado. Te di mi palabra.

Pero cuando llegó la mañana de la boda ni Chantal ni Lilly estaban allí. Cada vez que Nic había cuestionado a Malik al respecto, éste se había limitado a decir que estaba haciendo todo lo posible.

Nic estaba devanándose los sesos tratando de encontrar alguna solución cuando Joelle entró en su dormitorio con dos tazas de café.

—¿Aún no te has levantado?

—No empieces —gruñó Nic mientras se erguía en la cama—. Pareces Alea.

—Lo sé —dijo Joelle sin inmutarse mientras se sentaba en la cama tras entregarle una taza—. Ya me has hablado de ella. Parece una chica estupenda.

Nic iba a darle una respuesta irónica cuando sus ojos se llenaron de pronto de lágrimas.

Joelle dejó de sonreír al instante.

—Chantal estaría aquí si pudiera —dijo con suavidad, pues sabía con exactitud lo que le pasaba a su hermana—. Pero no puedes permitir que su ausencia te estropee el día. Hoy te casas...

—No voy a casarme.

—¡Nic!

—No puedo casarme.

—¡Pero si Malik es fantástico! Puede que sea un matrimonio concertado, pero es... estupendo, y sexy... y perfecto para ti.

—Da igual —Nic salió de la cama y se puso la bata —. Y no me mires así. Malik ya lo sabe.

—Pero va a haber quinientos invitados. Supondría un terrible bochorno para los abuelos...

—Si el abuelo es capaz de ignorar los problemas de Chantal, que aprenda a ignorar los suyos.

En aquel momento llamaron a la puerta y Nic fue a abrir. Era la modista de Baraka con el vestido para la boda.

—Creo que le gustará —dijo con una sonrisa mientras entraba—. El sultán está ansioso por saber

si le da su aprobación.

Nic sintió que se le encogía el estómago. Debería haber hablado con Malik aquella mañana. Debería haberle dicho que hablaba en serio cuando había dicho que no se casaría si Lilly y Chantal no estaban allí.

Ajena a sus pensamientos, la modista desenvolvió el traje. Era un vestido de satén blanco sin mangas, con una forma muy sexy de reloj de arena y que se abría tras las rodillas en una larga cola de seda. La cola era muy romántica, con un volante que se curvaba sobre sí mismo como el glaseado de un pastel.

La modista esperaba con ansiedad el comentario de Nic.

—Tengo que hablar con Malik —dijo ella, aturdida, incapaz de prolongar aquello un minuto más—. Voy a llamarlo a su habitación.

Joelle chasqueó de pronto los dedos.

—Lo había olvidado. No está en su habitación. Ha ido al aeropuerto a recibir a los reyes de Suecia. Llegan con la familia real española y el rey Nuri ha pensado que sería agradable darles la bienvenida en persona.

—¿Cuatro horas antes de la boda? —preguntó Nic, extrañada—. ¿No podría haberse ocupado el abuelo de eso?

—Iba a ir el abuelo, pero Malik ha insistido en que ya iba a tener suficiente ajetreo con la boda.

Nic fue a contestar, pero la modista llamó su atención.

—Esto es para sostener el velo, alteza.

Nic se quedó boquiabierta al ver en manos de la modista la tiara de diamantes más magnífica que había visto en su vida. Era alta, con pequeños y frágiles arcos y elegantes curvas que parecían ondular como las arenas del Sahara. En el centro de cada arcada colgaba un perfecto diamante rosa, nueve en total, rodeado de otros ocho más pequeños.

—Es increíble —murmuró—. Debe de tratarse de una reliquia de su familia.

—Era de su madre. Lady Fátima la ha traído hoy mismo.

—¿Lady Fátima está aquí?

—Desde luego. Ha volado hasta aquí con su familia y ha traído la tiara. La ha conservado para la futura esposa del sultán desde la muerte de la madre de éste —la modista sonrió al añadir—: Me ha pedido que le recuerde que la amada del sultán debe ser cubierta en oro y piedras preciosas y transportada en unas andas para que todos la vean... pero que usted ha logrado de algún modo saltarse lo de las andas.

Nic rió a pesar de que los ojos se le habían llenado de lágrimas. Fátima estaba allí. La familia de Malik estaba allí. Debía localizarlo cuanto antes. No podía dejarlo plantado en el altar ante quinientos invitados sin hablar antes con él.

A lo largo de las tres horas siguientes, trató de localizarlo en repetidas ocasiones, pero nadie parecía saber nada de él. Finalmente llegó el momento de decidir si se ponía el traje de novia o no.

—Tienes que vestirte, o llegarás tarde —dijo Joelle, inquieta—. La ceremonia empieza en media hora.

—No puedo...

—¡Claro que puedes! ¡Y debes hacerlo! No sé si os habéis peleado o qué ha pasado, pero sé que Malik te quiere de verdad, como tú a él. Se te nota demasiado.

—Es cierto que lo quiero, pero no era conmigo con quien iba a casarse. Quería otra princesa Ducasse...

Joelle tomó el traje de novia y lo agitó ante Nic.

—Puede que fuera a casarse con Chantal, pero se ha enamorado de ti, así que vístete, pon la tiara en tu testaruda y rubia cabeza y vámonos. Te conozco y sé que no te perdonarás si le haces daño. Lo amas, y no soportas decepcionar a aquellos a los que amas.

Nic sintió un escalofrío. Precisamente por eso estaba tan disgustada. Había prometido a Chantal que liberaría a Lilly, pero le estaba fallando.

—Oh, Dios mío —susurró, desolada—. ¿Qué he hecho? ¿Qué estoy haciendo? Amo a Malik y no quiero que esté solo esperando ante todo el mundo —parpadeó rápidamente—. ¡Ayúdame con el vestido, Joelle! ¡No puedo llegar tarde!

Había poco más de un kilómetro hasta la catedral, pero a Nic se le hizo eterno. Estaba desolada por la ausencia de Chantal y Lilly, pero también sabía que Malik Nuri era el corazón y el alma de su futuro, y no pensaba dejarlo plantado.

El rey Remi las aguardaba a la entrada de la catedral, y Nic estuvo a punto de perder la compostura al ver a su resplandeciente abuelo con su traje de coronación, que sólo utilizaba en ocasiones realmente especiales.

—Estás guapísimo, abuelo —susurró junto a su oído después de besarlo.

El rey Remi no ocultó su emoción cuando la miró.

—Dime que eres feliz, querida.

Nic apretó los dientes. Sabía que habría sido capaz de caminar sobre fuego por hacer felices a sus abuelos.

—Soy muy feliz —dijo, y volvió a abrazarlo impulsivamente—. Y siento haberte hablado como lo hice el otro día. A veces olvido que tienes ochenta y cinco años y yo sólo veintisiete.

—Pero tu padre no me perdonaría que permitiera que cualquiera de sus hijas fuera infeliz en su matrimonio.

—Pero yo quiero a Malik.

—Así debe ser —dijo el rey Remi.

En aquel momento, se abrieron las puertas de la iglesia y una niña pequeña con un precioso vestido rosa se asomó al exterior.

—¿Tía Nicolette?

Nic se quedó momentáneamente paralizada.

—¡Lilly! —exclamó finalmente, a la vez que corría hacia la niña y la tomaba en brazos—. ¡Mi pequeña Lilly! ¡Estás aquí!

—Ya no soy pequeña, tía Nicolette. Tengo cuatro años y hablo italiano y francés y sé esquiar un poco.

—Será mejor que dejes de llorar —susurró una voz femenina junto a Nic—. Supongo que no querrás avanzar por el pasillo de la catedral con la cara brillante.

Chantal. Chantal y Lilly estaban allí. Nic no

podía creerlo.

—¿Pero qué... cómo?

Chantal rió y la abrazó.

—El abuelo ha venido a por nosotras esta mañana. Les ha dicho a Phillipe y Catherine que le gustaría que asistieran a la boda, pero que aunque no lo hicieran quería que Lilly y yo viniéramos. Y aquí estamos. Supongo que ya sabrás que ha sido Malik el que ha llevado al abuelo en su avión y nos ha traído de vuelta.

Mientras se esforzaba por controlar las lágrimas, Nic pensó que debería haberlo imaginado. Malik era un hombre de palabra.

La ceremonia transcurrió como un sueño para Nic. Avanzó cómo flotando por el pasillo central y apenas recordaba los rezos, las palabras del oficiante, los momentos en que sonó el coro de la iglesia acompañado por el majestuoso sonido del órgano. Todo transcurrió como en un mundo irreal, y no despertó hasta que Malik le alzó el velo y la besó.

—Hola, rubia —susurró, y su sonrisa hizo que Nic se derritiera.

Ella, que jamás había querido casarse, había encontrado el verdadero amor simulando ser otra. Imposible, increíble. Parecía un final sacado de un libro de cuentos.

Durante la fastuosa recepción en el hotel Porto Palace, Malik y ella no se separaron ni un momento. Comieron, bailaron, se besaron, charlaron con los invitados y cortaron la tarta... y en cuanto pudieron regresaron al palacio.

Nada más entrar en el dormitorio, Malik se hizo con el control de la situación. Mientras desnudaba a Nic no dejó de besarla en el cuello, en los labios, en las orejas, y para cuando la tuvo prácticamente desnuda entre sus brazos, ella ya apenas podía contenerse.

—Entonces, ¿me has perdonado, *laylah*? —preguntó él con voz ronca tras un beso especialmente apasionado—. ¿No me guardas rencor?

—¿Por qué iba a guardarte rencor? —preguntó Nic, aturdida. Lo último que le apetecía en aquellos

momentos era hablar.

—Por haber acudido a Chantal para pedirle ayuda.

—No entiendo.

—¿Me quieres?

—Sí.

—Yo también te quiero. Hoy me has hecho feliz, has hecho que me sienta completo...

Malik estaba diciendo las palabras correctas, pero Nic captó en su tono algo extraño.

¿Qué había hecho Chantal?

¿Qué había hecho Malik?

¿Por qué tenía que perdonarlos ella?

—Chantal hizo que nos conociéramos —dijo Malik con calma—. Yo le pedí que lo hiciera.

—No. Le propusiste matrimonio a ella. Le enviaste a ella la propuesta formal... —Nic se interrumpió, atemorizada. Trató de apartarse de Malik pero él se lo impidió.

—Quédate. Tenemos que hablar.

Nic se había quedado repentinamente fría. Sentía que las piernas y los brazos le pesaban como si fueran de mármol.

—Pero la carta que le enviaste... ¿no tenías intención de casarte con ella?

—No. La carta era esencialmente mi cebo.

En aquella ocasión, Nic salió de la cama sin dar opción a que Malik lo impidiera. No sabía qué hacer, qué pensar. ¿Sería posible que Chantal y Malik hubieran organizado toda aquella farsa?

—¿No querías casarte con mi hermana?

—Tú eres la única con la que quería casarme.

Capítulo 12

NIC se sintió repentinamente ridícula al verse semidesnuda ante Malik. Y debía haber hecho aún más el ridículo a lo largo de las tres semanas anteriores.

Malik había sabido que era Nicolette en cuanto había bajado del barco en Atiq. Nunca había tenido intención de casarse con otra princesa Ducasse.

Se ruborizó, intensamente avergonzada. Y ella que había creído que estaba siendo tan noble, que estaba renunciando a sus propios intereses por el bien de Lilly y Chantal.

Pero todo había sido una gran broma. ¿Cómo podía haberle hecho aquello Chantal?

—Estás enfadada —dijo Malik desde la cama.

—Desde luego que lo estoy.

—Chantal lo hizo para ayudarte.

—Ella siempre ha sabido que yo no quería casarme.

—Casándote ayudas a tu país. Chantal me dijo que vosotras tres habíais acordado aceptar matrimonios que pudieran mejorar la situación de vuestro país.

—¿Acudió ella a ti, o tú a ella?

—¿Tratas de averiguar quién es el malo de la película? —preguntó Malik con una sonrisa.

—Creo que los dos sois igualmente responsables —dijo Nic sin sonreír—. Pero sí me gustaría saber quien inició esta... farsa.

—No ha sido una farsa. Nuestro matrimonio ha sido muy real.

—No has contestado a mi pregunta.

—Hablé con Chantal después de hacerlo con tu abuelo. Él es el rey. Nadie más podía darme permiso para casarme contigo.

—¿Y mi permiso? ¿Y mi voluntad?

Malik palmeó la cama a su lado.

—Viniste a Baraka por tu propia voluntad.

—¡Porque pensaba que podía ir! Pensé que bastaría

con teñirme el pelo de negro y hacerme pasar por Chantal unos días...

—Estás temblando —interrumpió Malik—. Vuelve a la cama, *laylah.*

Nic no quería ni mirarlo. Debía habérselo pasado en grande siguiéndole la corriente.

—No puedo —replicó.

—Puedes y vas a hacerlo.

—No puedes darme órdenes. Nunca te he dejado hacerlo y no pienso empezar ahora. No puedo creer que haya sido tan idiota...

—Nada ha cambiado.

—¿Cómo que nada ha cambiado? ¡Nuestra relación es una farsa! Ni siquiera te conozco ya. Pensaba... pensaba...

—¿Qué pensabas? ¿Qué era uno más de esos hombres a los que has manejado a tu antojo como si fueran tu caniche!

—¡Jamás he tratado a un hombre así!

—Has tratado a todos los hombres así. Utilizas tu belleza contra los hombres. Los aturdes, los conquistas, y luego los dejas plantados. Yo te quería y estaba dispuesto a arriesgarme para conseguirte. No deberías enfadarte por que te haya ganado en tu propio juego.

Nic tuvo que esforzarse por contener las lágrimas. Pero Malik tenía razón, por supuesto. Y estaba furiosa con él y consigo misma precisamente por eso. Había creído que podía llevar adelante la farsa que había planeado y esperaba escapar luego relativamente indemne. Sin embargo, había acabado casada e iba a tener que pasar el resto de su vida en Baraka.

—No fuiste... sincero conmigo —balbuceó.

—Tú tampoco lo fuiste conmigo y yo nunca te lo he reprochado. Te comprendo porque te conozco, porque somos iguales. Eres competitiva. No te gusta perder. Pero, como verás, tenía pensado decirte la verdad.

—¿Y cuándo pensabas decírmela?

—Supongo que esperaba que tú me la dijeras antes. Pero no lo hiciste, de manera que yo tampoco —Malik sonrió traviesamente—. ¿Pero qué más da? Me querías y ahora me tienes para siempre.

—¡Pero no quería casarme!

—Y ya que ibas a tener que casarte de todos modos, ¿no te alegras de haberlo hecho conmigo?

—Ésa no es la cuestión.

—Sí lo es. Estamos casados y vamos a disfrutar de nuestra vida juntos. No hay duda de que nos gustamos...

—Ya no —espetó Nic, pensando en las semanas pasadas, en la mágica noche que pasó entre los brazos de Malik—. ¿Qué precio has tenido que pagar por mí?

—Alto.

—¿Cuánto? —preguntó Nic con esfuerzo.

—Veinticinco millones.

—¿De dólares? —preguntó Nic, incrédula.

—De libras. Mi banco de Londres se ocupó de la transacción.

Nic se sentó en el alféizar de la ventana.

—¿Y eso es todo? —preguntó en tono irónico.

—Entregaré otros veinticinco millones cuando nuestro hijo, o hija, cumpla los quince años. A esa edad podrían ascender al trono sin necesidad de nombrar un regente. Eso es importante. Los regentes tratan a menudo de hacerse con el poder.

—Comprendo —dijo Nic, pero no entendía nada. Miró a su alrededor en busca de algo que ponerse, pero sólo vio su traje de novia en el suelo. Qué final tan terrible para un día maravilloso.

—Creo que prefiero dormir sola esta noche.

—No hay motivo para...

—¡Sí lo hay! Me siento dolida y enfadada. Voy a mi antiguo dormitorio. Necesito pensar.

Malik se levantó lentamente de la cama.

—Sólo lograrás enfadarte más, pero si eso es lo que quieres...

—¡Es lo que quiero!

En lugar de acercarse a ella, Malik se encaminó directamente al baño.

—Buenas noches.

Aquella tenía que haber sido la peor noche de bodas de la historia, se dijo Nic por enésima vez. No lograba dormir, pero estaba demasiado cansada como para levantarse a hacer nada.

Por la mañana, se duchó y se puso unos vaqueros y una camiseta rosa. Lo último que quería era parecer una princesa. Chantal entró en el dormitorio cuando se estaba calzando.

—Una de las doncellas ha dicho que has dormido aquí esta noche. ¿Has dormido sola?

—Me alegra que los empleados del palacio mantengan a todo el mundo informado —dijo Nic con ironía. No se sentía de humor para hablar. Se sentía utilizada.

Chantal se sentó en un sillón que había junto a la ventana.

—Lo siento, Nic.

Nic trató de contener su enfado. No quería estropear la felicidad de Chantal por la liberación de Lilly.

—Deberías habérmelo dicho —murmuró.

—Reconozco que no jugué limpio... pero estaba convencida de que Malik te gustaría. Sólo quería que os conocierais. Pensé que os gustaríais, y así fue. Y sabía que no te casarías a menos que quisieras hacerlo realmente.

Nic suspiró.

—Habíamos quedado en que nunca harías de casamentera conmigo.

Chantal se levantó y fue hasta la puerta.

—Ahora tengo que irme, Nic, pero piensa un poco. No sólo has salvado un país, sino dos. Melio necesitaba el dinero del rey Nuri y el rey Nuri te necesitaba a ti.

Pero Nic no quería pensar. Salió de su habitación tras su hermana y se encaminó directamente al estanque de los jardines del palacio para tratar de calmarse paseando. El rey Nuri no la necesitaba. El rey Nuri necesitaba una boda real y herederos, pero no a ella. Cualquier princesa fértil le habría bastado.

Furiosa, dio una patada a una piedra que prácticamente cruzó el estanque de lado a lado.

—Buena patada —dijo de pronto una voz masculina a sus espaldas.

Al volverse, Nic vio a un hombre apoyado contra el muro del jardín. Era joven y parecía en forma.

—Solía jugar al fútbol —dijo, irritada.

—Seguro que eras buena.

—Muy buena —Nic no estaba de humor para ser agradable con nadie, de manera que se dio la vuelta mientras añadía—: Que disfrutes del sol.

—Debe de ser maravilloso devolver a un hombre a la vida.

Nic se volvió de nuevo y, al mirar al desconocido más atentamente, reconoció en él el parecido que tenía con Malik, aunque su expresión era más dura y cínica.

—Deduzco que no te ha hablado del atentado —añadió él.

—¿Qué atentado?

—El que sufrió el rey Malik Roman Nuri —contestó el hombre con expresión irónica.

—¿Tú eres primo suyo o...?

—Soy su hermano menor, Kalen.

—Estuviste en la boda...

Kalen rió.

—Era el padrino.

—Lo siento. No...

—Me viste. Lo sé. Sólo tenías ojos para mi hermano. Felicidades por la boda. Supongo que eso nos convierte en parientes.

Nic asintió y se cruzó de brazos al sentir un escalofrío.

—¿Qué has querido decir con lo del atentado?

—Hace un año intentaron matar a Malik. Los servicios secretos de Baraka arrestaron al hombre que disparó y Malik siguió comportándose como si nada hubiera pasado. Pero, obviamente, sí había pasado algo, porque ya no volvió a ser el mismo.

Nic se llevó una mano al cuello, angustiada. Alguien había tratado de hacer daño a Malik. A su Malik.

—Hubo unos meses en que creí que iba a tener que volver a Baraka a ponerme la chilaba —continuó Kalen—. Malik nunca te lo confesará, pero el intento de asesinato mató algo en su interior, robó su espíritu. Entonces comprendió que debía responsabilizarse de proveer de un heredero a su país. Era su deber.

—Y no pensaba decírmelo —murmuró Nic.

—Probablemente no. Es un rey.

Nic apretó los puños. Malik era rey, pero también era un hombre. Debería haberle contado todo aquello.

—Será mejor que vuelva —dijo, conteniendo apenas su furia.

—Seguro que está preocupado por ti.

Nic sintió una punzada de dolor en su corazón. Amaba a Malik. Jamás había querido que se preocupara, y menos aún por ella. Jamás había pretendido provocar más tensión en su vida. Sólo quería ayudarlo, protegerlo.

Amarlo.

Trató de sonreír, pero no lo logró y se dio la vuelta.

—Reina Nuri... —dijo Kalen. Cuando Nic se volvió a mirarlo, añadió—: No sé lo que te habrá dicho, pero le encantan las rubias —sonrió—. Jamás se habría casado con una morena.

Nic logró esbozar una sonrisa de despedida y luego regresó prácticamente corriendo a la suite nupcial. Entró sin llamar y encontró a Malik aún en la cama... disfrutando tranquilamente del desayuno mientras leía el periódico. Se sentó en una silla que había frente a la cama.

—Miserable —dijo.

Malik apartó la vista del periódico y la miró por encima de sus gafas.

—Buenos días, esposa mía.

—Tienes razón. No me gusta perder. Pensaba...

—Que podías ganar —dijo Malik mientras se quitaba las gafas—. Pero has ganado. Me has conseguido. Y sabes que te quiero.

—Y tú sabes que me aterrorizaba casarme. Y te aseguro que mis primeras impresiones del matrimonio no son precisamente buenas.

Malik sonrió compasivamente, cosa que en aquella ocasión no hizo ninguna gracia a Nic.

—No me parece gracioso. No debe manipularse a una mujer para convencerla de que se case.

—Y menos aún a una princesa tan popular y cotizada como tú. Pero yo te quería a ti.

—Pero la vida no funciona así.

—Sí, si encuentras a tu compañera del alma.

—Pero tú deberías ser sincero con tu compañera del alma —dijo Nic, emocionada—. Deberías decirle la

verdad...

—¿Cómo hiciste tú? Vamos, Nic, sabes que no se trata de eso. Estás enfadada porque he sido más listo que tú.

—No has sido más listo que yo.

—Claro que sí. Lo que pasa es que eres mala perdedora —dijo Malik mientras salía de la cama—. Detesto a los malos perdedores.

Estaba desnudo. Maravillosamente desnudo.

—Estás haciendo trampa —susurró Nic—. No puedes andar por ahí desnudo mientras discutimos —Malik la ignoró, se acercó a ella y la rodeó con las manos por la cintura—. Sigues haciendo trampa —añadió cuando le acarició el trasero.

—Nunca he conocido a nadie tan obsesionado con ganar —Malik la besó en el cuello y luego le retiró la cola de caballo a un lado para besarla en la nuca —. Pero todo está permitido en el amor y la guerra. Y debes saber que haría cualquier cosa para evitar que huyeras de mi lado.

—¿Pero por qué, Malik? ¿Y por qué yo?

Malik suspiró.

—Me he convertido en un pragmático. Me empuja el sentido práctico. Y aunque sabía que no estabas interesada en el matrimonio, admiraba tu independencia. No veías el matrimonio como un medio para conseguir algo. Querías una relación en la que fueras una igual...

—Sí, ¿y qué has hecho tú? Hacerme caer en la trampa del matrimonio. Además, vives en un país en el que las mujeres no tienen los mismos derechos que...

—Y sé que, si me pasara algo, defenderías a nuestros hijos pasara lo que pasase —interrumpió Malik—. No puedo imaginar a otra mujer como madre de nuestros hijos. No te elegí por tu belleza ni por tu título, sino por el respeto que me inspiras.

Nic tuvo que apartar la mirada, emocionada.

—Seguro que hay mujeres más adecuadas que yo en Baraka.

—Necesito una mujer que no se sienta fácilmente intimidada por el poder o la política. Tú no sólo eres una princesa que comprende cuál es su deber, sino que además has estudiado ciencias y matemáticas

y has viajado mucho. Y no te ha costado adaptarte a las costumbres de nuestro país.

—El año pasado intentaron asesinarte —Nic no pudo evitar que le temblara la voz.

Malik la miró con extrañeza.

—Eso no lo sabe nadie.

—Tu familia sí.

Malik entrecerró los ojos y asintió.

—Kalen no tenía derecho a decírtelo.

—¡Kalen te quiere! —dijo Nic, enfadada—. Aunque la verdad es que no entiendo por qué.

Malik tomó el rostro de Nic entre sus manos y la miró a los ojos.

—He esperado años para casarme. No esperaba encontrar una mujer adecuada, pero te he encontrado a ti y sé con certeza que eres la única para mí. ¿Tienes idea de cuánto te amo, de lo mucho que significas para mí? —preguntó, emocionado.

—No quiero que nadie te haga daño —murmuró Nic—. No quiero que nadie te aparte de mi lado.

—Yo tampoco quiero que nadie te aparte a ti de mi lado, pero si sucediera lo impensable, *laylah*, sé que serías como una tigresa en palacio. Lucharías por nuestros hijos con toda tu alma y harías lo necesario para protegerlos...

Nic lo rodeó con los brazos por el cuello y apoyó una mejilla en su pecho.

—Pero no va a pasarte nada. No voy a permitir que te pase nada. Para bien o para mal eres mi otra mitad y, si vas a darme hijos, tienes la obligación de estar conmigo para ayudarme a criarlos. ¿Entendido?

—¿Es una orden?

—Es el primer edicto de Nicolette Nuri, reina de Baraka.

Malik rió con suavidad.

—Sí, mi querida Nicolette —inclinó la cabeza y la besó con pasión en los labios—. Y ahora, reina Nuri, tu marido, el sultán de Baraka, te pide que te quites la ropa. El rey te quiere desnuda y arrodillada en su cama.

—¿Desnuda y arrodillada? —repitió Nic, indignada —. ¡Puedes decirle a tu rey que.... —se interrumpió y, a pesar del rubor que cubría sus mejillas, su

curiosidad pudo más que su vergüenza—. ¿Por qué quiere que me arrodille?

—Eso, querida, es algo que sólo puede experimentarse en la práctica. Pero no olvides que tienes libertad para pedirme que me detenga en cualquier momento.

¿Detenerlo?, pensó Nic mientras Malik le bajaba la cremallera de los pantalones. ¡Ni hablar!

Epílogo

LAS llamas del fuego se reflejaban en las paredes de arena roja. Mientras Malik arrojaba otro tronco al fuego, Nicolette observó a su hijo Zaid, de cuatro años, que tenía sus enormes ojos verdes abiertos de par en par.

Malik estaba contando historias de sus valientes antepasados, de las batallas que ganaron y perdieron en la fortaleza de Zefd.

Sentada en una alfombra roja, Nic sintió que el pequeño Aden, de dos años, se agitaba contra su regazo.

Miró con exasperación a su marido. Le encantaba llevar a sus niños a Zefd y disfrutar de aquellas noches junto al fuego simulando que eran nómadas y beduinos en lugar de un poderoso sultán y sus hijos.

—Los estás asustando —susurró.

—Estamos contando cuentos de acampada.

—Son muy pequeños.

Malik miró a sus hijos y les guiñó un ojo.

—¿Queréis que pare?

—¡No, no! —exclamó Zaid. Su hermano lo imitó de inmediato, por supuesto.

Nic gimió. Malik sabía que no debía haber preguntado aquello a los niños, pero los hombres eran hombres y nunca cambiaban. En realidad no quería que su hombre cambiara. Lo amaba tanto... y disfrutaba viéndolo tan relajado, tan feliz.

Necesitaba aquel descanso, pensó, ablandándose. Deberían haber hecho aquel viaje hacía meses. Pero al menos estaban allí y Malik estaba compensando a los niños por todo el tiempo que no había podido dedicarles a causa de sus obligaciones.

Acarició la cabecita morena de Aden y rogó en silencio para que el tiempo pasara lo más despacio posible, para que pudieran seguir juntos todo lo que fuera posible.

Malik captó su mirada y sintió la intensidad de su devoción.

—Amas a tus hijos —murmuró.

Nic suspiró y sonrió.

—Con todo mi corazón. Como a ti.

Un tronco crepitó en el fuego, lanzando al aire una reguero de chispas. Nic pensó en los cinco años transcurridos desde su matrimonio y supo que no habría cambiado nada de lo sucedido desde entonces. Malik era perfecto para ella, con su combinación de fuerza, integridad y sensualidad. Lograba mantenerla alerta y no permitía que su vida se volviera aburrida. Y lo mejor de todo era que le había hecho comprender que a veces uno tenía que perder, y otras, ganar.

****

Podrás conocer la historia de
Chantal en el Bianca del próximo mes
titulado *La princesa y el griego,* de Jane Porter.